

Junio 2010

FUERZAS ARMADAS



PUBLICACIÓN MILITAR ESPECIALIZADA DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA DE COLOMBIA - VOL LXXXIII - EDICIÓN 214

BICENTENARIO de la Independencia de Colombia 1810-2010



Edición **214**

DIRECCIÓN

Mayor General Edgar Ceballos Mendoza

SUBDIRECCIÓN

Brigadier General
Carlos Eduardo Montealegre Rodríguez

JEFE DE PUBLICACIONES

Teniente Coronel Daniel Angélico Villamil López

DIRECCIÓN EDITORIAL

Mayor Jhasmin Mora Cuéllar

CONSEJO EDITORIAL

Contralmirante Roberto Sáchica Mejía
General Álvaro Valencia Tovar
General Fabio Zapata Vargas
Mayor General José Roberto Ibáñez Sánchez
Vicealmirante José Ignacio Roza Carvajal
Brigadier General Adolfo Clavijo Ardila
Mayor Humberto Aparicio Navia

PERIODISTA

Paola Consuelo Ladino Marín

ENLACE POLICÍA NACIONAL

Intendente Jefe Everardo Tabares Cardona

CIRCULACIÓN / SUSCRIPCIONES

Adriana Suárez Rodríguez

DIAGRAMACIÓN E IMPRESIÓN

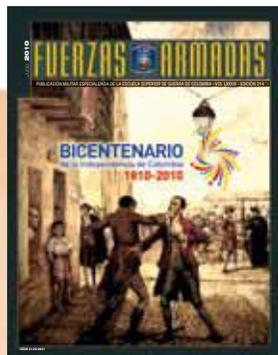
Imprenta y Publicaciones
Fuerzas Militares de Colombia
Alexander Abril Medina

CORRECCIÓN DE ESTILO

Roberto Sepúlveda Romero

CANJE Y SUSCRIPCIONES

Revista Fuerzas Armadas
Carrera 11 No. 102-50 Of. 209
Telefax: 620 6536
E-mail:
revistafuerzasarmadas@esdegue.mil.co



La portada hace referencia a la Reyerta del 20 de julio de 1810 frente a la casa del español José Gonzales Llorente, óleo de Pedro Alcántara Quijano.

C o n



Editorial

Por: Mayor General
Edgar Ceballos Mendoza
Director de la Escuela Superior de Guerra



El 20 de julio de 1810 'La Independencia y las armas de la República'

Por: Mayor (r) Manuel Guillermo Robayo Castillo
Profesional en Ciencias Militares



La Revista Fuerzas Armadas es el medio de difusión del pensamiento militar y civil sobre aquellos aspectos que de una u otra forma tienen relación con la Seguridad y la Defensa Nacionales. Las ideas o tesis expuestas son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento de los altos mandos militares.

Se permite la reproducción de los artículos dándole el crédito a la Revista Fuerzas Armadas. Carrera 11 No. 102-50. Escuela Superior de Guerra. Of. 209. Telefax: 620 6536, Teléfono: 620 4066 Extensiones 1003-1004, Bogotá, D.C. Colombia, Suramérica.

t e n i d o

06



Motivaciones ideológicas y espirituales de la guerra de Independencia

Por: General (r) Álvaro Valencia Tovar
Ex Comandante del Ejército Nacional

14



Tres revoluciones y 'La Revolución de Julio'

Por: Germán Bustillo Pereira
Abogado, Especialista en Derecho Público

24



¿Cómo se formó y organizó el primer Ejército Patriota en 1810?

Por: Brigadier General (r) Gabriel Puyana García
Ex Director Escuela Militar de Cadetes

34



Los colegios del Rosario, San Bartolomé y otras instituciones educativas como forjadores de oficiales patriotas de la guerra de Independencia

Por: Coronel (r) Gentil Almarío Vieda
Profesional en Ciencias Militares

50



La Legión Británica y la contribución extranjera en la guerra de Independencia

Por: Coronel (r) Luis Ernesto Cortés Ahumada
Profesional en Ciencias Militares

62



Participación de la mujer en la guerra de Independencia

Por: Isabel Forero de Moreno
Miembro Correspondiente Académica Colombiana de Historia Militar

Editorial

■ Mayor General
Edgar Ceballos Mendoza
Director de la Escuela Superior de Guerra

El Bicentenario de la Independencia y las Fuerzas Armadas

El 20 de julio de 1810 fue la fecha real de la afirmación de independencia neogranadina y la fecha inicial del Estado colombiano. El haber conservado en el Acta de Constitución del autogobierno alguna referencia a la corona española, no le quitó el carácter mencionado, porque estaba clara la voluntad de tomar el poder en manos de los americanos y porque era nítido el hecho de desconocer la autoridad del virrey y la legitimidad de las instituciones coloniales. El 20 de julio significó una ruptura histórica total con la metrópoli española. Desde ese momento, la dominación realista sólo fue posible entre 1816 y 1819 por medio de la fuerza, no controló todo el territorio y encontró la resistencia refugiada en los Llanos orientales que prepararon la vuelta del Ejército Libertador y el punto final de Boyacá. No hubo solución de continuidad entre la Junta del 20 de julio y el gobierno republicano de 1819. En el camino quedaron los mártires de la reconquista imperial, Camilo Torres el primero, pero en la espada de Santander, camino de los Llanos, encontró seguridad la supervivencia del propósito de los primeros días.

Desde el comienzo, la fuerza de un Estado en embrión estuvo presente. Las milicias de los primeros días recogieron a los criollos con alguna instrucción militar, la obtenida en las Milicias Disciplinadas de las reformas borbónicas y que habían sido tratados con desconfianza por los mandos coloniales, por causa de haberse implantado la reforma



tras la revuelta de los Comuneros. De esta manera, en el corazón de los jóvenes bogotanos que iniciaron el recorrido de las armas colombianas ya había anidado una idea de diferencia y especificidad americana, frente a la milicia del rey. Fueron esos mismos jóvenes los que envió Nariño a Bolívar como contribución a la libertad de Venezuela. En esa primera campaña de Bolívar en su tierra, se sacrificó heroicamente la que pudo ser una primera generación militar de la República. Vino luego el paso de los Andes por el Ejército Libertador, vuelto de Venezuela con los guerreros de Casanare a la vanguardia. De Boyacá a Carabobo, tres años después, se realizó un esfuerzo prodigioso para consolidar un ejército nacional. Los granadinos que fueron a reforzar el ejército de Bolívar constituyeron el primer cuerpo homogéneamente uniformado y equipado de la gesta libertadora, lo cual da cuenta de la habilidad del “Organizador de la Victoria”. La sangre de Ambrosio Plaza, en Carabobo, simboliza el compromiso colombiano por la liberación del continente.

Ese compromiso se ratificó en Ayacucho con la carga fulgurante de José María Córdova. Cuando regresaron del Perú y Bolivia los soldados de Bolívar, volvieron como vencedores magnánimos y desinteresados: ¡los animó solamente la libertad! Después vinieron horas turbulentas en la política. Se disolvió la gran República de Angostura y de Villa del Rosario. Comenzó el tramo histórico de construir a Colombia y el Ejército Libertador se desvaneció en el tiempo, pero la senda trazada no se perdió del todo. En los comienzos del siglo XX se sintió la necesidad histórica de dotar al Estado con una fuerza verdaderamente nacional y profesional, encargada de sostener la soberanía, la independencia, la integridad del territorio y la institucionalidad republicana. Surgieron las Fuerzas Militares de hoy, heredadas de los modestos hombres que tomaron sobre sí la responsabilidad de velar por la independencia hace 200 años, sin medir los peligros ni las dificultades que los esperaban.

En la etapa nueva no faltaron las ocasiones de demostrar que la llama del 20 de julio nunca se apagó. En los años 30 acudieron, estoicos y decididos, para salva-

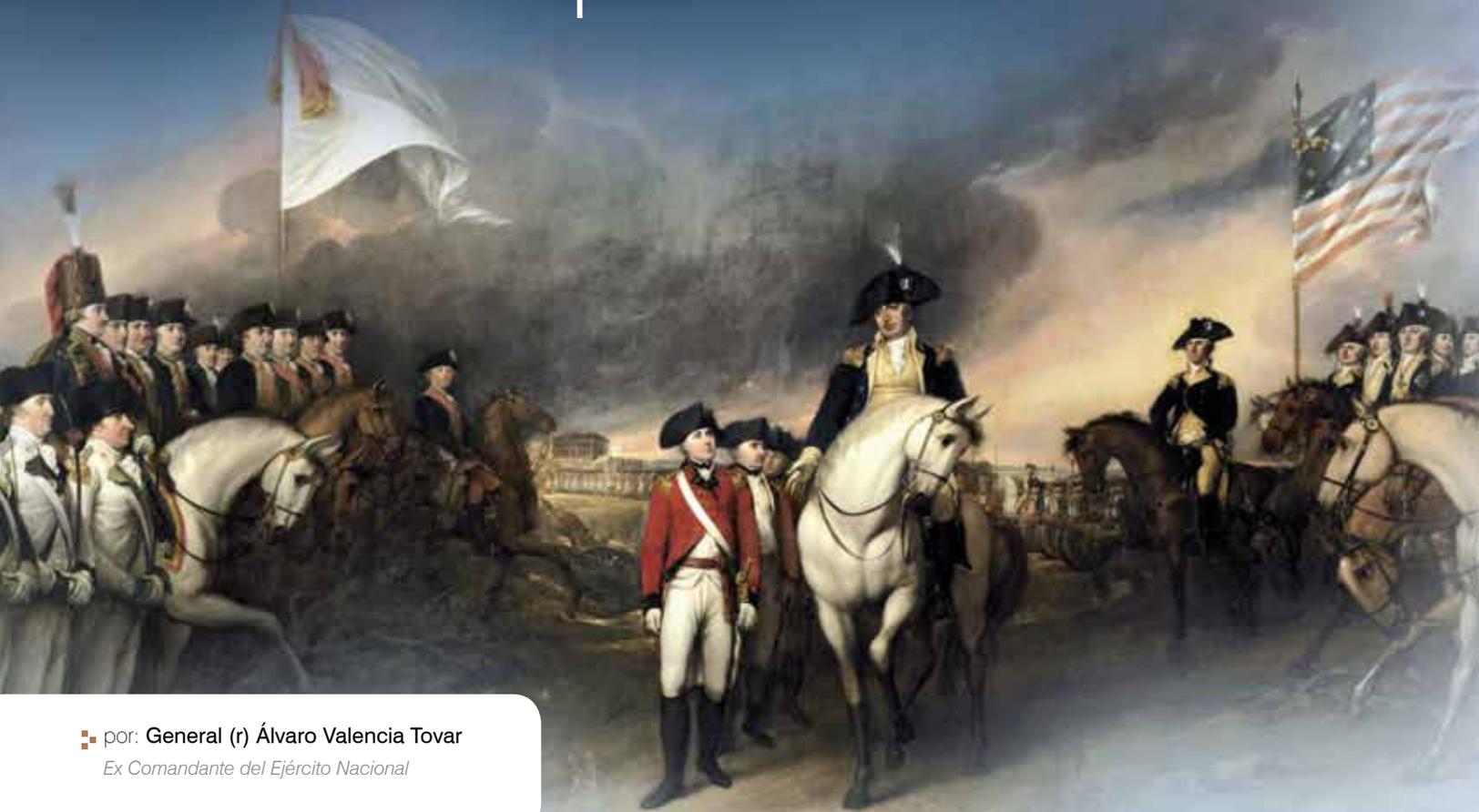
guardar la presencia nacional en el sur amazónico. En las décadas siguientes ha recaído sobre los miembros de la Fuerzas Militares la misión de sostener una institucionalidad democrática y asegurar la tranquilidad de los ciudadanos. Ha sido una misión difícil, dura, que se ha afrontado como siempre desde los tiempos de la independencia: sin reparar en sacrificios, sin esperar más recompensa que la gratitud de los colombianos y con la seguridad de salir victoriosos si, como dice el himno nacional, “al brazo que combate lo anima la verdad”.

Los colombianos pueden estar orgullosos de sus compatriotas en armas. El honor, la lealtad a las instituciones, la disciplina y el amor sin límites a la patria, siem-

Desde el impulso de hace 200 años se siente la pasión colombiana por vivir en un Estado de derecho, libres y respetados. En el futuro una nación más justa y más grande, recordará que sus soldados de tierra, mar y aire, los protegieron a costa de su propio bienestar sin más ambición que la felicidad de sus hermanos y sin más recompensa que la conciencia de servir.

pre han estado presentes. Hoy, cuando se avizora la posibilidad del fin de la violencia destructora que aflige a la nación, se preparan para las misiones del futuro. Con mente abierta se piensan los cambios, se entra en el mundo de la ciencia contemporánea, se educan sus componentes, se difunden tecnologías nuevas, se innova y se recogen las experiencias. Los pulgares levantados de los viajeros por los caminos del país, les dicen a sus soldados cuánta gratitud anida en una sociedad que los valora como sus héroes y salvadores. Saben que la reciedumbre de esos soldados los protege y les permite pensar en una patria mejor para sus hijos. Desde el impulso de hace 200 años se siente la pasión colombiana por vivir en un Estado de derecho, libres y respetados. En el futuro una nación más justa y más grande, recordará que sus soldados de tierra, mar y aire, los protegieron a costa de su propio bienestar sin más ambición que la felicidad de sus hermanos y sin más recompensa que la conciencia de servir. ✎

Motivaciones espirituales e ideológicas de la guerra de Independencia



"Capitulación de Cornwallis en Yorktown". Batalla de Yorktown. Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Óleo. Autor: John Trumbull, 1820.

por: **General (r) Álvaro Valencia Tovar**
Ex Comandante del Ejército Nacional

La razón, como forma y camino de llegar al conocimiento, adquirió profunda significación al cuestionar el origen divino de la autoridad depositada en el monarca y llegar a la conclusión de que es el pueblo y no la realeza el depositario de esa autoridad, con el Estado como forma de manifestarla.

Introducción

Dos acontecimientos de resonancia universal acaecidos en el último cuarto del siglo XVIII ejercieron notable influencia en los dominios españoles de América, en particular en la Nueva Granada: la Revolución Francesa y la Independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica.

Enmarcados los dos en el fenómeno espiritual de la Ilustración, tuvieron en el Enciclopedismo su decantación filosófica y política. La Ilustración fue como un segundo Renacimiento. Las artes, la música, la filosofía, el ansia de saber, se entremezclaron en el culto a la belleza en sus diversas manifestaciones. El Enciclopedismo, nacido en Inglaterra con los diccionarios que buscaron la compilación de los vocablos y su significado, se extendió al continente donde adquirió formas más avanzadas de carácter científico. No sólo las palabras como partículas del lenguaje hablado, se registraban en trabajos metódicos de intelectuales de diversos países, en particular Francia, Alemania y Suiza, sino la definición de su naturaleza a la luz de la ciencia conocida.

La razón, como forma y camino de llegar al conocimiento, adquirió profunda significación al cuestionar el origen divino de la autoridad depositada en el monarca y llegar a la conclusión de que es el pueblo y no la realeza el depositario de esa autoridad, con el Estado como forma de manifestarla.

Como es obvio, las testas coronadas se inquietaron. Al no poder dominar la fuerza de la idea, decidieron participar en el fenómeno, llevando a las cortes a músicos, artistas, agrupaciones pequeñas que ejecutaban música de cámara en las reuniones sociales y eventos especiales, dando lugar a lo que se denominó el Despotismo Ilustrado.

La independencia de las colonias inglesas sentó un hecho que conmovió la solidez de los imperios coloniales por el ejemplo de posesiones insurrectas, que podían alcanzar la autonomía política por medio de las armas, a la vez que esparcían un modelo de Estado independiente de carácter federal.

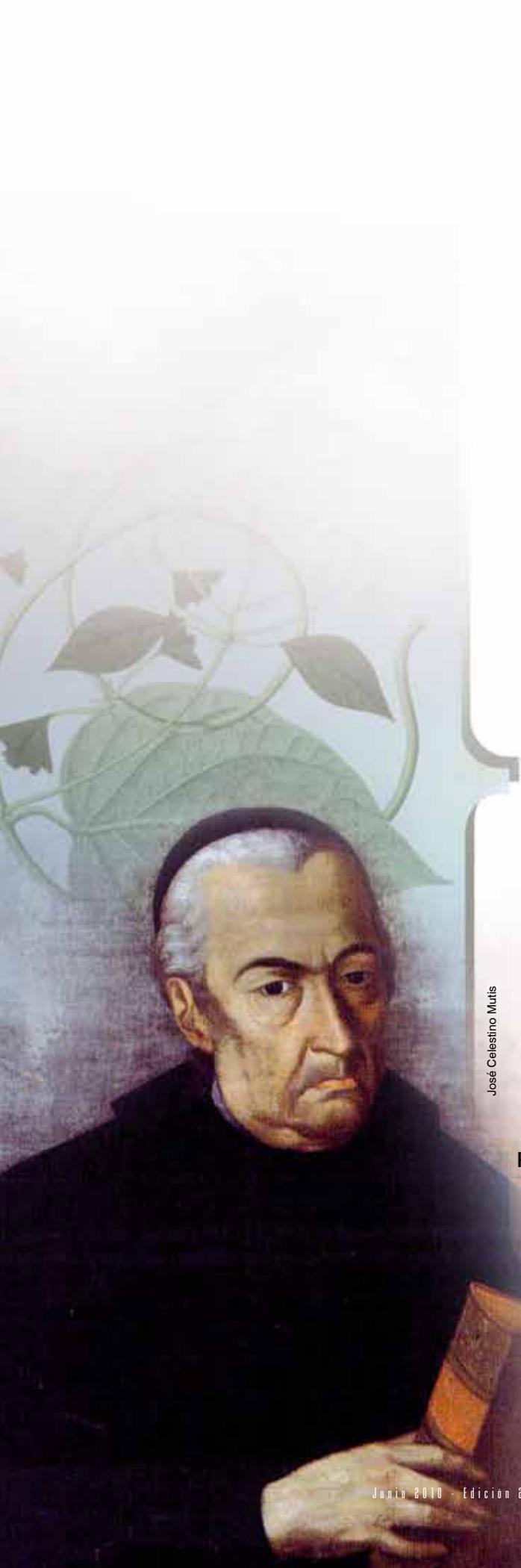
Francia fue el país donde la Ilustración y el Enciclopedismo tuvieron el mayor aliento y contaron con los más connotados representantes y a la vez artífices de la Revolución. Un noble, el barón de Montesquieu, fue el ideólogo de la moderna teoría del Estado, con la división de los tres poderes emanados de la soberanía del pueblo y una Constitución como base de legitimidad y origen de las leyes, con los Derechos del Hombre y del Ciudadano por plataforma.

Curiosamente otro noble, el conde Guillotín, inventó la guillotina para ajusticiar malhechores y enemigos de la realeza pero que en manos de esos enemigos sirvió para decapitar a la nobleza abominada.

A Montesquieu se añaden los nombres famosos de Voltaire y Rousseau, cuyo pensamiento escrito en las dos obras más destacadas salidas de su pluma influyó poderosamente en el más famoso revolucionario americano, el caraqueño Simón Bolívar: el Contrato Social y el Emilio, y Diderot, en su época el más sobresaliente adalid del Enciclopedismo, lo dirigió así como dirigió la publicación de la primera Enciclopedia donde quedaron consignados los conocimientos de su tiempo, con la claridad emanada del iluminismo dieciochesco y la magia de los vocablos Libertad, Igualdad, Fraternidad, que serían lema y enseñanza de la Revolución.

José Celestino Mutis y la Expedición Botánica

Este personaje, producto intelectual de la Ilustración que en España obedeció a un proceso de contagio, sabio, científico, médico, botánico connotado, que se carteaba con Linneo, el botánico sueco más ilustre de su tiempo



José Celestino Mutis

ejerció poderosa influencia en el criollismo inquieto de la Nueva Granada. Natural de la ciudad andaluza de Cádiz, sintió desde joven la atracción magnética de América. Desde su ciudad portuaria veía el lento desfile de los bajeles que partían hacia el continente encantado y retornar con las exóticas mercaderías traídas por los navegantes desde el Nuevo Mundo.

Cuando el virrey Pedro Messía de la Zerda, que reemplazaría en la Nueva Granada al legendario José Solís Folch de Cardona, lo invitó a unirse a su fastuoso séquito en calidad de médico personal, aceptó sin vacilación para no volver nunca a cruzar la amplia bahía gaditana.

La fascinación perduró en la mente y el corazón del sabio, que no contento con su función y embrujado por la riqueza de la flora nativa, concibió la Expedición Botánica, ambicioso proyecto para inventariar toda aquella riqueza natural, descubrir las propiedades científicas de algunas plantas e incentivar con ello el tráfico mercantil con Europa. La idea vino a fructificar cuando el arzobispo Antonio Caballero y Góngora fue trasladado de México a la diócesis de Santafé. El arzobispo virrey fue el más auténtico exponente de la Ilustración en América. Poseedor de una rica biblioteca que trajo consigo. Después de algún tiempo en su cargo religioso, fue designado virrey del Nuevo Reino de Granada por la súbita muerte de Torreza Díaz y Pimienta al llegar a Santafé.

Del arzobispo virrey Mutis recibió decidido apoyo. Entusiasmado con la idea, facilitó con sus propios dineros la iniciación del proyecto en Mariquita, lugar escogido por el científico mientras llegaba la autorización de Madrid. Mutis rodeado de jóvenes criollos, no sólo les enseñó la botánica sino que los condujo por el fascinante camino de la Ilustración, tal como venía haciéndolo con sus alumnos en la cátedra de matemáticas en el Colegio Mayor del Rosario. Hallando que la educación en la Nueva Granada se encontraba cubierta por un velo de oscurantismo casi medioeval, además de ser en extremo teorizante, hasta el punto de ignorar avances y descubrimientos aceptados en Europa desde años atrás, como el giro de la tierra alrededor del sol, efectuó una transformación profunda de orden intelectual y científico que hizo de sus jóvenes alumnos los inquietos dirigentes del proceso revolucionario en la Nueva Granada.

Presencia de don Antonio Nariño y Álvarez

Antonio Nariño, el precursor de la emancipación, no sólo se anticipó a sus contemporáneos en la concepción autonomista de la colonia. Nombrado Tesorero de Diezmos, puso en movimiento los caudales inmovilizados en las arcas para fomentar el comercio de la quina y otros productos naturales con Europa, llevando cuidadoso registro de las operaciones mercantiles.

El asma, padecida desde niño, le impidió recibir la educación formal en alguno de los colegios mayores, reemplazándola por amplias y profundas lecturas en la rica biblioteca de su padre español, hasta adqui-

rir vasta cultura autodidáctica. El Santuario, como denominó el heredado estudio de su padre, era frecuentado por un selecto grupo de contemporáneos, que incluyó al propio Mutis y a miembros de la Expedición Botánica y alumnos del Rosario.

Amigo del círculo cercano al virrey Ezpeleta y Galdeano, sucesor del arzobispo virrey, recibió en préstamo del comandante de la Guardia Virreinal la Historia de la Asamblea Constituyente de Francia. De su texto extrajo los Derechos del Hombre y del Ciudadano,

tribución no constituía elemento judicial suficiente para encadenar a Nariño, decidió inspeccionar el manejo del Tesoro de Diezmos, hallando los faltantes por adquisición y almacenamiento de la quina, de gran valor medicinal en Europa, y otras inversiones para exportación de productos naturales, incriminó a Nariño por usufructo indebido de bienes del tesoro real.

El Precursor presentó el detalle de las cuentas llevadas con absoluta escrupulosidad y pidió plazo para recoger los pasivos del negocio, que no le fue concedido por el riguroso e implacable funcionario. Se agregó al presunto delito la existencia en su biblioteca

de los libros comprados por él a Pedro Fermín de Vargas, reo de alta traición por sus actitudes libertarias en calidad de regidor de Zipaquirá. Miembro de la Expedición Botánica y contertulio de Nariño en El Santuario, Pedro Fermín se sintió amenazado y escapó hacia Europa por los Llanos orientales, refugiándose en Inglaterra, donde entró en contacto con Francisco Miranda, precursor de la independencia de Venezuela y otros conspiradores de Hispanoamérica que buscaban apoyo para una revolución de independencia en el imperio español.

Francia fue el país donde la Ilustración y el Enciclopedismo tuvieron el mayor aliento y contaron con los más connotados representantes y a la vez artífices de la Revolución. Un noble, el barón de Montesquieu, fue el ideólogo de la moderna teoría del Estado, con la división de los tres poderes emanados de la soberanía del pueblo y una Constitución como base de legitimidad y origen de las leyes, con los Derechos del Hombre y del Ciudadano por plataforma.

los tradujo e imprimió en su propia imprenta confiada a la experticia de Brumo Espinosa de los Monteros, amigo suyo, y entregó copias a sus contertulios de El Santuario que estudiaban la obra. Alguno de ellos lo previno del riesgo que podría significar tal audacia, si alguna de las copias caía en manos de la autoridad oscurantista y prevenida. Nariño se apresuró a recogerlas, pero una de estas llegó a uno de los guardas del virrey, quien la entregó al gobernante.

Desde la insurrección comunera prevalecía en las autoridades españolas cierto grado de hiperestesia medrosa, lista a enfrentar con dureza cualquier asomo de rebeldía, de manera que el documento se convirtió en cabeza de proceso contra Nariño, encargando al oidor Mosquera y Figueroa quien lo adelantó con severidad persecutoria. Hallando que el documento y su restringida dis-

Nariño, condenado a prisión en las mazmorras de Cádiz, sufrió la confiscación de todos sus bienes. Con lo cual su esposa Magdalena y sus hijos quedaron en la más penosa indigencia. El don de gentes del santafereño, su simpatía natural y la amenidad de sus charlas, atrajeron al capitán del navío que lo conducía a España junto con otros prisioneros. El marino, seducido por aquella extraordinaria personalidad, lo invitaba con frecuencia a su mesa y a conversar en su camarote, donde tuvo ocasión de ver sobre el escritorio la lista de prisioneros, en la cual faltaba su nombre, por tratarse de un cautivo de alta peligrosidad política, encomendado directamente al capitán del buque.

Al llegar a Cádiz, en medio del alboroto propio del arribo a puerto. Nariño escapó orondamente, viajó por España más a prisa que las órdenes de captura y se refugió en Inglaterra, albergue de los conspiradores americanos contra España, su rival histórico. En Londres se reencontró con Pedro Fermín de Vargas, conoció a Francisco Miranda, intrigó para obtener el apoyo

inglés a la independencia, pero pese a la enemistad histórica de las dos naciones, la alianza inglesa contra Napoleón precluía cualquier apoyo público a las díscolas colonias hispanas, por grandes que fueran sus deseos de vengar la ayuda de España a la independencia de las colonias inglesas en América.

Agotados sus modestos recursos, Nariño retornó a la Nueva Granada, ansioso de reunirse con su familia después de la prolongada ausencia sin noticias de Magdalena y sus hijos. Entrando por Maracaibo, alcanzó la provincia Comunera donde percibió el rescondo de rencor contra la autoridad virreinal por la pérfida traición a las Capitulaciones de 1881 y el ajusticiamiento brutal de José Antonio Galán, Isidro Molina, Manuel Ortiz y Lorenzo Alcantuz en la Plaza Mayor de

Justamente temerosa de que el escondite de su esposo fuera descubierto, lo persuadió de entregarse al virrey José de Ezpeleta y Galdeano, sucesor del arzobispo virrey Caballero y Góngora, para lo cual se valió del arzobispo Baltasar Jaime Martínez Compañón para que actuara como mediador. Todo fue inútil. Reducido a prisión, permaneció casi seis años en las bóvedas de Cartagena. Donde enfermó de cuidado. Certificadas sus dolencias por José Celestino Mutis, se le permitió tomar su casa por cárcel, bajo estrecha vigilancia. Su recuperación fue rápida en la hacienda sabanera de Fucha, donde el aire puro y la libertad relativa en familia coadyuvaron en su mejoría, a la par con las faenas del campo de las que disfrutó alegremente.



Ilustración del Precursor Antonio Nariño, primer hombre de lengua castellana que tradujo los Derechos del Hombre. Autor: Gastón Bettelli

Ilustración del Acta de Independencia. Autor: Gastón Bettelli

Ilustración, Bolívar y sus debates

Santafé. Así se encontró con dos generaciones nuevas, hombres y mujeres conservaban abiertas las heridas de sus capitanes ejecutados, sus cabezas y miembros expuestos en sus poblados de origen o los lugares donde habían destruido los estancos de tabaco y aguardiente, símbolos de la tiranía tributaria que flagelaba a la población empobrecida por las exacciones que alcabaleros sin alma les arrancaban con insostenible autoritarismo despectivo.

Con el disfraz de clérigo que lo acompañó en el viaje para eludir a las recelosas autoridades virreinales se ocultó en casa de su familia. Justo es destacar la admirable conducta de doña Magdalena, la dignidad con que afrontó sus penurias y el valor de sus compungidas cartas a la reina María Luisa de Parma, informándole la tremenda injusticia cometida contra su esposo, las qué nunca obtuvieron respuesta.

Nariño había traído de Europa semillas de carretón, pasto muy usado en ese continente como forraje para el ganado por su riqueza proteínica. Las sembró y cultivó en Fucha, de donde la planta se propagó por la sabana. Sin embargo, su pequeño paraíso resultó efímero. La aparición clandestina de pasquines libertarios en las calles santafereñas le fue atribuida y sin fórmula de juicio fue aprehendido de nuevo y remitido a las bóvedas de Cartagena, donde lo sorprendió el 20 de julio de 1810. Su destino, glorioso y trágico, habría de conocer las grandezas del poder y las miserias de la derrota y la prisión que a menudo se ensañan con las grandes figuras de la historia.

Las tertulias santafereñas

La Ilustración con sus influencias culturales y políticas había cruzado el océano y penetrado subrepticamente en el virreinato de la Nueva Granada. Allí encontró dos espíritus selectos, personeros ambos del fenómeno.

El arzobispo virrey Antonio Caballero y Góngora, enciclopedista a la española, intérprete quizá sin proponérselo del Despotismo Ilustrado, progresista como gobernante, severo y comprensivo a la vez como prelado. Lo que en Europa hacía la realeza al extender su protección y rodearse de artistas, músicos célebres y filósofos, lo realizó él en el campo científico al extender su mecenazgo al sabio Mutis, a buen seguro sin pensar en que su sabiduría en la cátedra y su dominio de la botánica alcanzaría con la Expedición Botánica que sedujo a Caballero y Góngora hasta el punto de financiar la empresa con sus propios dineros, para acelerar su iniciación mientras llegaba la autorización con el presupuesto correspondiente en el siempre parsimonioso trámite burocrático de Madrid.

La libertad de cátedra ejercida por Mutis en el Colegio Mayor del Rosario despertó suspicacias en el ánimo de algunos padres de familia españoles, por lo cual el sabio

asumió el sacerdocio, colocándose así al margen de toda sospecha y pudo proseguir su empeño formativo de los futuros dirigentes neogranadinos.

A Santafé llegaban, disimuladas en las cargas inglesas de contrabando, libros y documentos de la Europa ilustrada. La verdad siempre halla sus propios caminos para iluminar las penumbras de la ignorancia y sortear las ataduras del pensamiento libre. El criollismo fue así descorriendo el velo de la censura impuesta en las posesiones de la América española para todo lo que significara amenaza o peligro para el imperio.

La fascinación perduró en la mente y el corazón del sabio, que no contento con su función y embrujado por la riqueza de la flora nativa, concibió la Expedición Botánica, ambicioso proyecto para inventariar toda aquella riqueza natural, descubrir las propiedades científicas de algunas plantas e incentivar con ello el tráfico mercantil con Europa.

El ejemplo sentado por la Tertulia de El Santuario, antes de que su adalid resultara sospechoso de alta traición y uso abusivo de los dineros del Tesoro de Diezmos y su inteligencia privilegiada se desvaneciera en las ergástulas de la tiranía, se contagió a las Tertulias del 'Buen Gusto' y 'Eutrapélico'. La primera, dirigida y organizada por doña Manuela Santamaría de Manrique en su residencia, reunía lo más granado de la sociedad santafereña, con asidua asistencia de discípulos de Mutis y miembros de la Expedición Botánica. La segunda, fue idea de don Manuel del Socorro Rodríguez, cubano, nombrado bibliotecario de Santafé portador del espíritu de la Ilustración.

Aunque El Santuario de Antonio Nariño fue la tertulia que en forma más abierta se ocupó del tema autonomista, las otras dos iniciaron labores con los de literatura, poesía, música y arte; el espíritu de la Ilustración se hizo presente con la filosofía de la razón y su dialéctica sobre el origen de la autoridad y la república de Montesquieu.

Tales libertades de pensamiento alarmaron a don Manuel del Socorro Rodríguez. Erudito en conocimientos, no compartía las posiciones dialécticas del Enciclopedismo. Optó por consultar al arzobispo virrey, quien no le dio mayor importancia al asunto. Le recomendó tan sólo apersonarse más de la dirección y el manejo temático de su tertulia. Las cosas anduvieron bien mientras Caballero y Góngora ocupó las sillas de los poderes eclesiástico y político, pero con Ezpeleta y Galdeano revivió el temor de don Manuel, que para evitarse problemas optó por clausurar su tertulia. La del Buen Gusto persistió hasta poco después del 20 de julio, dándose a sí misma la libertad filosófica de la Ilustración.

El criollismo toma conciencia

Los hijos de españoles nacidos en América recibían de las autoridades peninsulares un trato despectivo, que se hacía más notorio por parte de los funcionarios, oidores y golillas. El español de nacimiento miraba al americano, así fuese blanco sin cruce, como a un ser inferior. El criollo tenía parte de culpa por cuanto rendía pleitesía al peninsular, particularmente en los círculos del poder virreinal. Los recaudadores de impuestos, en particular, ejercían su función en forma despótica. El título de alcabaleros que les endilgaban los contribuyentes tenía una connotación entre temerosa y despectiva.

La Rebelión Comunera no lo fue solamente contra los crecidos impuestos para sostener las guerras imperiales, en particular contra los ingleses, de lo cual surgió lentamente la hostilidad contra los alcabaleros, sino frente a los tributos mismos. Dos contribuciones se hicieron particularmente odiosas. El de la Armada de Barlovento y el de Gracioso Donativo, que de gracioso no tenía nada pues tenía carácter obligatorio.

La insurrección vino a ser resultante de la inconformidad creciente. Estallido de ira contenida cuya ignición fue el acto de la cigarrera Manuela Beltrán en el Socorro, el 16 de marzo de 1781, al arrancar y pisotear el edicto que incrementaba algunos impuestos y expedía normas sobre los estancos de tabaco y aguardiente monopolizados por la Corona. Su grito desafiante: "No más tributos. Viva el Rey y muera el mal gobierno" se

extendió como lava ardiente por la comarca comunera y de la arriscada montaña, para marchar hacia la capital del Nuevo Reino en la más genuina protesta campesina de nuestra historia, descendió la gente del común.

Aunque ante la marejada humana que se atrevió a desafiar el poder virreinal, Santafé entera se alarmó constituyendo una compañía de voluntarios, cuyo abandonado fue un mozalbete de nombre Antonio Nariño y respiró aliviada cuando se enteró de la firma de las Capitulaciones y el regreso de las gentes del común a sus breñales, la traición de los compromisos adquiridos suscitó el rechazo, moderado aún, de los criollos. Fue el comienzo de un distanciamiento que terminó en rivalidad manifiesta, acrecentada por la superación del criollismo ilustrado sobre el español peninsular, generalmente burócrata, inculto, que debía su posición a favores reales y no a méritos ni conocimientos.

La Expedición Botánica, las tertulias, la cátedra múltiple del sabio Mutis, el espíritu intangible pero perceptible de la Ilustración fue trocando la relación de humildad hacia los peninsulares. La actuación de la autoridad contra Antonio Nariño y su actitud represiva que en el ajusticiamiento de los estudiantes Rosillo y Cadena en los Llanos orientales sin juicio ni investigación, irritó la conciencia ciudadana, que en la "Representación" elevada por el Cabildo de Santafé a la Junta Suprema de Sevilla en 1808 halló la justa medida de la indignación criolla. Conocida como Memorial de Agravios redactado por la pluma magistral de Camilo Torres y Tenorio se registró así:

"El Juramento de Antonio Nariño en la Iglesia de San Agustín". Óleo sobre tela. Autor: Francisco Antonio Cano, 1926. Colección del Museo Nacional.



“...¿No se oye al reo? ¿No se le da un defensor? ¿No se exige la uniformidad y coincidencia de muchos votos para dar muerte a un delincuente? ¡Y en Pore un solo letrado pronuncia, y sin oír, sin necesidad de consultar al tribunal sentencia y quita la vida a dos muchachos! ¿Hay leyes? Aquí no hay sino caprichos.”

En el mismo documento, escrito con el valor de una conciencia limpia, la dignidad del español americano aflora con el orgullo del criollo ilustrado en un párrafo que resume el sentimiento colectivo:

“Tan españoles somos como los hijos de don Pelayo y tan acreedores por esta razón a las distinciones, privilegios y prerrogativas del resto de la nación, como los que salidos de las montañas expelieron a los moros (...) nuestros padres por medio de indecibles trabajos y fatigas, descubrieron, conquistaron y poblaron para España este nuevo mundo.”

Consciente de la rebeldía presta a explotar del otro lado del Atlántico, la Junta Suprema de España e Indias que sustituyó al efímero Consejo de Regencia establecido en Cádiz como reemplazo transitorio de los monarcas retenidos en Bayona por Napoleón Bonaparte, quiso estrechar vínculos con las colonias americanas y sus juntas de gobierno, que se anticiparon a su establecimiento por el régimen transitorio de la península. Con tal propósito, se dirigió a las Juntas en los siguientes términos:

“Desde este momento, españoles americanos os veis elevados a la dignidad de hombres libres.: no sois más los mismos de antes, conservados bajo un yugo mucho más duro cuanto más lejos estabais del centro del poder (...) Tened presente que al presentar o inscribir el nombre de quien ha de venir a representaros en el Congreso Nacional, vuestros destinos ya no dependen de los ministros ni de los virreyes ni de los gobernadores; están en vuestras manos.”

La “dignidad de hombres libres” ya la sentían los criollos neogranadinos. La expresaron erguidamente en el Memorial de Agravios y la ratificaron el 20 de julio, cuando por sí y ante sí erigieron en Santafé su propia Junta, imitada sin demora en

la libertad de cátedra ejercida por Mutis en el Colegio Mayor del Rosario despertó suspicacias en el ánimo de algunos padres de familia españoles, por lo cual el sabio asumió el sacerdocio, colocándose así al margen de toda sospecha y pudo proseguir su empeño formativo de los futuros dirigentes neogranadinos.

las capitales de provincia. Pese a la letra del mensaje de la Junta de Sevilla, la diferencia continuaba. A cada virreinato, Real Audiencia o Capitanía General de América, se le concedía una representación para un total de 9 en tanto serían 36 los de la metrópoli para una población equivalente, lo cual no pasó inadvertido para los criollos neogranadinos.

El hecho histórico es que en el decenio que antecedió al Grito de Independencia, existía un clima propicio para la rebelión granadina. La inconformidad se hacía tan evidente, que cuando los cuerpos de los ejecutados en Pore llegaron a la capital para ser expuestos al escarnio público por rebeldía, oidores y virrey, temerosos de la reacción que aquello ocasionaría, los sepultaron bajo el piso empedrado de la cárcel en absoluto secreto.

Como en el Socorro comunero, el grito encendido de una humilde tabacalera sirviera de detonante de la explosión popular, el 20 de julio de 1810 la riña de un español con los criollos inició la Revolución de Independencia, con un florero como detonante y unos bastonazos al chapetón insolente por combustible. ✎

por: **Germán Bustillo Pereira**
Abogado, Especialista en Derecho Público



"El dos de mayo de 1808, la carga de los mamelucos". Guerra de Independencia Española. Óleo sobre lienzo. Autor: Francisco de Goya, 1814.

Introducción

Ad portas de conmemorar en propiedad el Día del Nacimiento de la Patria, se siguen suscitando los interrogantes sobre los verdaderos antecedentes de nuestra Independencia.

Ad portas de conmemorar en propiedad el Día del Nacimiento de la Patria, se siguen suscitando los interrogantes sobre los verdaderos antecedentes de nuestra Independencia. Esto es, la necesidad general de saber qué fue lo que en último término inspiró al Procerato Criollo para renunciar al Gobierno de la metrópoli ibérica, escindir los lazos políticos con la Madre Patria española y hacer nacer nuevas naciones, con lo que esta pléyade de valientes hombres encaminaron a los pueblos latinoamericanos –para este momento, en particular el colombiano– en la inevitable sucesión de procesos que implica la transformación política y consolidación institucional.

Como bien se sabe, alrededor de la Revolución de Julio, como por aquellos días se llamó ese célebre día de 1810, se ha tejido un sinnúmero de historias justificativas, unas hasta mitificadoras del magno evento y otras, la verdad, muy simplificadoras del mismo. Sin embargo, enaltecíase hiperbólicamente o reduzcíase a la insignificancia a ese primer 20 de julio, no se puede desconocer, bajo ninguna circunstancia, la circunscripción ideológica en la que esta fecha se enmarca. Por ello, atendiendo a la gentil petición de nuestra querida Escuela Superior de Guerra, nos permitimos, en las breves páginas que siguen, mostrar el desarrollo del discurso que sirvió de basamento para que los granadinos creyéramos en una Nueva Patria.

Tres revoluciones y 'La Revolución de Julio'

Incidencia de las revoluciones Inglesa, Americana y Francesa en la Independencia Hispanoamericana

La derrota del absolutismo monárquico en tierra angla. Necesaria referencia histórica

Antes de ingresar en el periodo que abarca los siglos XVIII y XIX, bien llamado Tiempo de las Revoluciones, es importante hacer mención a los acontecimientos que produjeron el fracaso de las ideas absolutistas en el trono inglés. Como de ordinario se sabe, los gobernantes de todos los tiempos se han esforzado por lograr que sus dominios no sólo estén sometidos a un determinado ordenamiento jurídico, sino también a ese sentimiento que une a todos los ciudadanos en torno al país como un símbolo y a una vocación de común destino por compartir todos una misma historia, una misma religión y un mismo idioma. En otras palabras, hacer de ese territorio y de su gente una nación. Tarea, en consecuencia, no fácil para cualquier gobernante.

A dicho esfuerzo no fueron ajenos los monarcas europeos y tampoco, dentro de ellos, los reyes ingleses. Porque corriendo el año 1215, Juan I Sin Tierra de Inglaterra pretendió imponer motu proprio impuestos para solventar algunos de sus gastos y sus nobles se rebelaron contra él alegando, entre otras cosas, que no podría haber en adelante decretos impositivos sin haber antes oído a sus súbditos, quienes intervendrían para aprobar o revocar la proposición

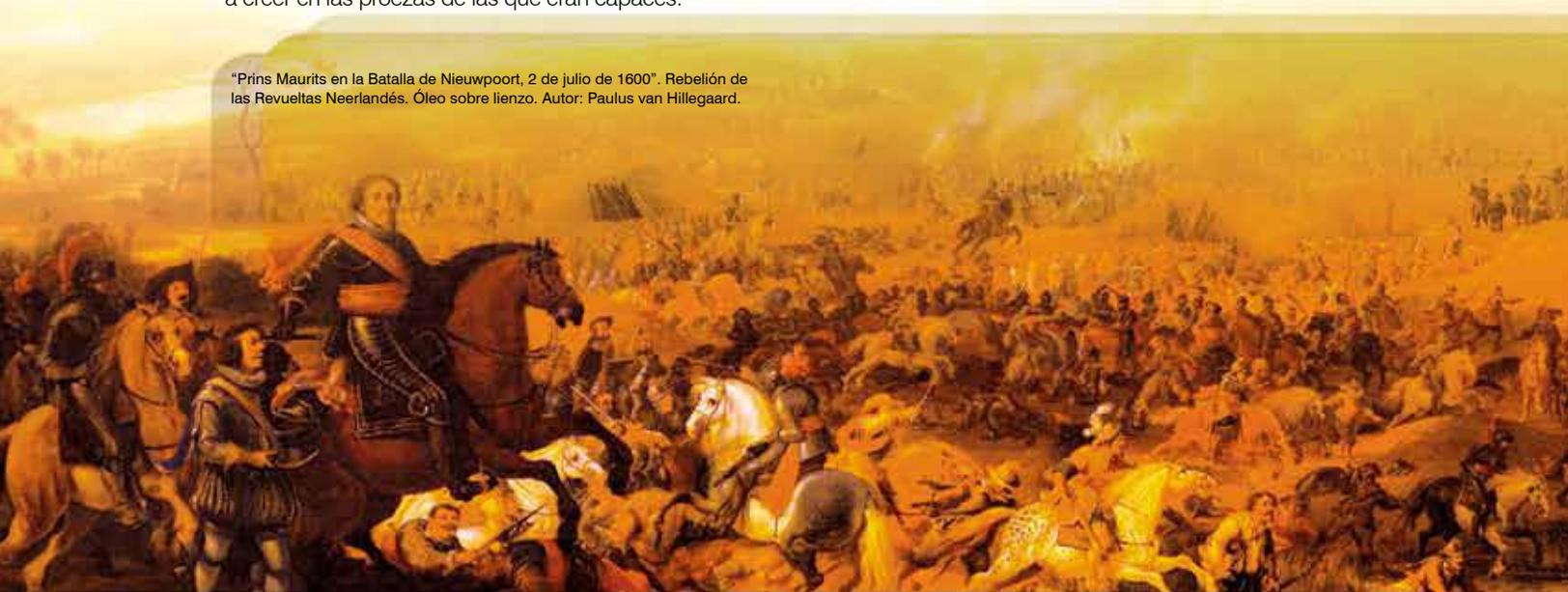
contributiva. En otras palabras, quedó para la posteridad que no puede haber impuestos sin representación. Así, pues, se debilitó el poder del rey, quien quedó supeditado en sus decisiones al criterio de los nobles, los cuales tendrían como criterio la necesidad del gravamen (“los impuestos no deben ser innecesarios”), y por ende, se fortaleció el poder del Parlamento.

Continuó, entonces, el curso de la historia inglesa marcada por la hegemonía religiosa de la Iglesia Anglicana desde el reinado de Enrique VIII (1509-1547) y por el acrecentamiento del nacimiento inglés que hizo el pueblo durante el gobierno de Isabel I la reina virgen, periodo en el que la Armada Inglesa venció a la Armada Invencible de Felipe II de España (1588) y los súbditos de Isabel comenzaron a creer en las proezas de las que eran capaces.

vo era “purificar” a la Iglesia Anglicana de todo lo que recordara el ritual católico y se la organizara al estilo presbiteriano calvinista–, con lo cual subestimaba las convicciones religiosas inglesas y se sumergía en una tensionante lucha entre su papel de monarca y el poder de sus súbditos.

Cuando finalizó el reinado de Jacobo I con su muerte acaecida el 27 de marzo de 1625, su hijo Carlos, que sería conocido en adelante como Carlos I, heredó un país en caos. La iglesia se encontraba fragmentada en cuantos partidos como modalidades de religión pudieran imaginarse, la nobleza se dividía entre los grandes señores feudales y otros personajes con títulos nobiliarios, pero enriquecidos por la piratería y el negocio de

“Prins Maurits en la Batalla de Nieuwpoort, 2 de julio de 1600”. Rebelión de las Revueltas Neerlandés. Óleo sobre lienzo. Autor: Paulus van Hillegaard.



Así, pues, los ingleses habían devenido en un pueblo difícil de gobernar, pues, en última medida, habían caído en la cuenta que el territorio no era propiedad de la familia reinante, como pretendía Jacobo I –el rey de Escocia que fue proclamado por los nobles el mismo día que murió Isabel I (24 de marzo de 1603) como Rey de Inglaterra–, y que tampoco era cierto aquello de que “el rey viene de Dios, y la ley del rey”, cosa que proclamaba a viva voz este mismo monarca; factores aunados a que el arrogante Jacobo –quien sostenía que “Dios mismo llama dioses a los reyes”– mostraba un marcado deseo por fortalecer la Iglesia Católica, enemiga de la Anglicana –entre otras cosas, ha de recordarse que frente al proteccionismo de Jacobo I sobre la Iglesia Católica existió un movimiento enemigo del rey conocido como el Puritanismo, cuyo objeti-

la esclavitud; y por último, un pueblo que empezaba a detestarlo, pues como ha de anotarse, Carlos I quiso implantar un régimen autoritario a ejemplo de su padre y, en efecto, cuando pidió al Parlamento aprobar algunos impuestos éste se los negó y él decidió disolverlo, a lo que los gravantes respondieron implacablemente: no pagaron. Por lo que el rey Carlos debió convocar al Parlamento de nuevo a sesiones, las cuales arrojaron el Petition of Right (Petición de Derecho) por el que se establecía que (I) no se impondría en adelante pagos forzados, sino sólo los aprobados por el Parlamento; (II) además, no habría expropiación sin debida autorización judicial con arreglo a las leyes; (III) también, quedaría proscrita la detención de ciudadanos en virtud de la ley marcial; y finalmente, (IV) se prohibía a los militares alojarse en las casas de los civiles. Do-

cumento legislativo que Carlos se apresuró a firmar para luego violarlo, como en efecto lo hizo. Pero el Parlamento Inglés arremetió declarando enemigo capital del Estado a todo el que impusiera gravámenes sin la autorización del aparato legislativo y, así mismo, si alguien absolvía al “enemigo” se lo consideraría como traidor de las libertades de Inglaterra. Sin Iglesia –la que ya estaba en su interior más dividida que nunca al punto que los templos se hallaron

niera– se trasladó a Oxford, donde reunió un ejército mercenario con la ayuda de su sobrino, el príncipe Ruperto del Rin, y con el que quiso hacer frente a la ofensiva del ejército del Parlamento, cuyos miembros pasaron a denominarse “agitators” y en el que, por cierto, militó Oliverio Cromwell en calidad de reclutador. Estalló la guerra civil con resultados espantosos para la unidad de la Nación inglesa: Carlos I organizó una nueva campaña en Escocia, que Cromwell derrotó sin mayor dificultad; se purgó el Parlamento de todo lo que recordara la monarquía, se disolvió la Cámara de los Lores, y la Cámara de los Comunes, único órgano del Legislativo, se erigió como el poder supremo en Inglaterra; ante los restantes miembros del Parlamento, Cromwell acusó y aprehendió a Carlos Estuardo, al que luego “juzgó” y ejecutó con la decapitación; en consecuencia, se abolió la monarquía y el poder ejecutivo pasó a ser ejercido por un Consejo de Estado, entre los que, por supuesto, se contaba Cromwell; así al regicidio y a la abolición monárquica respondieron los escoce-



En efecto, la tendencia de los tratadistas ha sido circunscribir el aspecto de la Revolución Inglesa como antecedente de las revoluciones Americana y Francesa a la Revolución llamada Gloriosa en Inglaterra que estamos a punto de referir. Sin embargo, es de capital importancia hacer resaltar que los antecedentes revolucionarios en Inglaterra abarcan, como ya se ha demostrado, un espectro de tiempo más amplio.

vacíos y las masas adoraban por su cuenta–, sin Parlamento –que ya distinguía a los monárquicos de los constitucionalistas– y un pueblo confundido, la situación para el rey Carlos no podía ser más grave.

Pero Carlos quiso defender sus derechos hasta el límite, por lo que en 1641, luego de múltiples impases con el Parlamento –al que disolvió y reconvocó varias veces y en diversas modalidades, según convi-

ses con la coronación de Carlos II, el primogénito del ejecutado Carlos I, cuyo partido derrotó Cromwell en Worcester y así obligó al “nuevo monarca” a huir de la isla inglesa. Finalmente, bajo la égida de Carlos II, se consolidó el gobierno del Lord Protector, con el que devino Inglaterra en una mancomunidad (Commonwealth of England) y, con el tiempo, el protectorado de Cromwell en una tiranía, pues –según también lo afirman muchos estudiosos– la acción de este hombre, si bien logró pacificar momentáneamente a Inglaterra y hacer de su ejército y cuerpo naval los mejores en el mundo, declaró inmoral (“wicked”) bailar, clausuró todos los teatros e, incluso, en uno de sus tantos conflictos con el Parlamento, llegó a expulsar a sus miembros del recinto, cerrar la puerta del mismo y poner en su bolsillo la llave.

Cuando el 3 de septiembre de 1658 murió en Londres el Lord Protector, Oliver Cromwell, asumió el poder su hijo, Ricardo, al que se obligó a dimitir para que en 1660 llegara la restauración de la Casa Estuardo con el exiliado Carlos II, cuyo gobierno fue marcado por la simpatía al aparecer ante el pueblo como un hombre ingenioso y el monarca más inteligente en ocupar el trono inglés. El reinado de Carlos II, si bien sufrió los estragos de la Gran Plaga de Londres (1665) y el Gran Incendio (1666), logró la construcción de nuevas viviendas en piedra, calles más amplias y, desde su ascenso al poder, reabrió los teatros –en los que por primera vez aparecieron las actrices– y volvió a permitir el baile, del que de hecho él mismo disfrutaba: no en vano lo llamaban el Alegre Monarca. Sin embargo, Carlos II murió el 6 de febrero de 1685 sin ningún hijo apto para sucederlo. Varios de sus hijos legitimados procuraron llegar al trono, pero el Parlamento –dividido entre los Tory (conservadores) y los Whig (liberales)– lo impidió a toda costa, y ascendió a la sede monárquica inglesa Jacobo, el hermano menor de Carlos II, quien sería conocido en adelante como Jacobo II de Inglaterra.

En efecto, la tendencia de los tratadistas ha sido circunscribir el aspecto de la Revolución Inglesa como antecedente de las revoluciones Americana y Francesa a la Revolución llamada Gloriosa en Inglaterra que estamos a punto de referir. Sin embargo, es de capital importancia hacer resaltar que los antecedentes revolucionarios en Inglaterra abarcan, como ya se ha demostrado, un espectro de tiempo más amplio. Así pues, la supremacía del pueblo inglés sobre su rey se coronaría con la deposición de Jacobo II, cuyo reinando debe ser referido por fallar en sus dos propósitos: dado que era católico, quería hacer de Inglaterra un país de la misma confesión; y levantarse como un monarca absoluto cuyas decisiones fueran inapelables.

Jacobo II, si bien era un hombre valiente e inteligente, erró al volver a querer que la religión fuera su instrumento de legitimación en el poder, porque ya las mentes de los ingleses hacían las tesis hobbesianas sobre que “el ciudadano transfiere a un hombre o a una asamblea de hombres para que los gobiernen a él mismo”, de manera que si bien Dios validaba el gobierno del monarca, éste daba el poder a los hombres para luego transferirlo al rey, contrario a la medieval tesis de que Dios concede el poder a los reyes para que gobiernen a sus hijos. Fue así que el Parlamento se levantó contra el rey, alentado por los conspiradores que, como se dijo por aquellos días, “estaban resueltos a arrasar con la raza tirana de los Estuardo”; pues Jacobo II demostró su férreo deseo de catolizar al gobierno inglés al llenar los estancos del poder con personas de confesión católica, eventos que extrañaban incluso a sus seguidores Tory en el Parlamento y que terminaban por ofender el arraigado credo anglicano, sobre todo con las Declaraciones de Indulgencia que abominaban por consagrar un principio extraño a tal época: la libertad religiosa.

Es así que, corriendo el siglo XVIII, las relaciones entre Inglaterra y Norteamérica comenzaron a complicarse, pues los hechos que traeremos al presente en los párrafos que siguen nos demuestran que la metrópoli inglesa quería mantener su papel de madre patria con unos pueblos que ya habían alcanzado una independencia no sólo económica sino también social, lo que hacía ya imposible a las colonias angloamericanas seguir el camino de la historia en calidad de provincias anonarias y menos aún jurídicamente subordinadas.

Empero, lo que alertó a Inglaterra fue el nacimiento del hijo de Jacobo II con María de Módena: Jacobo Francisco Eduardo Estuardo (10 de junio de 1688), de quien se temía fuera educado, a diferencia de su hermana María –hija del rey Jacobo con Ana Hyde–, en la religión católica. En todo caso, dado que la princesa María Estuardo había contraído nupcias con Guillermo de Orange (1677), éste nació a la vida pública no sólo por su confesión anglicana sino sobre todo por su lema familiar “Je maintendrai”, que el mismo Guillermo amplió así: “Mantendré las libertades de Inglaterra y de la religión anglicana”, porque como ha de recordarse, el ejército del Parlamento que derrocó a Carlos II de Inglaterra se había proclamado “la unión de hombres libres del pueblo de Inglaterra que se han reunido con la firme intención de defender las libertades y los derechos fundamentales del pueblo”.

Así, entonces, Guillermo, sabiendo que el terreno había sido felizmente preparado, organizó una expedición para invadir Inglaterra y arribó al país el 5 de noviembre de 1688, para enfrentarse con el rey Jacobo el 9 de diciembre de ese mismo año en la famosa Batalla de Reading, en la que vence Guillermo y el rey Jacobo ve cómo sus partidarios y los combatientes de su ejército lo dejan íngrimo asumir la ofensiva del Yerno Orange. Habiendo rechazado la ayuda del rey Luis XIV de Francia, el monarca católico más poderoso de Europa, Jacobo se ve debilitado, al punto que su otra hija, Ana, lo abandona. En medio de la crisis, el 10 de diciembre, la reina María logró huir a

"Libertad guiando al pueblo". Revolución Francesa. Óleo sobre lienzo. Autor: Eugène Delacroix.



Francia con el pequeño Jacobo, todavía un bebé, a lo que no se demoraría el rey Jacobo en secundarlos cuando al día siguiente huyó disfrazado a tierra gala y arrojó al Támesis el Gran Sello del Reino, en una alegoría bastante necia de que sin él Inglaterra no podría ser gobernada. Pero Jacobo II corrió con tan mala suerte que, habiendo llegado a Kent, fue capturado, pero como Guillermo no quería enaltecer a su suegro como un mártir lo dejó libre para que corriera a Francia el 23 de ese mes, cuando fue recibido por el rey francés Luis XIV.

Como epílogo de todo lo dicho, asumieron como reyes de Inglaterra y Escocia los monarcas Guillermo de Orange y María, periodo que consolida históricamente la conocida como Revolución Gloriosa Inglesa y que se concretó con la firma del célebre Bill of Rights (Declaración de Derechos) de 1689, que se desempeñaría como referente obligado de esas latitudes, y que influiría después de modo tan significativo en las mentes y en el comportamiento de los colonos norteamericanos en la lucha que emprenderán frente a ese país como lo habremos de ver inmediatamente.

La representación: precedente en la inconformidad de las masas

Ahora bien, luego de hacer resaltar la importancia del proceso revolucionario en Inglaterra –ciertamente pasado por alto y en el mejor de los casos someramente referido–, nos ocuparemos de la Revolución Norteamericana que precede, tan sólo por unos días, a la Revolución Francesa.

Es así que, corriendo el siglo XVIII, las relaciones entre Inglaterra y Norteamérica comenzaron a complicarse, pues los hechos que traeremos al presente en los párrafos que siguen nos demuestran que la metrópoli inglesa quería mantener su papel de madre patria con unos pueblos que ya habían alcanzado una independencia no sólo económica sino también social, lo que hacía ya imposible a las colonias angloamericanas seguir el camino de la historia en calidad de provincias anonarias y menos aún jurídicamente subordinadas. Sin embargo, el Parlamento inglés decidió imponer en marzo de 1733 un impuesto de seis peniques por galón de melaza obtenida de región no-británica, y aún cuando tal ley –siempre rechazada– se había establecido para dejar de surtir sus efectos en 1763, esta misma corporación renovó el gravamen el 5 de abril de 1764 con el Acta del Azúcar (American Revenue Act – Acta Americana de Rentas Públicas) y redujo la cuantía del impuesto a la mitad con el ilusorio propósito de obtener ahora sí la efectiva recaudación del dinero; pero con un resultado inesperado: las colonias alegaron que se había faltado a la aplicación equitativa del derecho inglés al imponer gravámenes que no estaban consentidos por sus representantes; en otras palabras, si por principio jurídico británico se entiende que no hay impuestos sin representación, las colonias no estaban obligadas a pagar el gravamen. Y ha de agregarse: en el mismo sentido, el Parlamento inglés permitió por ley (Tea Act) que la Compañía Británica de las Indias Orientales (British East India Company) vendiera té dentro de las 13 colonias americanas a un precio reducido –de hecho, sin pagar impuestos–, lo que posicionaba a Inglaterra en un lugar ventajoso respecto de los demás productores de té y a lo que las colonias respondieron boicoteando a la citada compañía comprando el té a Holanda y con el célebre Motín del Té (Boston Tea Party) el 16 de diciembre de 1773.

La Revolución Francesa ha sido siempre considerada como el proceso revolucionario por excelencia, no sólo por los hechos que ya referíamos con inmediata anterioridad, sino porque marca el inicio de una nueva era para Francia y también para el Mundo. Sí, si algo tuvo en cuenta la Revolución Neogranadina como la Francesa fue que la noche de la sublevación pasaría cuenta nueva de todo. En otras palabras, lo que antes era considerado como impensable y sacrílego la Revolución lo enarbolaría como necesario para la efectiva evolución del Estado y de la “patria”.

“Muerte de Daoíz y Defensa del Parque de Monteleón”. Guerra de la Independencia Española. Óleo sobre lienzo. Autor: Manuel Castellano



De cualquier forma, la metrópoli en Inglaterra reaccionó con la abolición del Acta del Azúcar en 1766, pero las colonias Angloamericanas ya estaban determinadas a reducir a cero el riesgo de un nuevo incidente de esta índole. Por ello fue que en 1774 se convocó a un Congreso Continental en Filadelfia para declarar que no habría más impuestos sin representación, con el valor agregado de que se suspendió el comercio con Inglaterra. Al año siguiente, en 1775, se reunió el Segundo Congreso Continental con el que se selló la sublevación de las colonias, pues estas definieron que lo propicio y necesario era hacer frente al gobierno de la metrópoli con pie de fuerza. En consecuencia, este Congreso nombró a George Washington como Jefe de las Fuerzas Armadas. Dicha lucha, después de incontables vicisitudes, arrojó el 4 de julio de 1776 la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, consagrante de las doctrinas políticas de la Ilustración y del liberalismo de Locke, aprobada por el Congreso reunido en Filadelfia y reconocida por Madrid, París y –aunque un poco más tarde– Holanda. Un año más tarde, en 1777, las ahora Colonias - Estado se dieron “Los Artículos de la Confederación”, por los que se dispusieron en conjunto como una confederación bajo el gobierno de un Congreso conformado por un representante, de renovación anual, a razón de cada Estado miembro. Con la consolidación de esta nueva corporación, se propuso ulteriormente la reforma de dichos artículos con la redacción del proyecto de Constitución –la primera escrita y rígida de la historia– que en 1787 suscribieron la mayoría de los Estados. Documento este que sería en adelante conocido como la Constitución de los Estados Unidos de América, desarrollado por la Declaración de Derechos (Bill of Rights) de 1789 –emitida a la par de la Declaración sobre los Derechos del Hombre y del Ciudadano en Francia–, que hizo posible la noción positiva (escrita) de los derechos subjetivos connaturales al hombre; y por las Diez Primeras Enmiendas del 15 de diciembre de 1791.

Además de lo cual consagró el concepto de los Derechos del Hombre como base de toda Constitución Política como lo había estatuido, con un poco de anterioridad, la Declaración de Derechos del Buen Pueblo de Virginia de 1776; y, aparte de proveer a la Constitución como la norma suprema del ordenamiento jurídico, innovó el concepto de monarquía con la figura del régimen presidencialista. Conceptos todos que, sin ser evaluados con mucho detenimiento, no sólo estuvieron presentes en nuestra Declaración de Independencia sino también en nuestras constituciones provinciales, donde los criollos nos dimos ante todo gobiernos monárquicos (recuérdese la Constitución de la Provincia de Cundinamarca - 1811), luego presidenciales y siempre con cuerpos representativos, como las representaciones nacionales, los congresos, los senados y los cuerpos legislativos en general. Y, por ello, tampoco ha de dejarse de lado, nuestro pretérito deseo por emular a estos Estados en la conformación de los Estados Unidos de Colombia por la Constitución de 1863.

Francia y el valor universal de los principios políticos modernos

Ahora bien, es necesario advertir que la Revolución Francesa no fue en todo momento bien vista por los criollos españoles, pues la Francia revolucionaria era considerada el receptáculo de los más abominables crímenes como fue el asesinato de clérigos, el exterminio de la nobleza, la apostasía y, el más terrible e irremediamente inconcebible, del regicidio. Por tanto, para un pueblo raso tan apegado a las instituciones monárquicas era imposible permitirse pensar en renegar de la autoridad divina del rey. Como ha de recordarse y ya se ha esgrimido en párrafos anteriores, la primera Constitución Política de la Nueva Granada fue, paradójicamente, monárquica, es decir, una que se arrojó el poder del rey cautivo, para entonces en Valençay, Fernando VII, de manera que se salvaguardara

La primera Constitución Política de la Nueva Granada fue, paradójicamente, monárquica, es decir, una que se arrojó el poder del rey cautivo, para entonces en Valençay, Fernando VII, de manera que se salvaguardara sus derechos de la amenaza francesa personificada por el Tirano de Europa y Emperador de los Franceses, Napoleón Bonaparte.

sus derechos de la amenaza francesa personificada por el Tirano de Europa y Emperador de los Franceses, Napoleón Bonaparte.

En todo caso, para atenernos al marco teórico de este título, la Revolución Francesa ha sido siempre considerada como el proceso revolucionario por excelencia, no sólo por los hechos que ya referíamos con inmediata anterioridad, sino porque marca el inicio de una nueva era para Francia y también para el mundo. Sí, si algo tuvo en cuenta la Revolución Neogranadina como la Francesa fue que la noche de la sublevación pasaría cuenta nueva de todo. En otras palabras, lo que antes era considerado como impensable y sacrilego la Revolución lo enarbolaría como necesario para la efectiva evolución del Estado y de la "patria"; pues esta Revolución había sido fecundada en el contexto del absolutismo efectivo del monarca, de la no apelación de sus decisiones, de un poder que él mismo encarnaba con un carácter estrictamente soberano y supremo –como sostenía Bodin–, además de único, pues si bien había funciones el rey encarnaba la moderna concepción de los tres poderes.

Así, entonces, la Revolución Francesa hace abominable a la razón que exista un pueblo que acata sin vacilación las decisiones autárquicas de ese sujeto de poder que es el rey, para hacer que tenga sentido una Constitución como límite al poder sin importar quién

lo detecte. Pero como tiene que existir para ello un "Poder Legislativo" que necesariamente es colegiado escindido del Ejecutivo, porque como decía Montesquieu "cuando el Poder Legislativo está unido al Poder Ejecutivo en la misma persona o en el mismo cuerpo no hay libertad", recurre el célebre asunto de la representación, enmarcado aquí porque la lucha del monarca no es contra la nobleza sino contra la surgente clase social: la burguesía, cuyo poder es definitivo frente a los títulos nobiliarios: el dinero.

Sin embargo, la Revolución Francesa nos lega, en primera medida, que limitar el poder del rey implica el nacimiento del principio de la autonomía de la libertad, no sólo para mantener al poder estatal alejado de las actividades que puedan ser definidas por la creatividad de las personas de orden privado u optar profesión e industria, sino sobre todo la libertad del pueblo para darse una Constitución, esto es, la prerrogativa que tienen los ciudadanos para decidir cómo quieren ser gobernados y quién ha de asumir las riendas de ese gobierno. Así mismo, dentro del espectro constitucional, la Revolución Francesa otorga a las naciones que la secundaron en la sublevación la célebre separación de poderes de la que habló Aristóteles y que hizo famosa Montesquieu, pues no sólo en Francia sino también aquí en América, cada Constitución habló de tres poderes: uno Ejecutivo, uno Legislativo y otro

"Guerras de la Revolución Francesa". Enfrentamiento entre soldados revolucionarios y soldados austriacos en 1792. Autor: Anónimo, 1792.



Judicial. De la misma forma, esta revolución preconizó la igualdad material de las personas ante la ley con el desarraigo de los privilegios por pertenecer a determinado fuero, por ejemplo, ser noble.

Entre otros aspectos, la Revolución Francesa realizó el tránsito de la monarquía a la república, donde el concepto de legalidad ya defendido por la Revolución Inglesa logró el concepto de ley como la expresión de la voluntad general –tal cual lo quería Rousseau–. Y, además, la teoría de la soberanía popular y de su representación, de la que ya se ha hablado, y que había tratado ampliamente Sieyès –quien de hecho también criticó el sistema propietario feudal, pero no a la propiedad como tal por considerarla un derecho, y propuso excluir del derecho electoral a los ciudadanos que no pagaran impuestos–. De este concepto del “imperio de la ley” se desprendió el deseo de aquella célebre Acta del Cabildo Extraordinario del 20 de julio de 1810 por “trabajar con infatigable celo para formar la Constitución bajo los puntos acordados, y en una palabra, cuanto conduzca a la felicidad de la Patria” –según su tenor literal–.

Y fue así, que la Revolución Francesa, coronada por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, adoptada por la Asamblea Nacional Francesa, las provincias españolas revolucionarias tomaron valor para declararse independientes, según lo dicho en su Artículo 16, y darse una constitución, pues “toda sociedad en la cual no esté establecida la garantía de los derechos, ni determinada la separación de los poderes, carece de Constitución”. Es decir, la incertidumbre que

significaba la sumisión al arbitrio del monarca no cabía en el imaginario de un pueblo que aspiraba entrar en el concurso de las naciones modernas.

Por lo que cabe mencionar: si bien las constituciones no dedicaron su primer título a la declaración de los derechos de los ciudadanos, sí se ocuparon efectivamente de ellos; en algunas fue en títulos secundarios y en otras en los últimos, pero eso sí, jamás faltó tal reconocimiento. Y he aquí lo más importante, la Revolución Francesa dejó, tras las atrocidades, el modelo de Estado que asumimos: el del Estado Liberal de Derecho, basado en el principio fundamental de la solidaridad que ellos llamaron Fraternité, donde el Estado y los conciudadanos en general asisten al desgraciado.

La Revolución Francesa, coronada por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, adoptada por la Asamblea Nacional Francesa, las provincias españolas revolucionarias tomaron valor para declararse independientes, según lo dicho en su Artículo 16, y darse una constitución, pues “toda sociedad en la cual no esté establecida la garantía de los derechos, ni determinada la separación de los poderes, carece de Constitución”.

Conclusión

Para concluir, a la luz de lo aquí expuesto, se puede decir que el “Ahora o Nunca” del Patricio del Pueblo, José Acevedo y Gómez, no fue otra cosa que la siguiente sentencia: el pueblo es superior a sus dirigentes. En todo caso, este es, a vuelo de pájaro, el panorama que nos dejaron las Tres Revoluciones, cuyos planteamientos nuestras cartas políticas han sabido plasmar, y desde aquel primer 20 de julio, por encima de los agitados sucesos que han acaecido sobre nuestro país, Colombia sigue en su proceso de maduración política, pues la patria no está creada, sino que se recrea. Y las instituciones siguen en la imperiosa tarea de seguirse afianzando como la efectiva representación de la unidad nacional y de cristalizar el desarrollo como imperativo del actuar estatal bajo el glorioso lema de “Libertad y Orden”. 🇨🇴

¿Cómo se formó y organizó el primer Ejército Patriota en 1810?



✦ por: Brigadier General (r)
Gabriel Puyana García
Ex Director Escuela Militar de Cadetes

"Victoria de Boyacá". Batalla de Boyacá. Óleo. Autor: Martín Tovar y Tovar.

“Ve tú a luchar con los hombres, mientras que nosotras avanzamos a la artillería y recibimos la primera descarga, y entonces vosotros pasaréis por encima de nuestros cadáveres, cogeréis la artillería y salvaréis la patria”.

Arenga gloriosa

Este grito enardecido que brotó de la garganta de una compatriota aquel 20 de julio de 1810 y cuyo nombre no pudieron identificar los cronistas de la época, ni los historiadores subsiguientes, se yergue en el corazón de los soldados de Colombia como una antorcha del orgullo institucional por cuanto constituye el primer hito indiscutible de la alborada del Ejército de la patria.

Estas frases reflejan el coraje de las mujeres que serán las madres de quienes darán la libertad a nuestro suelo y que fueron la inspiración de las famosas “Juanas”, las compañeras infatigables de los guerreros a quienes seguirían por los caminos tortuosos de la patria en busca de la victoria de las armas y con ella la emancipación ambicionada.

La fecha patria

Es indiscutible que los sucesos del 20 de julio señalan el inicio de la creación del Ejército de Colombia. Esta grandiosa fecha, como erróneamente llegó a pensarse, no fue un simple incidente ocasionado por la trifulca del préstamo del florero, sino que fue el resultado de un plan que se concibió con motivo de la llegada del comisario regio don Antonio Villavicencio a Santafé procedente de Cartagena, con miras a aprovechar la situación tensa que vivía el país, para poder dar salida al fervor independentista que se encendía en la conciencia de los criollos en sus anhelos de libertad y de esperanza.



Antecedentes inmediatos

Es en Pamplona el día 4 de julio cuando el Cabildo de esa ciudad en abierta rebeldía depone al corregidor español Bastús y en gesto de decisión y de arrogancia doña María Águeda Gallardo de Villamizar arrebató al funcionario peninsular el bastón de mando símbolo de la autoridad.

Así mismo en el Socorro, la noche del 9 las autoridades nativas secundadas por los vecinos se levantaron contra el corregidor José Valdés Posada al enterarse que preparaba un atentado contra el alcalde ordinario don Lorenzo Plata, el administrador de aguardientes, don Miguel Tadeo Gómez y otros ciudadanos criollos. Para hacerlo abortar, el día siguiente o sea el 10, el populacho se lanzó contra el convento de los Capuchinos, donde se habían refugiado las tropas de Valdés; diez socorranos cayeron víctimas de los disparos de los soldados del virrey quienes más tarde se rindieron.

La conspiración y el inicio de la revuelta

Las noticias de Pamplona y Socorro impulsaron a los patriotas a forjar la conspiración que se venía incubando desde tiempo atrás. El complot fue liderado por José Acevedo y Gómez, Camilo Torres, Ignacio de Herrera, Frutos Joaquín Gutiérrez.

Es indiscutible que los sucesos del 20 de julio señalan el inicio de la creación del Ejército de Colombia. Esta grandiosa fecha, como erróneamente llegó a pensarse, no fue un simple incidente ocasionado por la trifulca del préstamo del florero, sino que fue el resultado de un plan que se concibió con motivo de la llegada del comisario regio don Antonio Villavicencio a Santafé procedente de Cartagena, con miras a aprovechar la situación tensa que vivía el país, para poder dar salida al fervor independentista que se encendía en la conciencia de los criollos en sus anhelos de libertad y de esperanza.

Fachada de la Casa del Florero, construcción colonial ubicada en la esquina noreste de la Plaza de Bolívar en la carrera 7ª con calle 11 en la ciudad de Bogotá. Actual Museo de la Independencia donde se exhibe el famoso florero de Llorente.



rez, Miguel de Pombo, Joaquín Camacho y algunos otros más que se reunieron en el Observatorio Astronómico que funcionaba bajo la dirección del sabio Francisco José de Caldas, para urdir un plan.

El día 18 corrió el rumor, infundado o cierto, que algunos españoles habían decidido asesinar a 19 de las más representativas personalidades de la ciudad; la situación se hacía tirante y surgían muchas expectativas.

Hacia las diez y media de la mañana de ese memorable día don Joaquín Camacho, enviado por el Cabildo, da a conocer al virrey Amar el deseo de convocar una Junta, pero el alto funcionario descortésmente se niega y fracasa ese primer intento de diálogo.

Cerca del medio día don Luis de Rubio, en desarrollo del plan acordado, le solicitó al español don José González Llorente el préstamo de un florero para adornar la mesa en la cual se ofrecería un refrigerio al comisario regio don Antonio Villavicencio, quien estaba próximo a llegar a la ciudad, y es entonces cuando se produce el incidente que es ampliamente conocido y el cual se propició porque por ser viernes, día de mercado, las gentes facilitarían generar la asonada.

Ante la mediación del oidor Juan Jurado, el virrey accede a la petición popular y autoriza el Cabildo Abierto que llevará a la firma de la llamada "Acta de la Independencia". Como se advierte en el texto de la mencionada acta, el movimiento aparece como un acto de inspiración monárquica en respaldo del Rey cautivo, pero condicionado a que Fernando VII viniese a ocupar su trono en América. Fácilmente se da a entender que debido a la usurpación napoleónica, el poder divino del monarca se retrovertía a la autoridad que emanaba de la voluntad popular y el logro de esta reversión era lo que motivaba la revuelta; de ahí la finalidad de promover el levantamiento popular.

Con gran visión, nuestro distinguido patricio don Camilo Torres expresó: "La soberanía reside esencialmente en la masa de la nación, la ha reasumido ella y puede depositarla en quien quiera y administrarla como mejor acomode a sus grandes intereses".

Base del Florero de José González Llorente, cerámica porcelanizada del Siglo XVIII. Autor: Anónimo.



Del Diario Político de Caldas y Camacho

Por considerar este documento de trascendental importancia debido a que constituye una de las fuentes primigenias de cómo nace nuestro estamento militar, a continuación se transcriben algunos fragmentos recortados de sus principales apartes, para hacer luego las precisiones que faciliten la remembranza de los sucesos y permitan vislumbrar la proyección que estos hechos tuvieron en el despertar histórico de la Nueva Granada y en la improvisación del primer ejército de la patria.

De los cronistas de la época los más conocidos y autorizados fueron don José María Caballero, José Manuel Groot, Ignacio Gutiérrez de Ponce, José María Espinosa y Eduardo Posada, Francisco José de Caldas y Manuel Camacho con su periódico "El Diario Político de Santafé". De la publicación aparecida en agosto de 1810, reproducimos un extracto abreviado del citado escrito, a partir del momento en que logrado el Cabildo Abierto, llegó a instalarse la Suprema Junta de Gobierno.

"Dos eran los objetos de temor y desconfianza que agitaban al pueblo. El Batallón Auxiliar y el parque de Artillería. El pueblo de Santafé les será eternamente reconocido a los patriotas don José María Moledo y don Antonio Baraya. El primero ofreció desde los primeros momentos que el Batallón Auxiliar no obraría contra nuestra libertad, y que él mismo se entregaba como rehén en manos de un pueblo entusiasmado por su independencia.

El segundo, Baraya, siempre manifestó sin temores su amor al pueblo y a la patria; aquietó al pueblo en los momentos de su furor, él dio consejos, él trajo su compañía a la plaza, y él ayudó con todas sus fuerzas a derribar a los opresores.

El parque de Artillería era lo que más inquietaba al pueblo y sobre lo que mostró más energía. El Cabildo mandó una diputación al virrey a fin de que la artillería estuviese a las órdenes del pueblo, la cual se denegó. Una segunda diputación llegó a pedir lo mismo, se denegó. Otra tercera pidió que el patriota don Josef Ayala fuese con paisanaje a neutralizar las fuerzas en el parque. Se concedió y todas las armas quedaron en las manos del pueblo.

El día 23 de julio de 1810, la Junta Suprema publicó un bando solemne en que insertó nueve artículos de la última importancia en aquella crisis política. El bando se redujo a mantener en toda su integridad la religión católica y los derechos de Fernando VII; se encargó la fraternidad y el amor para con los españoles europeos.

Los escuadrones son cuatro, compuestos cada uno de 150 hombres y nuestra fuerza de a caballo asciende en la capital a 600 soldados. Sí, 600 hombres endurecidos por la inclemencia; 600 hombres nacidos en nuestros campos, acostumbrados a manejar el arado; 600 hombres ejercitados en los más duros trabajos, robustos, sanos, bien alimentados, con unas costumbres inocentes y sencillas, llenos de buena fe y de amor por la libertad, son los que hoy manejan la espada, la lanza y la media luna que los tiranos fabricaron en otro tiempo contra nosotros". Hasta aquí la transcripción fragmentada del Diario Político de Caldas y Camacho.

La Junta de Gobierno comprendió que urgía reorganizar las Milicias Voluntarias, las cuales servirían de base al Ejército, sobre el cual se afianzarían las decisiones políticas del nuevo gobierno por cuanto era imperativo prever el apoyo de una fuerza propia que pudiera garantizar la supervivencia del nuevo gobierno. Estas formaciones, un tanto improvisadas, irían absorbiendo las tropas coloniales que estaban a órdenes del virrey y que como consecuencia de la consolidación de la Junta Suprema habían jurado fidelidad a dicha Junta.

El mismo día 23, el vocal don Pedro Groot propuso a la Suprema Junta la creación de cuatro escuadrones de patriotas. Este proyecto se adoptó, y el suceso ha manifestado su importancia. En efecto, nuestra vigorosa caballería hizo temblar a los adictos al antiguo gobierno, dio confianza y energía al ciudadano que aún gustaba con temores de la libertad que acababa de conquistar y puso en respeto de todos a la Suprema Junta.

El gobierno dio jefes dignos a este cuerpo respetable: don Pantaleón Gutiérrez; lleno de probidad y amado de cuantos le han tratado de cerca, fue nombrado coronel; don Primo Groot, ardiente, celoso por la salud de su patria, obtuvo el grado de teniente coronel; el juicioso y prudente don Nicolás Rivas, comandante del tercer escuadrón y en fin, el apreciable patriota don Luis Otero la comandancia del cuarto.

La creación del Ejército

En el amanecer del día 21, consolidada ya la Junta Suprema de Gobierno, se crearon las diferentes secciones de ésta. La Sección de Guerra, se integró con don José María Moledo, Antonio Baraya, Francisco Morales y José Sanz de Santamaría quien dispuso la creación del Batallón de Voluntarios de la Guardia Nacional y el Regimiento de Milicias de Caballería, como también el similar de Infantería. Estos son los dos primeros cuerpos que se procede a organizar los cuales serán el origen de las formaciones que vendrán más tarde.

La Junta trató de disimular su verdadera concepción republicana mediante el reconocimiento del monarca, en primer término, por recordar el epílogo doloroso de la insurrección comunera y la experiencia de los acontecimientos en Quito en 1909, pues existía la contingencia de que el movimiento pudiera fracasar y por

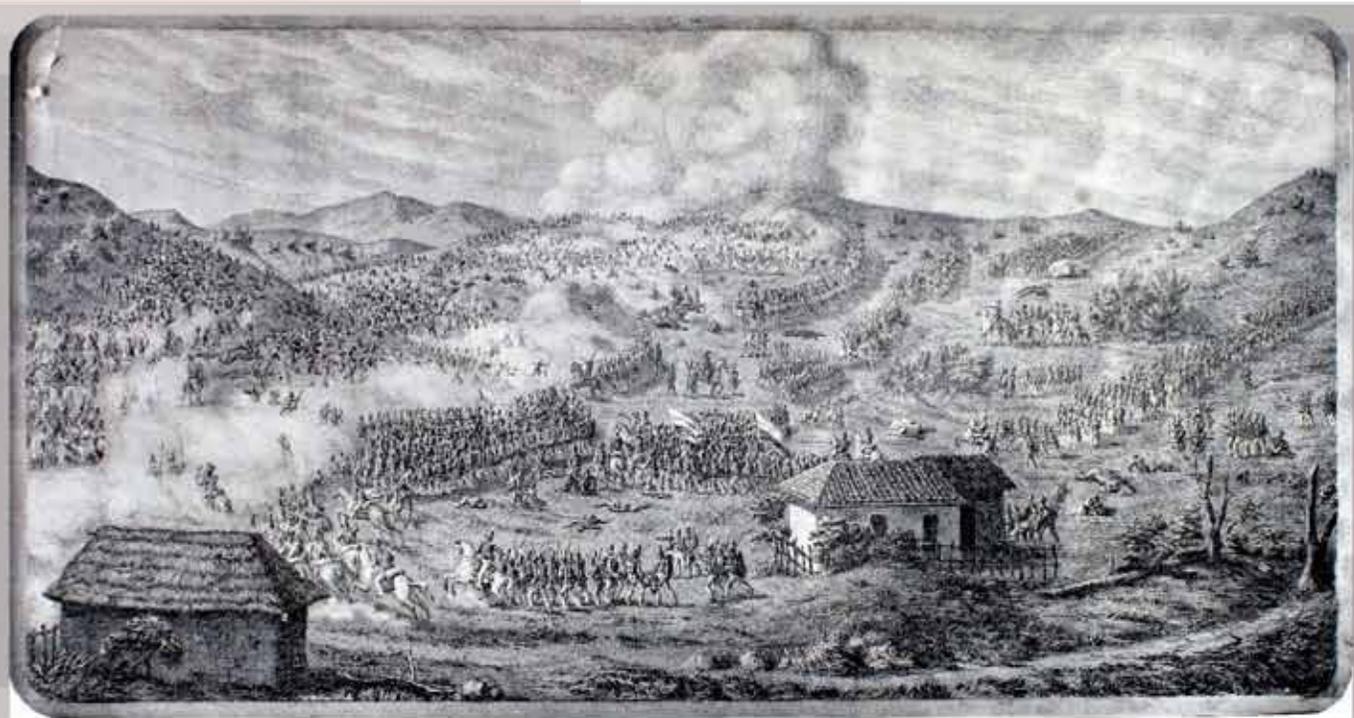
ello era mejor asumir esta actitud un tanto conciliatoria en apoyo al Rey ausente.

Las primeras organizaciones y las Milicias Voluntarias

A diferencia de otros pueblos de la América como los Mayas, con sus famosos Holcanes, los Aztecas, los Incas e incluso los Araucanos, las etnias que habitaban el territorio de la Nueva Granada, con la excepción de los pueblos caribes, tanto de la costa como del interior del país, entre ellos los Pijaos, no hubo en nuestra

Milicias Voluntarias en apoyo de la autoridad política local. Estas organizaciones contribuían a acrecentar el respeto a la administración en cada provincia, así como a despertar la afición por la profesión militar, y constituían un medio de educación, de disciplina y de obediencia.

Por esta razón, en la mayor parte de las provincias existían estas milicias que estaban a órdenes de los jefes del gobierno seccional y constituyeron el eje para crear las organizaciones militares dentro de sus respectivas jurisdicciones. Al producirse la asonada del



Reproducción artística recreada

LA BATALLA DE BOYACA - 7 de agosto de 1819

Wanda María Estrova Gilgoy - 1918

población aborigen tribus que se hubieran distinguido por su belicosidad y por tanto no existe razón para encontrar raigambres guerreros en nuestros ancestros precolombinos. De ahí que el primer Ejército patriota salga de las fuerzas del virrey y más concretamente de las que se conocieron como Milicias Voluntarias.

Antes del 20 de julio, la organización militar que correspondía a la Capitanía General del Nuevo Reino de Granada, tenía jurisdicción sobre el territorio de la actual República de Colombia, el Ecuador y Panamá y dentro de la Capitanía General existían nueve plazas fuertes.

Desde el gobierno del virrey Messía de la Zerda, de 1761 a 1773, se había iniciado la organización de las

20 de julio, a medida que las escasas fuerzas iban llegando a Santafé, se organizaron provisionalmente en seis piquetes de 31 hombres cada uno para prestar la seguridad dentro y fuera de la ciudad. Don José Sanz de Santamaría a quien la Junta designó como teniente coronel, fue el comandante de estas tropas improvisadas que se llamaron "Patriotas de Defensa".

La Junta de Gobierno comprendió que urgía reorganizar las Milicias Voluntarias, las cuales servirían de base al Ejército, sobre el cual se afianzarían las decisiones políticas del nuevo gobierno por cuanto era imperativo prever el apoyo de una fuerza propia que pudiera garantizar la supervivencia del nuevo gobierno. Estas formaciones, un tanto improvisadas, irían absorbiendo

las tropas coloniales que estaban a órdenes del virrey y que como consecuencia de la consolidación de la Junta Suprema habían jurado fidelidad a dicha Junta.

El día 26 se fijaron carteles avisando al público de la organización de las unidades de voluntarios tanto de los cuatro escuadrones de caballería como de dos compañías de artilleros.

El 27, la Junta asumió su propia organización interna en seis secciones: la de Negocios Diplomáticos Interiores y Exteriores; la de Negocios Eclesiásticos, la de Gracia, Justicia y Gobierno; la de Guerra, la de Hacienda y la de Política y Comercio.

También se nombraron los oficiales que constituyeron el Regimiento de las Milicias de Caballería, del Batallón de Voluntarios de la Guardia Nacional y del Regimiento de Voluntarios de Infantería. Sobre estas tres unidades representativas de las dos armas básicas, Infantería y Caballería, empezó a reestructurarse el Ejército de la Patria. La Artillería y los Ingenieros se irían conformando más adelante.

El nacimiento del nuevo régimen orgullosamente coincide con el de su estamento armado que después de ingentes esfuerzos, al precio de la vida y de la sangre de sus héroes y con el triunfo de las espadas en los campos de combate, logrará conquistar la soberanía y afianzará la libertad, "sobre las leyes de la República que surgirán de la victoria de las armas".

Representación pictórica de la reunión de Simón Bolívar (izquierda) y San Martín (derecha) en Guayaquil, Ecuador, el 26 de julio de 1822, donde se decidió la campaña de liberación de Sudamérica del control español.

Teniente Coronel José Miguel de Leyva

Capitán Antonio Baraya

De los muchos que merecen nuestra gratitud y reconocimiento, queremos destacar en esta remembranza sólo a dos: el capitán Antonio Baraya, granadino, y el teniente coronel José Miguel de Leyva, español, quienes merecen ser considerados como las dos columnas fundamentales de ese primer Ejército de la Patria, pues personifican el esfuerzo inicial que habría de infundir en el temple y en la valentía de los soldados de Colombia y que definieron con su ejemplar liderazgo la trayectoria de los jefes que contribuyeron desde su inicio memorable, a la formación de los primeros cuadros de oficiales del Ejército.

los hechos para ponerse al servicio de la revolución.

Desde ese mismo instante empezó a figurar en la historia de la República que con verdadera justicia habrá de considerarlo como el primer comandante del Ejército de Colombia.

Baraya contribuyó a tranquilizar los ánimos y por su actitud se le designó vocal de la Junta Suprema y más tarde ascendido a teniente coronel, es nombrado comandante del Batallón Voluntarios de la Guardia Nacional. Su proceder resuelto fue definitivo para neutralizar la acción del Batallón Auxiliar.

Dos figuras egregias

Fueron numerosos los patriotas, tanto nativos como algunos peninsulares, que desde los primeros albores de nuestra emancipación se unieron decididamente a la causa de la libertad.

De los muchos que merecen nuestra gratitud y reconocimiento, queremos destacar en esta remembranza sólo a dos: el capitán Antonio Baraya, granadino, y el teniente coronel José Miguel de Leyva, español, quienes merecen ser considerados como las dos columnas fundamentales de ese primer Ejército de la Patria, pues personifican el esfuerzo inicial que habría de infundir en el temple y en la valentía de los soldados de Colombia y que definieron con su ejemplar liderazgo la trayectoria de los jefes que contribuyeron desde su inicio memorable, a la formación de los primeros cuadros de oficiales del Ejército.

Su conducta en esta fecha memorable, así como sus desempeños posteriores en los campos de batalla, especialmente en el primer combate de Palacé, le dan méritos suficientes para que la patria lo venera entre sus hijos predilectos, no obstante los cambios de facción que habría de protagonizar en el desarrollo de la lucha emancipadora cuando surgieron la confusión y las desavenencias entre quienes no acertaban a encontrar la cohesión y la solidaridad necesarias en torno a la concepción política del nuevo Estado.

Teniente Coronel José Ramón de Leyva

Este célebre prócer es el primer mártir español que entrega su vida por la causa de la libertad. Nació en Cartagena de Levante en 1747 y a los 16 años ingresó como cadete en el Regimiento de Infantería de Aragón en Madrid. Participó en varias campañas y por su acción distinguida en combate es ascendido a capitán en la toma del castillo de San Felipe y destinado a Buenos Aires en 1791.

En reconocimiento a sus méritos militares e intelectuales, es nombrado Secretario de Cámara del Virreinato de la Nueva Granada, ascendió a teniente coronel y llegó a Santafé a desempeñar sus funciones sirviendo a las órdenes de los virreyes José de Ezpeleta, Pedro Mendinueta y Antonio Amar y Borbón.

Capitán José Antonio Baraya

En los momentos en que don José María Moledo, trataba de convencer al pueblo que las tropas del Batallón Auxiliar no habrían de actuar en su contra, el capitán Baraya condujo su compañía al sitio donde se desarrollaban

Su contribución militar fue definitiva no sólo en la organización, la enseñanza y el entrenamiento de cuadros y tropas, sino en la estructura básica de lo que habrá de ser el Ejército Patriota.

En la campaña del sur, Nariño lo designó como su segundo comandante y compartió con él los triunfos de Juanambú, Palacé, Calibío, y Tacines. Nariño se refería a Leyva como “el virtuoso y el inmortal” y Caldas afirmó: “en él se confundieron el valor del guerrero y la habilidad del magistrado”. Su firma quedó como testimonio de su solidaridad con la causa de la libertad, en el Acta de Declaración de Independencia de la Nueva Granada.

Después del fracaso de Nariño, Leyva se desempeñó como comandante de la guarnición de Popayán. Su actitud erguida y resuelta ante las presiones de Aymerich exigiéndole rendición fue definitiva para que se respetara la vida del precursor, cuando cayera preso en Pasto. Infortunadamente, las enfermedades y los años lo obligaron a regresar a Santafé, donde llegó a ser juzgado por el pacificador Morillo y condenado al cadalso el 19 de julio de 1816. Las frases de despedida a sus hijos quedaron para siempre en el corazón agradecido de Colombia: “Muerdo tranquilo con la convicción de que la patria será irrevocablemente libre e independiente”.

En 1973, en la plaza de armas de la Escuela Militar de Cadetes, se descubrió el bronce de este glorioso soldado, español de nacimiento y granadino de corazón y de espíritu, a quien tanto deben la República y su Ejército, como inspirador y maestro de las primeras generaciones de jefes (entre ellos el mismo Nariño, Santander, Baraya, Maza, Girardot y muchos otros) que debieron organizar, capacitar y conducir las unidades patriotas en aquellos incipientes preludios de la Nación. Ese mismo año, a la promoción de oficiales, se le dio su nombre como homenaje a su memoria.

La primera Escuela Militar

Ante la imperiosa necesidad de organizar y preparar un ejército para lo cual debían reclutarse no solamente los soldados, sino seleccionar los aspirantes a oficial, se aprovechó la presencia del teniente coronel del Ejército español don José Ramón de Leyva, de quien hicimos anteriormente el esbozo de su perfil biográfico. La Junta de Gobierno se decidió a crear la Escuela de Formación de Oficiales, cuya dirección se encomendó al teniente coronel Leyva.

Con fecha 1° de diciembre de 1810, el mencionado oficial presentó a consideración de la Junta de Gobierno el plan de instrucción que se debería seguir para instruir a los caballeros oficiales. El original del plan, como ocurrió con la mayor parte de estos documentos, fue

destruido por el general Morillo, pero se conservó casi en su totalidad el borrador del mismo que reposa en el Archivo Nacional.

Las desavenencias de los dirigentes que llevaron a las guerras civiles no permitieron que esta escuela pudiera prolongar su gestión, pues el Ejército tuvo que atender esta situación y la escuela prácticamente desapareció, pero constituyó un hecho de trascendental importancia por cuanto coincidió no sólo con la alborada de la patria, sino con el inicio del Ejército Nacional.

En la “Puerta de Muralla” a la entrada de las instalaciones del instituto, cuando se inauguró el busto del señor general Leyva en 1973, se dejó una frase en bronce que dice así: “La Escuela Militar nace con la patria misma”. Esta circunstancia, hace que nuestro instituto de formación de oficiales, sea la escuela más antigua creada en el continente iberoamericano.

Desarrollo de la organización militar

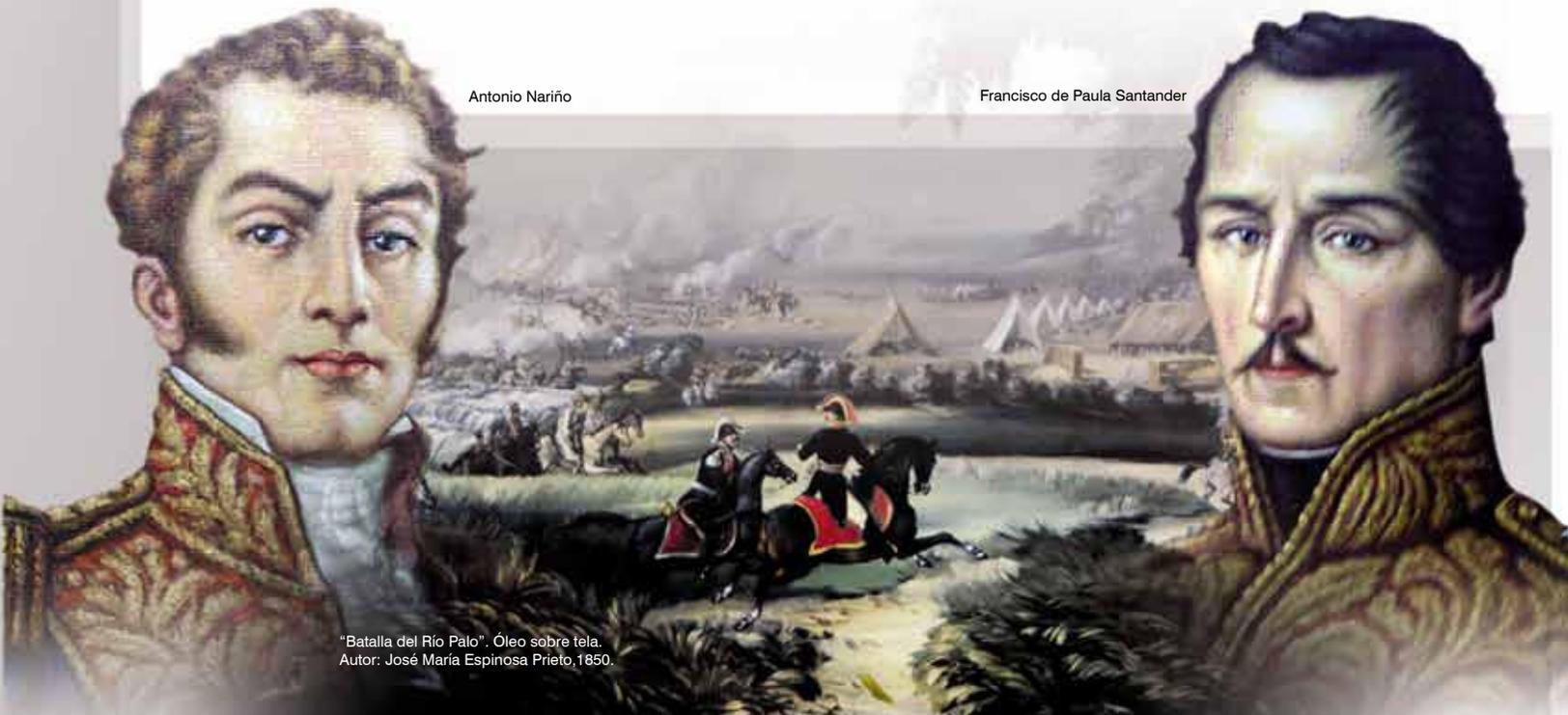
En el segundo semestre de 1810 se fueron constituyendo otras unidades que continuarían expandiendo el Ejército patriota con los cuerpos de Ingenieros Cosmógrafos, más otras unidades de Infantería, de Caballería y de Artillería.

El 22 de diciembre se reunió el primer congreso, que se denominó “Supremo” que fue instalado bajo la presidencia del doctor Manuel Bernardo Álvarez y como secretarios don Antonio Nariño y don Crisanto Valenzuela. Es a partir de entonces que se acrecientan las desavenencias entre las diferentes facciones y las dificultades entre la Junta Suprema y las provincias.

Al referido “Congreso Supremo”, del 22 de diciembre sólo acudieron delegados de cinco provincias: Mariquita, Neiva, Nóvita, Pamplona y Socorro. Una vez instalado, pretendió centralizar la autoridad con el apoyo de las tropas de la guarnición pero pasados dos meses no logró ninguna labor efectiva.

Entonces, el delegado don Camilo Torres se retiró en señal de protesta y el Congreso se disolvió y surgió la desorganización, se perdió la unidad de las provincias, y el individualismo propio de los ancestros españoles, así como el aislamiento de las regiones propiciaron la anarquía en todo el territorio de la Nueva Granada.

Cada quien piensa con sentido de parroquia o de provincia, al supeditar a las aspiraciones locales el interés



Antonio Nariño

Francisco de Paula Santander

"Batalla del Río Palo". Óleo sobre tela.
Autor: José María Espinosa Prieto, 1850.

del Estado. Don Frutos Joaquín Gutiérrez lo precisa en estas dolorosas palabras: "Todos opinan, todos sospechan, todos proyectan, todos temen; cada hombre es un sistema y la división ha penetrado ya hasta en el seno de las familias".

Reflexión final

Formal y jurídicamente es indudable que el 23 de julio marca el primer hito del Ejército de la Patria, en el cual se exalta el origen legal y democrático de esta institución. Pero también es lógico aceptar que los ejércitos como entes institucionales no nacen simplemente porque lo dispongan las normas o las ordenanzas, puesto que estas apenas los configuran en el papel, así se vayan formando sucesivamente las unidades que habrán de integrarlos.

Por eso, sólo cuando la victoria se conquista en el campo de batalla es cuando esta organización de verdad nace a la historia y de ahí que el triunfo de Boyacá

señale el nacimiento heroico del Ejército colombiano y que con toda razón se enaltezca como el "Día del Ejército Nacional". 🦅

Bibliografía:

Historia de las Fuerzas Militares de Colombia. Ejército, Tomo I, La Primera República y la Reconquista. Brigadier General Gabriel Puyana García, Planeta. 1993. Páginas 79 a 91.

Génesis de la Revolución del 20 de Julio de 1810, Academia Colombiana de Historia, Biblioteca Eduardo Santos, Volumen XIX, Bogotá, 1960, página 139-140.

Diario Político de Santa Fe de Bogotá, Joaquín Camacho y J. Caldas. Academia Colombiana de Historia, Biblioteca Eduardo Santos, Volumen XXII, Bogotá, 1960 páginas, 40 a 44.

Historia de Colombia. Henao y Arrubla. 8ª. Edición, 1967, páginas 339 a 350.

Historia de Colombia. La Independencia 1, Tomo 7, páginas 803 a 808.

Brigadier General Gabriel Puyana García. Oficial de la Reserva Activa del Ejército Nacional, profesional en Ciencias Militares, ex director de la Escuela Militar de Cadetes "General José María Córdova", combatió como teniente en la Guerra de Corea y fue corresponsal del diario *El Tiempo* durante dicho conflicto. Fue Oficial de Enlace con el Comando del Lejano Este de la ONU, en Tokio, y Oficial de Estado Mayor, representante de Colombia ante la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas, en Gaza. UNEF. Se graduó en Derecho Internacional y Diplomacia, de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Es Miembro Honorario de la Academia de Historia Militar, Miembro de Número de las Academias Colombiana de Historia, Sociedad Bolivariana, Sociedad Geográfica, Sociedad Nariñista, Instituto San Martiniano, Instituto O'Higgins, Sociedad Santanderista. Igualmente, Miembro Correspondiente de la Academia de Historia de Santander, de la Real Academia de Historia de España, de la Sociedad de Cultura Internacional de Corea, de Historia de Argentina, Bolivia, Ecuador, República Dominicana, Puerto Rico, Panamá, Paraguay y Uruguay. Autor de varias obras y artículos sobre tópicos castrenses, literarios e históricos.

Los colegios del Rosario, San Bartolomé y otras instituciones educativas

Colegio de San Bartolomé con la estatua de Francisco José de Caldas.

✦ por: Coronel (r) Gentil Almarío Vieda
Profesional en Ciencias Militares

como forjadores de oficiales patriotas de la guerra de Independencia

Patio del Colegio del Rosario a fines del siglo XIX. Tomado de Tesoros del Colegio de Nuestra Señora del Rosario 350 años. Villegas Editores.

Es una realidad reconocida por la historia que el siglo XVIII, como el Siglo de las Luces, nombre con el que se le distinguió, tuvo marcada influencia en América a través del movimiento ideológico denominado la Ilustración, el Enciclopedismo, la Revolución Francesa, con la divulgación para el mundo de los Derechos del Hombre, y en el caso de lo que fue la Gran Colombia, la Expedición Botánica y la existencia en Santafé de beneméritas instituciones educativas como la Universidad de Santo Tomás, el Colegio de San Bartolomé y el Colegio del Rosario.

La consecuencia lógica tenía que ser necesariamente la apertura de pensamiento como germen indudable del ideal heroico de un pueblo y una raza que se concretó en la empresa más grande jamás igualada en 200 años: la libertad de América.

Otro elemento de gran influencia en el proceso libertario lo constituyeron las famosas “Tertulias Literarias de Santafé”, descritas por el historiador Antonio Cacia Prada en los siguientes términos:

“Siguiendo el modelo francés, en la fría y pacata Santafé de Bogotá, a finales del siglo XVIII, se pusieron de moda las ‘Tertulias Literarias’. Estas eran reuniones de amigos que se daban cita para hablar de política, economía, literatura y chismorreos”. “La primera que se creó en la capital virreinal la organizó don Antonio Nariño a mediados de 1788, con el nombre de “El Arcano Sublime de la Filantropía”.

Es un hecho real que el nacimiento del Ejército a partir de la misma noche del 20 de julio y los días subsiguientes estuvo marcado por la vinculación a los cuerpos militares de distinguidos alumnos de dichas instituciones, quienes en su condición de oficiales dieron lustre y aportaron virtudes y sentimientos afines con la vida castrense para la epopeya que se iniciaba, aportando con su cuota de sangre sentimientos de moral, patriotismo, ejemplo y sentido de pertenencia al pueblo neogranadino.

“Los miembros de este ‘Círculo Literario’ o Tertulia Patriótica sesionaban en el salón llamado ‘El Santuario’, en la casa de don Antonio. Allí se inculcaron las ideas de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y se predicó la revolución”.

“La siguió la ‘Tertulia Eutropélica’ de don Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria, en 1791. Se reunían en la Biblioteca Pública Real”. “En 1792, doña Manuela Sáenz de Santamaría y Prieto de Manrique, estableció la Tertulia del Buen Gusto. Su hermano José Sáenz de Santamaría y Prieto organizó otra en su residencia”. “El doctor José Félix de Restrepo presidió la conocida como Sociedad de Sabios”. “En la Casa de la Botánica, don José Celestino Mutis orientó la Tertulia de las Charlas Científicas”.

“En estos cenáculos nació la mística por la independencia y la libertad de la Nueva Granada”(1).

Las élites criollas de la Nueva Granada, en los ámbitos social, cultural y económico como gestoras de la independencia tuvieron que ver con los colegios de San Bartolomé y el Rosario, toda vez que al movimiento estuvieron desde sus inicios vinculados sus alumnos, profesores y muchos de sus directivos en las diferentes etapas.

Es un hecho real que el nacimiento del Ejército a partir de la misma noche del 20 de julio y los días subsiguientes estuvo marcado por la vinculación a los cuerpos militares de distinguidos alumnos de dichas instituciones, quienes en su condición de oficiales dieron lustre y aportaron virtudes y sentimientos afines con la vida castrense para la epopeya que se iniciaba, aportando con su cuota de sangre sentimientos de moral, patriotismo, ejemplo y sentido de pertenencia al pueblo neogranadino.

Las mencionadas instituciones educativas han sido y siguen siendo baluartes de la libertad y la vida republicana en Colombia en desarrollo y concordancia con sus postulados y vocación en pro de la cultura.

En este orden de ideas y en concordancia con el objetivo de este pequeño ensayo, intentaremos hacer un bosquejo de ellas con el registro de los nombres de quienes por amor a la libertad dejaron los claustros para vincularse de cuerpo y alma al naciente ejército, que habría de materializar las ideas desde el ámbito de la disciplina, el empleo de las armas y la búsqueda de los ideales para alcanzar la gloria trazando el derrotero de una patria como la soñaron y nos legaron.

Real Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé

William Jaramillo Mejía, como director general de la investigación con el título anterior expresa:

“Posteriormente, con la llegada de los primeros jesuitas a Santafé, se agitó de nuevo la idea de abrir un seminario... Esta iniciativa, que no cristalizó, fue retomada por el arzobispo Lobo Guerrero, quien aludiendo a la real cédula de junio de 1592 que ordenaba la fundación del seminario pidió al monarca, en carta del 16 de mayo de 1599, algunas rentas de encomiendas para sostenerlo y sugirió que se confiara a los jesuitas la instrucción de los seminaristas.”

A lo anterior debe agregarse la necesidad que existía en aquella época, de organizar un centro educativo donde pudieran formarse los miembros de las familias importantes de la arquidiócesis, que deseaban incrementar sus conocimientos sin sentirse llamados al sacerdocio. No de otra manera se explica el hecho de que ya en las constituciones del colegio, se contemplara la existencia de los llamados convictores, que pagaban pensión, y se diferenciaban de los seminaristas.

“En 1604, con la llegada de los jesuitas a Santafé, a pesar de que las relaciones entre el arzobispo y la Real Audiencia continuaban deterioradas, los Jesuitas contribuyeron a poner término a las desavenencias. Por otra parte, la amistad que se trabó entre el arzobispo y el sucesor de Sande, don Juan de Borja, mejoró aún más el clima que finalmente propició la fundación del Colegio Seminario”(2).

En síntesis, el 27 de septiembre de 1604 los jesuitas presentaron a la Real Audiencia para formalizar la fundación del seminario el acta de rigor. Pero por gajes burocráticos sólo el 18 de octubre de 1605 quedó en firme la fundación del Colegio Seminario.

Es un hecho real que el nacimiento del Ejército a partir de la misma noche del 20 de julio y los días subsiguientes estuvo marcado por la vinculación a los cuerpos militares de distinguidos alumnos de dichas instituciones, quienes en su condición de oficiales dieron lustre y aportaron virtudes y sentimientos afines con la vida castrense para la epopeya que se iniciaba, aportando con su cuota de sangre sentimientos de moral, patriotismo, ejemplo y sentido de pertenencia al pueblo neogranadino.



El devenir del Colegio Seminario durante los años de la Colonia está registrado en una bibliografía amplia y de fácil acceso, motivo por el cual no nos referiremos a él y sólo nos concretaremos al objetivo fundamental, con la nominación de los individuos que tomaron parte en los sucesos del 20 de julio de 1810 y de quienes dejaron sus estudios para vincularse a nuestro naciente ejército.

Miembros del San Bartolomé que firmaron el Acta de Independencia:

José Ignacio Álvarez, sacerdote

Manuel Bernardo Álvarez, abogado – Presidente

Emigdio Benítez

Nicolás Cuervo, sacerdote – Vicerrector

José María Domínguez del Castillo

Fray Antonio González, sacerdote – Rector

Nicolás Mauricio de Omaña, Rector

José Miguel Pey, abogado

José Ortega, colegial

Antonio González, Rector

José María Carbonell

Luis Eduardo de Azula

Pedro Groot

Nicolás Mauricio de Omaña, sacerdote

Alumnos del San Bartolomé que se vincularon al Ejército:

José María Cabal Barona

Custodio García Rovira

Francisco de Paula Santander

Pedro Alcántara Herrán

Antonio Nariño (Hay dudas de que hubiera estudiado en el Rosario).

José Ignacio de Márquez, se vinculó al ejército para la Campaña Libertadora de 1819 siendo ya abogado.

Mártires de la Reconquista Española vinculados a San Bartolomé:

José María Carbonell

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Fue fundado por fray Cristóbal de Torres, arzobispo de Santafé el 18 de diciembre de 1653, con la autorización de Felipe IV Rey de Castilla. En sus casi 400 años de existencia ha contribuido de manera generosa al desarrollo de Colombia y su cultura, aportando hombres ilustres para el país, entre los que se destacan 34 presidentes y muchos altos funcionarios como ministros y magistrados.

En la actualidad tiene más de 5.000 estudiantes en varias facultades.

Su aporte humano a la Independencia fue nutrido y de gran valor como veremos adelante. Durante los nefastos años de la reconquista española dirigida por Pablo Morillo, sus instalaciones, que son las mismas que hoy ocupa el claustro en la calle 14 No. 6-25 de Bogotá, fueron intervenidas y utilizadas como cárcel. Afortunadamente pudo continuar su labor docente, pese a graves limitaciones de todo orden.

Es oportuno recordar que del centenario edificio, en donde estaban confinados, entre muchos otros, fueron conducidos al patíbulo Francisco José de Caldas y Policarpa Salavarrieta.

Miembros del Colegio del Rosario que firmaron el Acta de Independencia:

José Acevedo y Gómez

Nicolás Cuervo, Vicerrector

Joaquín Camacho

Ignacio de Herrera, abogado

Antonio Ignacio Gallardo, Rector

Antonio Morales, abogado

José Ignacio Pescador, sacerdote

Sinforoso Mutis, colegial

Vicente de la Rocha, Rector

Alumnos del Colegio del Rosario que dejaron sus estudios para incorporarse al Ejército:

Atanasio Girardot, coronel

Eusebio Borrero, general

Joaquín Acosta, coronel

Isidoro Barriga, general

Antonio Obando, general

Domingo Caicedo, general

José Ignacio París, coronel

Joaquín Guerra, coronel

Luciano Dheluyar y Bastida

Antonio Morales Galvis

Mártires de la Reconquista Española vinculados al Colegio del Rosario:

Francisco José de Caldas

Jorge Tadeo Lozano

Joaquín Camacho

Antonio Morales Galvis

Manuel del Castillo y Rada

La Universidad de Santo Tomás

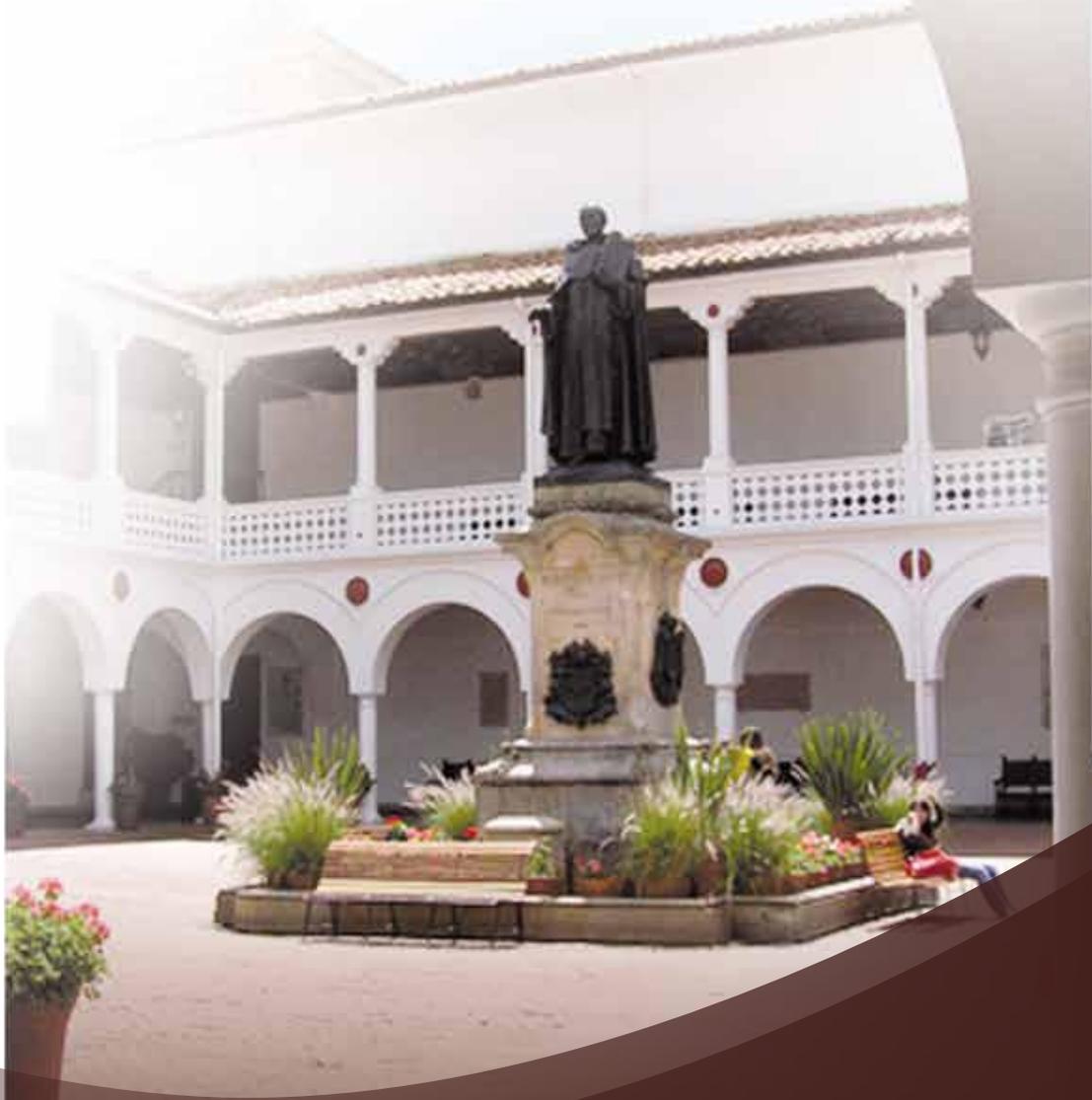
Fue la primera universidad establecida en Colombia. La fundaron los padres Dominicos, orden de los Predicadores, el 13 de junio de 1580.

Con el paso del tiempo y después de fusionarse con el Colegio de Santo Tomás fundado en 1608, se le empezó a llamar Universidad Tomística.

Fue durante el período colonial una fuente de cultura para los estudiantes que concurrieron a sus aulas en las que se formaron muchas generaciones de neogranadinos que habrían de ser un aporte definitivo para la gesta emancipadora.

Es necesario recordar que por disposiciones de la metrópoli los estudiantes del Rosario de diferentes carreras presentaban sus exámenes finales y se graduaban en esta universidad.

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario con la estatua del fundador fray Cristóbal de Torres.



El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario fue fundado por fray Cristóbal de Torres, arzobispo de Santafé el 18 de diciembre de 1653, con la autorización de Felipe IV Rey de Castilla. En sus casi 400 años de existencia ha contribuido de manera generosa al desarrollo de Colombia y su cultura, aportando hombres ilustres para el país, entre los que se destacan 34 presidentes y muchos altos funcionarios como ministros y magistrados.

La Universidad de Santo Tomás fue durante el período colonial una fuente de cultura para los estudiantes que concurrieron a sus aulas en las que se formaron muchas generaciones de neogranadinos que habrían de ser un aporte definitivo para la gesta emancipadora.

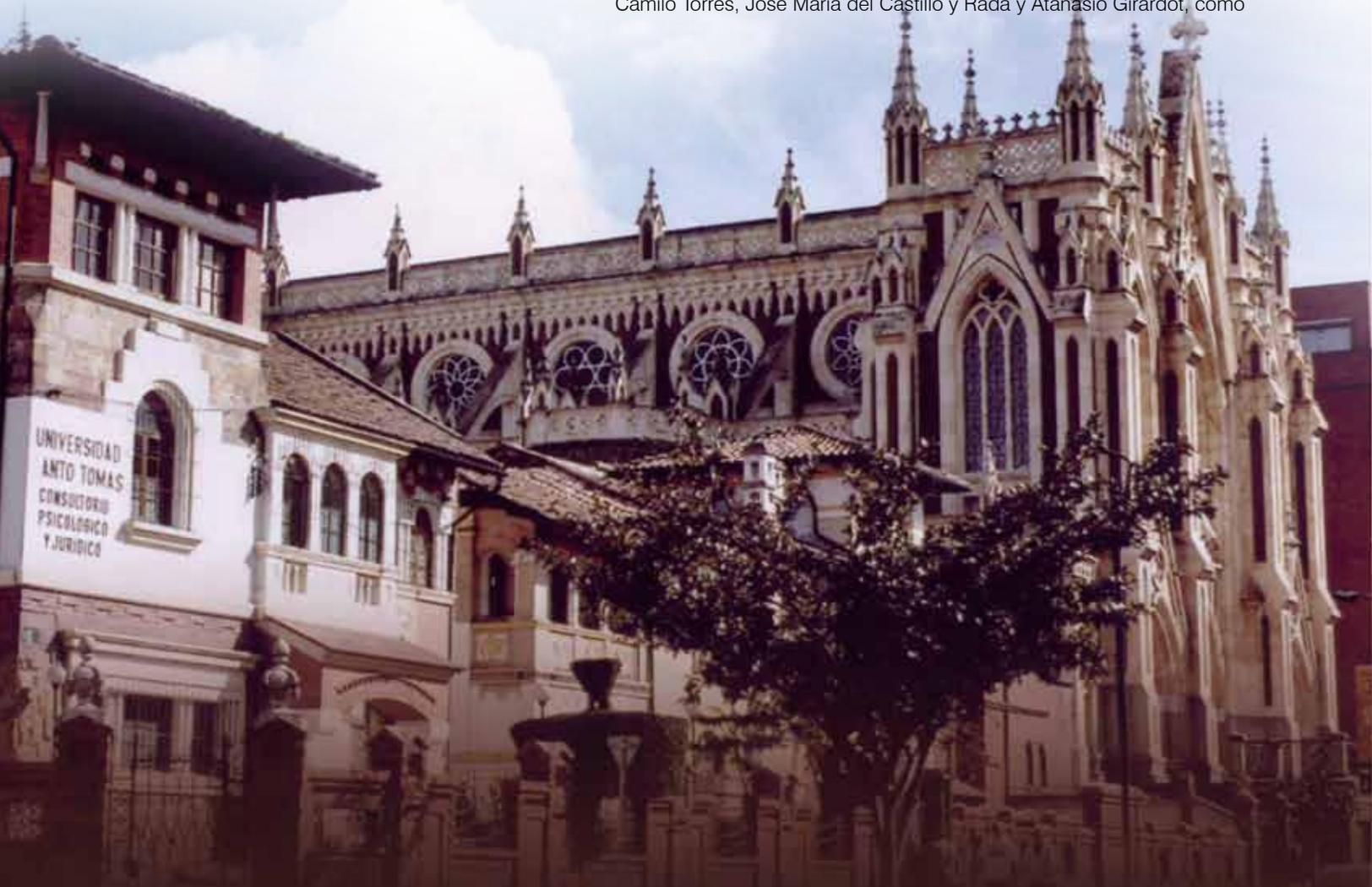
Muchos de ellos tomaron parte activa y definitiva en la lucha por la Independencia y posteriormente contribuyeron a la construcción de la República.

Imposible dejar de lado como aspecto sobresaliente la participación de los estudiantes de la Universidad Tomística con los del Colegio del Rosario en el motín del 20 de julio pidiendo “Cabildo Abierto”.

Además, el confesor del virrey Amar y Borbón, fray Pablo Lobatón, profesor de derecho de la universidad, fue factor determinante para convencer al mandatario para que accediera a permitir el mencionado cabildo.

El Acta de Independencia fue firmada entre otros docentes y alumnos, por el rector del claustro fray Mariano Garnica, OP.

Entre los graduados se cuentan próceres de la Independencia, como Camilo Torres, José María del Castillo y Rada y Atanasio Girardot, como



Sede de la Universidad Santo Tomás. Consultorio Psicológico y Jurídico.

una muestra apenas del aporte de esta universidad a la libertad de Colombia.

A manera de conclusión

En la Universidad de Santo Tomás, el Colegio de San Bartolomé y el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, durante la Colonia y primeros años de la Independencia se formó y educó la elite cultural y social de la Nueva Granada.

La creación de una mentalidad a fin con el mundo de la Ilustración, la filosofía, los movimientos sociales y políticos como la Revolución Francesa, a finales del siglo XVIII y principios del XIX motivó a la sociedad en general y a los profesores y estudiantes en particular a pensar y actuar en la búsqueda de la independencia de España para fundar la patria.

El grupo de jóvenes que abandonó los claustros e ingresó al naciente Ejército dio ejemplo de altivez, orgullo, fe, y patriotismo, y sentó las bases, que permitieron construir esta institución profesional, respetuosa de la Constitución y la ley, que a diario da testimonio de disciplina y eficiencia, claro sentido de patriotismo e indeclinable amor a Colombia.

Hoy, 200 años más tarde es vívido y actuante ejemplo de virtudes militares y cívicas, no sólo en nuestro país sino en todo el continente. 🇨🇴

El grupo de jóvenes que abandonó los claustros e ingresó al naciente Ejército dio ejemplo de altivez, orgullo, fe, y patriotismo, y sentó las bases, que permitieron construir esta institución profesional, respetuosa de la Constitución y la ley, que a diario da testimonio de disciplina y eficiencia, claro sentido de patriotismo e indeclinable amor a Colombia.

Notas

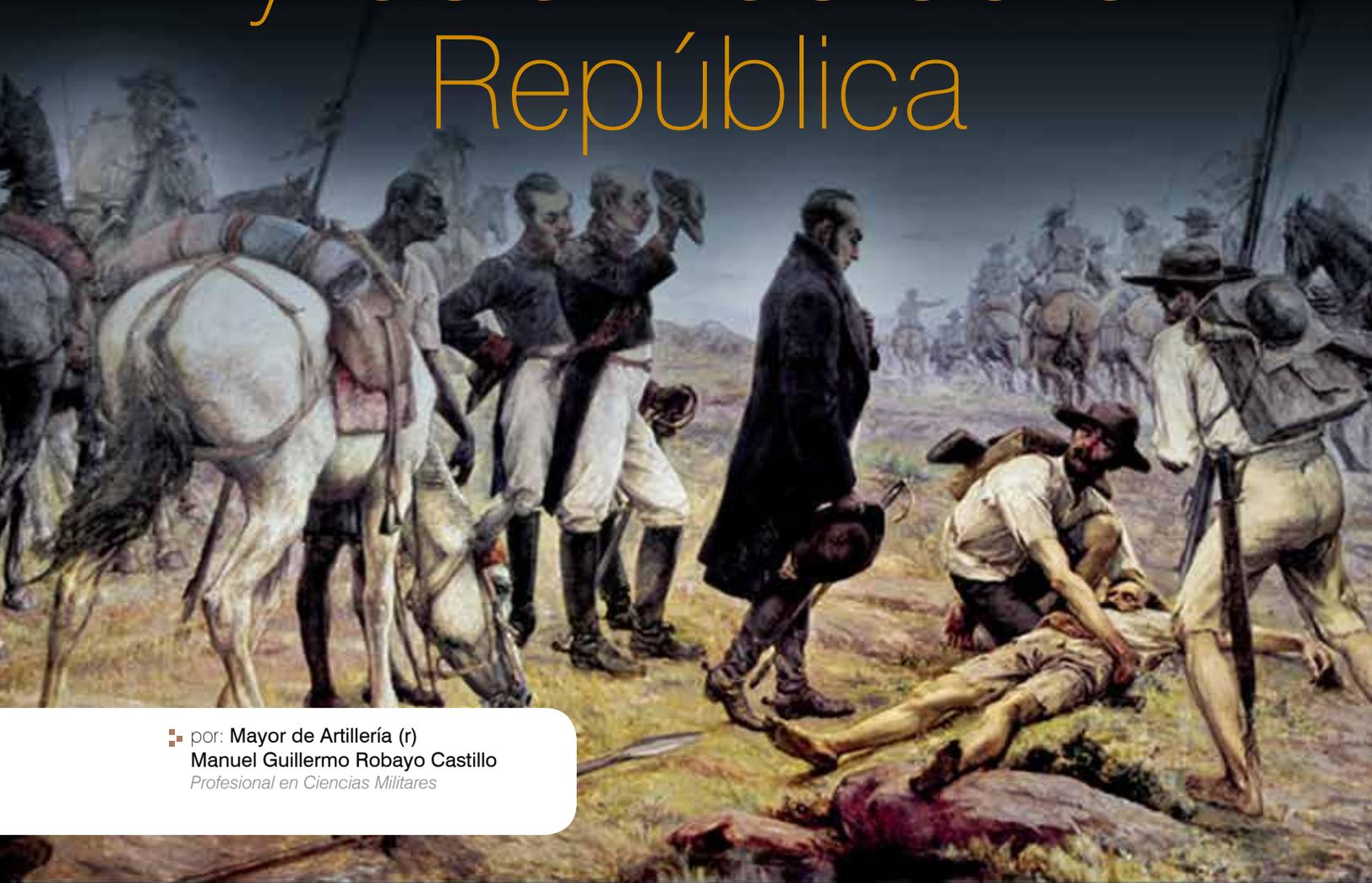
1. Cacia Prada, Antonio, "Proceso Criollo de la Independencia de la Nueva Granada, hace 200 años". "Boletín de Historia y Antigüedades", Academia Colombiana de Historia, No. 846, pág. 553 y 554.
2. Jaramillo Mejía, William, Real Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé, Instituto Colombiano de Cultura, pág. 19 y siguientes.

Bibliografía

- Bosquejo de la Organización Militar de la Nueva Granada, Memoria del Estado Mayor del Ejército de Colombia, Bogotá, junio de 1919.
- Ocampo López, Javier, El proceso Ideológico de la Emancipación en Colombia, Bogotá, Planeta 1999.
- Guillén de Iriarte, María Clara, Los Estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. (1773-1826) Centro Editorial Universidad del Rosario, Bogotá, 2006.
- Riaño, Camilo. Historia Extensa de Colombia, Historia Militar, Volumen XVIII, Tomo I, Ediciones Lerner, Bogotá, 1971.

El 20 de julio de 1810

La Independencia y las armas de la República



✚ por: Mayor de Artillería (r)
Manuel Guillermo Robayo Castillo
Profesional en Ciencias Militares

“El plan del virrey y de los oidores, dado a conocer en reserva por un confidente de ellos, para el caso de que España desapareciera como nación independiente a causa de la dominación de Napoleón, era este: convocar Cortes Generales en América, como se iba a hacer en la península; ellas elegirían un regente del reino, y entretanto, como pasarían cinco o más años para obtener la reunión de las cortes, a fin de evitar la anarquía en todo ese tiempo el virrey y los oidores continuarían ejerciendo el mando a nombre del regente.”¹



Los procesos que concurren y forman el entorno de los hechos del 20 de julio de 1810 lo constituyen entre otros los siguientes:

Primero: En la península española, la resistencia de los españoles a la dominación napoleónica y la lealtad al rey de España. Segundo: En América, un grupo social, los hijos de españoles nacidos en América y conocidos como los criollos, que se consideraron los hijos de los descubridores y conquistadores, con la ilustración, poco a poco empezaron a defender su derecho a ser preferidos políticamente ante los peninsulares recién venidos e involucrados en la burocracia colonial, se constituyeron en la resistencia del criollismo a la dominación colonial de España.² Tercero: En 300 años nació y fue creciendo el espíritu de rebeldía contra el mal gobierno de las autoridades coloniales. Cuarto: En el Nuevo Reino de Granada, la estructura social la integraban el Estamento Superior, compuesto por los blancos puros procedentes de la Madre Patria (españoles nacidos en España, conocidos como chapetones) y los españoles americanos o criollos (hijos de españoles, nacidos en América o manchados de la tierra); y, el Estamento Inferior, compuesto por los indígenas, negros y mestizos. Quinto: El rompimiento de la división entre peninsulares y criollos se dio en la última década del siglo XVIII, en 1794, a raíz de la publicación de los Derechos del Hombre por el santafereño Antonio Nariño; El proceso de los pasquines contra los estudiantes y el proceso contra los conspirados.

Los hechos del 20 de julio de 1810 no fueron aislados. Por el contrario, fueron el referente central de un proceso en tres etapas que la historia divide así: Gestación o Fermentación Revolucionaria, que en el tiempo correspon-

de a la segunda mitad del siglo XVIII en el que suceden los siguientes hechos: La ilustración del criollismo granadino, las luchas de los negros contra la esclavitud, la insurrección antifiscal comunera, el rompimiento entre criollos y peninsulares, el crecimiento demo-

gráfico, las reformas fiscales de la colonia y la depresión económica de las colonias. Lucha Revolucionaria. Ésta tiene dos momentos: El Grito de Independencia el 20 de julio de 1810 y los sucesos posteriores hasta 1815; y la guerra de Independencia que culmina con la Campaña Libertadora de 1819 y su glorioso final el 7 de agosto en los campos de Boyacá. Consolidación y Cristalización Revolucionaria. En ella nace la República de Colombia y se consolida la libertad y la independencia en toda América.

“El plan del virrey y de los oidores, dado a conocer en reserva por un confidente de ellos, para el caso de que España desapareciera como nación independiente a causa de la dominación de Napoleón, era este: convocar Cortes Generales en América, como se iba a hacer en la península; ellas elegirían un regente del reino, y entretanto, como pasarían cinco o más años para obtener la reunión de las cortes, a fin de evitar la anarquía en todo ese tiempo el virrey y los oidores continuarían ejerciendo el mando a nombre del regente.”

El 20 de julio de 1810 fue un viernes y en la rutina santafereña, era el día del mercado, al que concu-

rían los habitantes de la sabana para vender en la Plaza Mayor, hoy Plaza de Bolívar, los productos de la tierra, los ganados y sus productos y otros como el carbón y a la vez comprar lo necesario para la subsistencia, tal como sucede hoy en los pueblos de Colombia. El rey de España estaba bajo prisión y la península ocupada por las tropas francesas de Napoleón que había nombrado a su hermano José Napoleón como rey de los españoles.

En la Nueva Granada, el virrey era don Antonio Amar y Borbón, teniente general y caballero de Santiago, quien había llegado a ejercer tal cargo en septiembre de 1803, en compañía de su esposa, doña Francisca Villanova, recibidos a su llegada al Nuevo Reino, con mucha ostentación y obsequios de grandeza y aparato, como a nadie. Hombre apocado y además sordo, fue un elemento más en este proceso de la decadencia de un imperio. Los golillas, así se le llamaba a los oidores por el adorno de tela blanco que circundaba su cuello, eran el temido y odiado Juan Hernández de Alba y Juan Jurado. El alcalde ordinario de Santafé era don José Miguel Pey de Andrade, nacido en la misma ciudad en 1763. El comandante del regimiento auxiliar era el coronel Juan Sámano y su segundo al mando el teniente coronel José María Moledo. José Antonio Baraya, criollo, con

tamo un florero al español (chapelón) José González Llorente, comerciante de alhajas y baratijas, junto con productos de valor traídos de la Madre Patria, cuyo negocio estaba en la vistosa casa de la esquina nororiental de la Plaza Mayor, sobre la primera calle real de Santafé. Este español odiaba a los granadinos y mantenía relaciones muy distantes con los criollos. La delegación de los criollos, los Morales, era reconocida en la ciudad por su carácter fuerte, belicoso y pendenciero; de tal manera que frente al español González Llorente, eran como la mantequilla y el rescoldo, la chispa de la revolución estaba garantizada.

Para los criollos, el plan del virrey era conocido, pero para el virrey, el plan de los criollos también lo era. En tales circunstancias, los organizadores decidieron

“La soberanía reside esencialmente en la masa de la nación, la ha reasumido ella y puede depositarla en quienquiera, y administrarla como mejor se acomode a sus grandes intereses; este Reino, digo, puede y debe organizarse por sí solo. Disuelta la monarquía y perdida España, nos hallamos en el mismo caso en que estarían los hijos mayores después de la muerte del padre común.”

el grado de capitán era el comandante de una de las compañías del auxiliar, integrada a propósito por americanos en su mayoría. El parque de artillería se encontraba a cargo de José Ayala y en la casa virreinal fungían el coronel José Ramón de Leyva, español, y una guardia de alabarderos del virrey, igualmente españoles.

El cabildo de Santafé estaba integrado por los alcaldes ordinarios José Miguel Pey de Andrade y Juan Gómez y los regidores Acevedo y Gómez, José María Domínguez Castillo, José Ortega, Fernando Benjumea, Francisco Suescún, Juan Nepomuceno Lago, Joaquín Camacho y el síndico procurador general Ignacio Herrera.³

Personajes como don Antonio Nariño, conocido como el Precursor de la Independencia, se encontraba preso en Cartagena, el canónigo magistral Andrés Rosillo lo estaba en Santafé, don Antonio Villavicencio próximo a llegar a Santafé y los organizadores de la revolución habían escogido a Francisco y Antonio Morales (padre e hijo), en condición de delegados para pedir en prés-

aprovechar la llegada de don Antonio Villavicencio en su condición de comisario regio y con motivo del agasajo de recibimiento precipitar el Grito de Independencia. El asunto era fácil de entender. Al decir de don Camilo Torres: “La soberanía reside esencialmente en la masa de la nación, la ha reasumido ella y puede depositarla en quienquiera, y administrarla como mejor se acomode a sus grandes intereses; este Reino, digo, puede y debe organizarse por sí solo. Disuelta la monarquía y perdida España, nos hallamos en el mismo caso en que estarían los hijos mayores después de la muerte del padre común.”⁴ En la práctica, el objetivo de los patriotas era tomarse el poder y convertir el Nuevo Reino de Granada en una provincia e integrarla a la monarquía para obtener los mismos derechos, representaciones y poder de los españoles peninsulares.

Como ya se registró, el proyecto de movimiento de los criollos tampoco era un secreto. Por tal motivo, para neutralizar el plan de los criollos algunos españoles liderados por Ramón de la Infiesta habían organizado

una conspiración que debió suceder en la noche del jueves 19 de julio de 1810. José Acevedo y Gómez en carta del 21 de julio a su primo Miguel Tadeo Gómez le dice lo que sucedió así:

“...Antes de ayer averiguó este pueblo que unos cuantos facciosos europeos nos iban a dar un asalto en la noche de ayer y quitar la cabeza a diez y nueve americanos ilustres, en cuya fatal lista tengo el honor de haber sido el tercero, Benítez el primero y Torres el segundo.⁵ Esta noticia semiplenamente probada por el infatigable celo de nuestros alcaldes Gómez; europeo ilustre, y Pey, patricio benemérito, con la del horrendo asesinato que hizo en esa villa (el Socorro) el tirano Valdés, puso furioso al pueblo de Santafé, que antes tenían por estúpido. La noche del 19 vino el pueblo a guardarme y si no lo he contenido, se precipita sobre los cuarteles”⁶.

Días antes de los hechos, el síndico procurador, doctor Ignacio de Herrera, había pedido al Cabildo de Santafé el establecimiento de una Junta

que lanzaban imueras! a los chapetones; Llorente al verse atacado por el populacho, tuvo que refugiarse en una casa inmediata; el furor aumentó, se propagó a la plaza, y la gente que acudía a ella se dividía en grupos que gritaban y lanzaban piedras a las vidrieras de las casas de los españoles; los amotinados pedían la entrega de Llorente y de dos amigos comunes de él y de los odiados oidores, y aprovechando un momento favorable, el comerciante español se trasladó a su casa en una silla de manos, cuando fue descubierto por la airada multitud que le habría dado muerte si no lo salva el alcalde ordinario, don José Miguel Pey, quien



Batalla de Ayacucho Pintado por Antonio Herrera Toro hacia 1880 según boceto de Martín Tovar y Tovar

de Gobierno, es decir, que los acontecimientos se veían venir y sólo faltaba un incidente menor para su desarrollo. Los reconocidos historiadores Henao y Arrubla nos dejaron uno de los mejores relatos de lo sucedido en esa fecha memorable para las armas de la República, en donde se aprecia no sólo el comportamiento de los criollos en armas al servicio de la corona española, sino los primeros incorporados a las armas criollas, pero al servicio de la nueva nación. En tal relato se puede leer:

...“Ayer 20 fueron a prestar un ramillete a don José González Llorente para el refresco de Villavicencio, a eso de las once y media del día, en su tienda en la primera calle real y dijo que no lo daba y que ...(suprimo la expresión indecorosa)... en Villavicencio y en todos los americanos; al momento que pronunció estas palabras le cayeron los Morales, padre e hijo (don Francisco y don Antonio);⁷ se juntó tanto pueblo que si no se refugia en casa de Marroquín (don Lorenzo), lo matan. Los ánimos resueltos a la venganza se exasperaron al tener conocimiento de la injuria; se agolparon los criollos con semblante irritado a la tienda del chapetón, gritando y amenazando, y en un instante, debido a la circunstancia de que aquello sucedía en la calle más pública y concurrida y que era viernes, día de mercado en la plaza principal inmediata, el tumulto creció con las gentes del pueblo

usando de su influjo aquietó el tumulto llevando a Llorente a la cárcel. Con esta prisión la exacerbación del pueblo se dirigió contra los amigos del detenido; lánzase sobre las casas de José Trillo y Ramón de la Infiesta, penetra a la fuerza en ellas, las registra minuciosamente, aprehende al segundo en su escondite, y Trillo logra escapar.

Anochece y el entusiasmo era mayor con las tinieblas: tocábase a fuego en la catedral y en las demás iglesias; los habitantes de los puntos más extremos de la ciudad acudían al llamamiento; oleadas de pueblo con armas blancas se agitaban en la plaza y se precipitaban contra el palacio del virrey, situado en el extremo norte del costado occidental de ella; oíanse las voces de ¡Cabildo Abierto! ¡Junta!,

y todo aquel estrépito había paralizado la acción de las autoridades españolas. El pueblo envió al virrey distintos comisarios pidiéndole que permitiese la reunión de un Cabildo Abierto, donde tuviesen libre acceso los individuos que quisieran expresar sus opiniones; pero Amar y Borbón no accedió; se insistió en la demanda y el mandatario intimado con la aflictiva situación, pidió consejo al oidor don Juan Jurado en tan apurado lance, y este le dijo: "Conceda vucencia cuanto pida el pueblo, si quiere salvar su vida y sus intereses". Amar, para contemporizar, convino en que se celebrase Cabildo Extraordinario, pero no Abierto, el cual había de ser presidido, en su nombre, por Jurado. El oidor pasó a la Casa Consistorial, que se levantaba sobre la plaza

puso a órdenes de la revolución: no inspiraba recelo a los patriotas el medio batallón que estaba acuartelado fuera de la ciudad, ni la reducida guardia de alabarderos; pero el parque de Artillería sí, e hicieron a Amar repetidas instancias para que lo entregase al pueblo, pero el se denegó, y entonces los amotinados, entre los cuales se distinguían mujeres armadas de cuchillos y de piedras, trataron de tomarlo por asalto; esto no se verificó al fin, porque el virrey permitió que don José Ayala se incorporase con cien hombres del pueblo a los soldados que custodiaban el parque, neutralizando de tal suerte la fuerza de artillería."⁸

Al anochecer surge un protagonista con muchas energías, que de casa en casa, visita a los artesanos y demás

habitantes de varios sectores de Santafé incluido el popular San Victorino y los invita casi por la fuerza a desplazarse a la Plaza Mayor. Se trató de José María Carbonel, el criollo que llevó a prisión a González Llorente, ingresó a las casas de José Trillo y Ramón de la Infiesta a quien puso prisionero, porque Trillo logró escapar. Más tarde, la muchedumbre agolpada sobre el cabildo, aclamó, uno a uno, a los integrantes de la Junta.

Resulta necesario hacer algunas precisiones sobre los matices políticos al interior de la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada y es que unos apuntaban por el regentismo, es decir con sumisión al monarca español, mientras otros, autonomistas, no lo consideraron así. Es claro que no se hizo mención específica de la independencia de España por una parte y por la otra, que quienes así pensaron, de manera inteligente allanaron sus ideas para más tarde volver sobre ellas.

en el extremo opuesto del palacio virreinal; el Cabildo se había reunido de hecho y Jurado abrió la sesión; el pueblo invadió la sala y, a pesar del virrey, comenzó un Cabildo Abierto. La revolución estaba consumada y el viejo régimen iba a caer.

El populacho había desarmado la guardia de la cárcel apoderándose del oficial y de los fusiles; don Juan Sámano, jefe del regimiento auxiliar, ofreció al virrey que acabaría con la revolución si le dejaba obrar con la tropa; pero Amar no se atrevió a proceder así, y Sámano tuvo que permanecer encerrado en el cuartel con los soldados sobre las armas. Conducta distinta observaron el segundo jefe del auxiliar, don José María Moledo, y el capitán del mismo, don Antonio Baraya; el primero estuvo en la plaza desde que comenzó el tumulto y ofreció que el cuerpo no procedería contra el pueblo, y para garantizar su palabra, se entregó en rehenes permaneciendo en la plaza; Baraya condujo la compañía de su mando al teatro de los sucesos, y se

Los hechos de conformación de la Junta tuvieron los siguientes sucesos: en primer lugar, el virrey autorizó un cabildo extraordinario, pero la fuerza del pueblo lo hizo abierto y luego se empeñaron en la conformación de una Junta de Gobierno. Ante la alternativa de consultar al virrey o no, Miguel de Pombo interpeló al presidente del cabildo, oidor Juan Jurado expresando con vehemencia: "¿Qué hay que temer? Los tiranos, señor, perecen, los pueblos son eternos" Más tarde, el oidor presidente del Cabildo dramáticamente se opuso al establecimiento de la Junta; fue entonces, cuando el regidor y tribuno del pueblo José Acevedo y Gómez, en el centro del salón, mediante discurso declaró reo de lesa majestad a quien se oponga al establecimiento de la Junta, concluyendo su discurso con las siguientes frases: 'Si perdéis este momento de efervescencia y calor, y si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes. ¡Ved los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan!' A continuación el pueblo pidió

¡Junta! ¡Junta! Frutos Joaquín Gutiérrez, en uso de la palabra conceptuó que por conveniencia política, el presidente de la Junta debía ser el propio virrey y así, se conformó la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada integrada como sigue:

Presidente, el virrey Antonio Amar y Borbón; Vicepresidente, el alcalde ordinario José Miguel Pey; vocales, Juan Bautista Pey, José Sanz de Santa María, Manuel Pombo, Camilo Torres, Luis Caicedo y Flórez, Miguel Pombo, Francisco Morales, Pedro Groot, Frutos Joaquín Gutiérrez, José Miguel Pey, Juan Gómez, Luis Azuola, Manuel Álvarez, Ignacio Herrera, Joaquín Camacho, Emigdio Benítez, Antonio Baraya, José María Moledo, fray Diego Padilla, Sinforoso Mutis, Francisco Serrano Gómez, José Martí París, Antonio Morales, Nicolás Mauricio de Omaña y Andrés Rosillo.

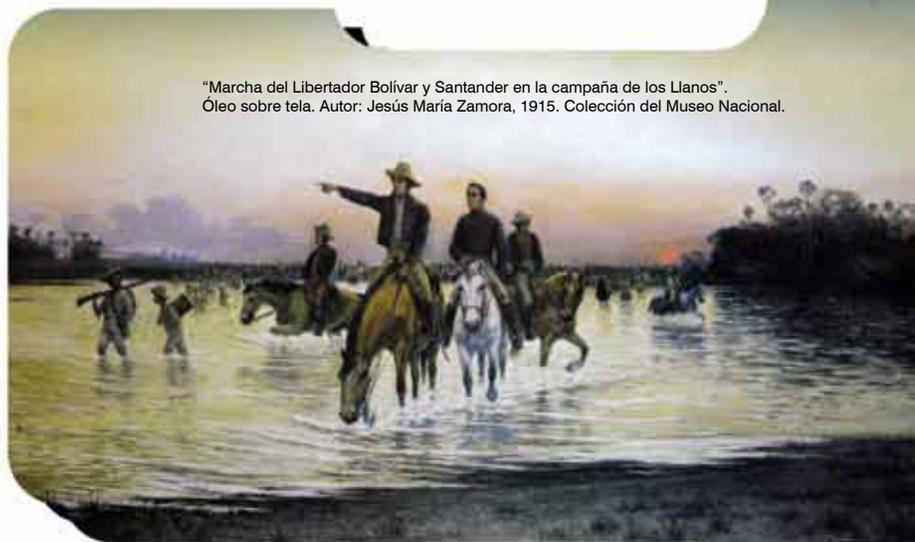
El mandato dado por el Cabildo Abierto a la Junta rezó así:

“Que se deposite en toda la Junta el Supremo Gobierno de este Reino interinamente, mientras la misma Junta forma la constitución que afiance la felicidad pública, contando con las nobles provincias, a las que en el instante se les pedirán los diputados, formando este cuerpo el reglamento para las elecciones en dichas provincias; y tanto este como la Constitución de Gobierno deberán formarse sobre las bases de libertad, independencia respectiva de ellas, ligadas únicamente por un sistema federativo, cuya representación deberá residir en esta capital para que vele por la seguridad de la Nueva Granada, que protesta no abdicar los derechos imprescriptibles de la soberanía del pueblo a otra persona que a la de su augusto y desgraciado monarca, don Fernando VII, siempre que venga a reinar entre nosotros, quedando por ahora sujeto este nuevo gobierno a la Superior Junta de Regencia interina exista en la península y sobre la Constitución que le dé el pueblo”⁹.

Resulta necesario hacer algunas precisiones sobre los matices políticos al interior de la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada y es que unos apuntaban por el regentismo, es decir con sumisión al monarca español, mientras otros, autonomistas, no lo consideraron así. Es claro que no se hizo mención específica de la independencia de España por una parte y por la otra, que quienes así pensaron, de manera inteligente allanaron sus ideas para más tarde volver sobre ellas. Para refrendar lo afirmado aquí, basta con revisar los hechos posteriores entre los que encontramos el acto del 26 de julio de 1810, seis días después de la constitución de la Junta, en el que los autonomistas lograron, mediante acta de la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada, el desconocimiento de la Superior Junta de Regencia, declararon la independencia total de España y cesaron en su ejercicio a todos los funcionarios del viejo gobierno. Aún así, se conservaron los dominios para el monarca Fernando VII.

De esta manera, es indiscutible que los primeros hombres en armas de la Nueva República fueron, el segundo jefe del Batallón Auxiliar, don José María Moledo; el capitán Antonio Baraya y la compañía de su mando, orgánica del regimiento auxiliar y, don José Ayala con 100 hombres del pueblo, que asumieron la custodia del parque de artillería con autorización del virrey Amar y Borbón.¹⁰

El día 21 de julio, es decir al día siguiente, el propio virrey Amar y Borbón prestó



“Marcha del Libertador Bolívar y Santander en la campaña de los Llanos”. Óleo sobre tela. Autor: Jesús María Zamora, 1915. Colección del Museo Nacional.

juramento en su condición de Presidente de la Junta Suprema y de hecho la reconoció y también lo hizo el mismo Juan Sámano, comandante del regimiento auxiliar y jefe militar de la plaza. Al respecto, los historiadores Henao y Arrubla registran el acontecimiento anotando una anécdota que dice: “Aun el mismo Sámano, que había querido debelar la revolución, prestó igual promesa, en que no creyó el pueblo, y el canónigo Pey le dijo en ese momento: ‘Señor don Juan, que estas promesas no se cumplan como las de Quito’...”¹¹.

Continuando con los acontecimientos, la Junta Suprema dividió los poderes del gobierno para la nueva nación así: Sección de Negocios Diplomáticos Internos y Externos, Sección de los Asuntos Eclesiásticos, Sección de Gracia y Justicia,

Sección de Guerra y de Hacienda. El poder ejecutivo se ejercía por un cuerpo integrado por un representante de cada sección y del vicepresidente de la Junta. El poder judicial lo ejercían dos tribunales: uno de Justicia y otro de Gobierno y Hacienda. La sección de guerra quedó conformada por el teniente coronel don José María Moledo, el capitán don Antonio Baraya, don Francisco Morales y don José Sáenz de Santamaría como secretario. Ahora, la Junta Suprema requiere el apoyo de una Fuerza Pública y en consecuencia en acto de gobierno del 23 de julio de 1810 dispuso la organización de milicias nacionales compuestas de Infantería y Caballería. No hizo provisiones para la Artillería que se encontraba en el parque de la misma, bajo el control del gobierno y el mando directo de don José Ayala. Al respecto, dicen Henao y Arrubla: ...“Entre la juventud se despertó gran entusiasmo; muchos iban

Primera: capitán, don Francisco de Paula Morales; teniente, don Carlos Salgar; subteniente, don Joaquín Ortega y Santamaría; subteniente, don Lino Ramírez.

Segunda: capitán, don José María Olano; teniente, don Antonio Ricaurte; subteniente, don Pedro Rocha; subteniente, don Miguel Malo.

Tercera: capitán, don Domingo Montenegro; teniente, don José Nicolás Moreno; subteniente, don Mariano París; subteniente, don Pedro Acevedo.

Cuarta: capitán, don José Ortega; teniente, don Agustín Velasco; subteniente, don Mariano Álvarez Lozano; subteniente, don Juan Pardo.

Plana Mayor: comandante, don Antonio Baraya, con el grado de coronel; sargento mayor, don Joaquín

“Batalla de los ejidos de Pasto”. Óleo sobre tela.
Autor: José María Espinosa Prieto, 1850.



Este fue el comienzo de la organización militar que habría de luchar por la Independencia y la Libertad de la Nueva Granada y luego, consolidar con su respaldo a la Nueva República de Colombia.

a alistarse y a recibir instrucciones sobre el manejo de las armas, que les daban de buen grado los oficiales del antiguo cuerpo veterano llamado El Fijo. En aquella primera escuela apuntó la inclinación general a la carrera militar. Entre los jóvenes que tomaron servicio registramos los nombres, famosos después, de Francisco de Paula Santander, Atanasio Girardot, Hermógenes Maza y otros... La caballería creó el Regimiento de Milicias de Caballería del Nuevo Reino de Granada, al mando de Pantaleón Gutiérrez y Primo Groot”.¹²

En la infantería se organizó el primer batallón y su composición, que aparece incluida en el tomo uno de Santander y los Ejércitos Patriotas, 1811 – 1819, dice así:

Batallón de Infantería de Guardias Nacionales de Santafé:

Granaderos: capitán, don José Ayala; teniente, don Manuel París; subteniente, don Fermín Rodríguez; subteniente, don Cristóbal Andrade.

Ricaurte y Torrijos; ayudante mayor, don Pedro María Moledo, de la clase de teniente; ayudante segundo, don Manuel Ricaurte y Lozano, de la clase de teniente; abanderado, don Francisco de Paula Santander; capellán cirujano, el doctor don José Joaquín García; armero, Ignacio Muñoz.

Notas: consta este Batallón de cinco compañías, cada una de 80 plazas, incluidas las clases de sargentos, cabos, tambores y pífanos. Total de fuerza, 400 hombres.

Uniforme: casaca azul corta, forro, solapa vuelta y cuello carmesí con guarnición de galón éste, y las armas de la ciudad en él y la solapa ojalada: la vuelta igualmente guarnecida; chupa y pantalón blanco; botín negro, gorra negra, cubierta la copa con piel de oso y adornada con cordón y borlas del color de las vueltas; un escudo de plata con el nombre del batallón y pluma encarnada.¹³

En el escrito del mayor del ejército Jorge Mercado, fechado el 21 de abril de 1918, con motivo del centenario

de la Batalla de Boyacá, publicado por el Ejército Nacional en 1963 bajo el título 'Campaña de Invasión del teniente general Don Pablo Morillo 1815-1816', al hacer referencia al reclutamiento y calidad de los oficiales de aquel 20 de julio de 1810, se expresó: "...La oficialidad se reclutaba entre los ciudadanos más sobresalientes, y los grados se impartían de acuerdo con la posición social y entusiasmo patriótico demostrado por los agraciados. Así vemos en los días subsiguientes al 20 de julio de 1810 organizar diferentes unidades y nombrar para su comando y el de las fracciones que las integraban, a distinguidos ciudadanos, la mayor parte civiles, quienes de hecho quedaron graduados de coroneles, sargentos mayores, capitanes, etc., y que naturalmente no aportaron para el desempeño de sus cargos militares otra cosa que su buena voluntad. Me sucedió a mi –refiere José María Espinosa en sus Memorias de un Abandorado– lo que a muchos otros jóvenes en mi tiempo, que de la curiosidad pasamos al entusiasmo, y de meros espectadores nos convertimos en soldados."

El 14 de agosto de 1810 se organizó un Regimiento de Milicias Patriotas, comandado por el coronel don Luis Caicedo y un cuerpo de Artillería y otro de Granaderos.

Este fue el comienzo de la organización militar que habría de luchar por la Independencia y la Libertad de la Nueva Granada y luego, consolidar con su respaldo a la Nueva República de Colombia, y de evolucionar a través de los años, a la par con la nación, hasta llegar a constituirse en la institución sólida y respetable del presente. De la misma manera, encontramos en los hechos narrados hasta este momento, el comportamiento de los granadinos en lo atinente a lo militar, acudiendo al llamado de la nueva nación, para su defensa y para el respaldo del nuevo gobierno. Tal evidencia dejó para la posteridad el hecho real de que los que así acudieron, encontraron y además le dieron el valor de escuela a la primera unidad que lograron conformar y debió ser así, pues la trayectoria de personajes como Francisco de Paula Santander y otros citados con anterioridad, que no tenían conocimiento ni preparación militar, atendieron el llamado y con el tiempo, lograron la Independencia y la Libertad gra-

cias, en parte, a su desempeño como militares, y si tenemos en cuenta que sus primeras armas las hicieron con motivo y a partir de los hechos del 20 de julio de 1810, no se equivocaron los señores Henao y Arrubla al darle a esta primera organización el nombre de escuela.

De otra parte, el criollismo se tomó el poder en el Virreinato de la Nueva Granada y dio comienzo a la nueva República, en abierta oposición y desconocimiento al mal gobierno que ejercieron los peninsulares durante la colonia. 🐦

Notas

- 1 Historia de Colombia para la enseñanza secundaria. Jesús María Henao y Gerardo Arrubla. Tomo II La Independencia, página 325. Cuarta edición Bogotá 1926.
- 2 En el Memorial de Agravios, Camilo Torres dirigiéndose al rey de España se expresa así: "Las Américas, señor, no están compuestas de extranjeros a la nación española. Somos hijos, somos descendientes de los que han derramado su sangre por adquirir estos dominios a la Corona de España... Tan españoles somos, como los descendientes de Don Pelayo, y tan acreedores por esta razón, a las distinciones, privilegios y prerrogativas del resto de la Nación...."
- 3 Nota del Autor: En el Cabildo, el único regidor de origen español (chapatón) era Fernando Benjumea. Los demás eran criollos.
- 4 Obra citada. Página 325.
- 5 Nota del Autor: Los tres primeros en la lista eran Emigdio Benítez, Camilo Torres, y José Acevedo y Gómez.
- 6 Obra citada Página 327. Es la transcripción de la nota de pie de página que contiene el texto de la carta escrita en Santafé con destino al Socorro.
- 7 Nota del autor. Los hermanos Morales y sus descendencias, durante la Reconquista española, tuvieron que refugiarse en los territorios que hoy pertenecen a los municipios de Fosca y Gutiérrez en Cundinamarca y, descendiente de ellos es el también hoy, teniente coronel (r) de Artillería, Ariel Baquero Morales.
- 8 Obra citada. Páginas 326, 327 y 328.
- 9 Op. Cit. Página 343 y 344
- 10 La vieja tienda del Español Llorente se identifica como la Casa del Florero y se encuentra en la esquina nororiental de la Plaza de Bolívar, esquina de la carrera 7a. con calle 10 y, a la sede del parque de la Artillería, también de esa época, se le identifica como La Calle de la Artillería, y corresponde a la carrera 8a. con calle 11 de la Bogotá de hoy.
- 11 Henao Jesús María y Gerardo Arrubla. Historia de Colombia para la Enseñanza Secundaria. Librería Colombiana. Camacho Roldán & Tamayo. Bogotá 1926. Página 330.
- 12 Obra citada, página 334, en donde además se registra un texto sobre la Caballería que dice: El cuerpo de Caballería se formó de voluntarios de la Sabana, (armados de lanzas y medias lunas mohosas y los jefes con espadas toledanas de cinco cuartas en vaina de vaqueta; en sillas vaqueras de enorme tamaño, con reajo de arción, pellón de lana, arretranca, grande estribera de cobre, que llamaban el baúl; vestidos con gran ruana listada, calzón corto de gamuza, botas de lana azul, a manera de medias sin pie, zamarros de cafucho, pañuelo rabo de gallo en la cabeza, cuyas puntas salían sobre la espalda, y sombrero de lana con media vara de ala.) Así desfilaron en columna de a cuatro en fondo, quinientos jinetes por las calles de Santa Fe, dando vivas a la Junta.
- 13 Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio y el Sesquicentenario de la muerte del General Francisco de Paula Santander. Santander y los Ejércitos Patriotas 1811 – 1819, tomo I, página 1 y 2. Bogotá 1989. Además, según las notas de pie de página del texto, que aparecen en la citada compilación, fue publicado en el Diario Político de Santa Fe de Bogotá, No. 22 de 1810.

La Legión Británica y la contribución extranjera en la guerra de Independencia

✦ por: Coronel (r) Luis Ernesto Cortés Ahumada
Profesional en Ciencias Militares



No podrá citarse la gesta emancipadora de las colonias hispanoamericanas, sin evocarse el aporte decisivo que la participación de este cuerpo brindó para la definición de los ideales libertarios de los pueblos oprimidos por el yugo español.

En el año de 1816, a raíz del desastre de Ocumare, Bolívar pidió a Luis López Méndez, agente de Venezuela ante el gobierno británico, adelantar gestiones para la obtención de recursos, y la contratación y el envío de efectivos experimentados, debidamente armados y equipados para el apoyo de las operaciones; necesidad imperiosa en la guerra de Independencia para enfrentar al poderoso y recién llegado ejército español del general Morillo.

Coincidió el momento con el término de la conflagración europea, cuando pasada la Batalla de Waterloo, la desmovilización de efectivos sobrantes en la Gran Bretaña trajo consigo la desocupación, el hambre, la escasez y miseria para el pueblo, que ávido por encontrar empleo, halló un patrón de solución en aquellos ofrecimientos que presentó el señor López Méndez para enlistar personal con miras a participar en la lucha por la emancipación de las colonias españolas.

Esta oferta tuvo de inmediato gran acogida. Se procedió a contratar a oficiales de alto grado y prestigio, quienes a su vez engancharon grupos de veteranos, incluyendo personal médico y cirujanos. Fueron dotados de armamento, uniformes, pertrechos, y todo tipo de elementos de campaña, creando así núcleos que serían la base para la organización de unidades militares, que recibirían la integración y la formación de elementos, entrenados y estructurados para el combate. Su núcleo principal y básico necesariamente correspondió a la Infantería.

Cada grupo fue dotado con vistosos y flamantes uniformes de la época, similares a los usados en el ejército inglés, francés y alemán y según el tipo de organización.

Para el equipamiento y dotaciones no hubo restricciones. Los vistosos uniformes fueron un aliciente para el enlistamiento. Se ofrecían además jugosas comisiones y dádivas al llegar a tierra americana.

El manejo del proceso se llevó a cabo gracias al celo y eficiencia de Luis López Méndez y José María Del Real, agentes autorizados en Londres por los gobiernos rebeldes de Venezuela y Nueva Granada. El gasto fue cuantioso y sin medida, por lo que la deuda llegó a millones de libras esterlinas.



“La muerte de Peirson Mayor”. Óleo sobre lienzo. Autor: John Singleton Copley, 1784.

Las expediciones

La actividad de enganche y preparación de las expediciones fue muy amplia en la Gran Bretaña, que sin ser auspiciadas o dirigidas por el gobierno inglés sí fueron tácitamente toleradas, lo cual generó protestas y reclamos por parte del gobierno español.

La esperanza de otras oportunidades en un nuevo mundo, las perspectivas de cambio, la sed de aventuras, el espejismo de la gloria y la fama, la ilusión de un status de riqueza y prosperidad, encendieron la fiebre y el entusiasmo colectivo, que pronto se tradujo en la organización y envío de sucesivas expediciones con destino a las colonias insurrectas.

La esperanza de otras oportunidades en un nuevo mundo, las perspectivas de cambio, la sed de aventuras, el espejismo de la gloria y la fama, la ilusión de un status de riqueza y prosperidad, encendieron la fiebre y el entusiasmo colectivo, que pronto se tradujo en la organización y envío de sucesivas expediciones con destino a las colonias insurrectas.

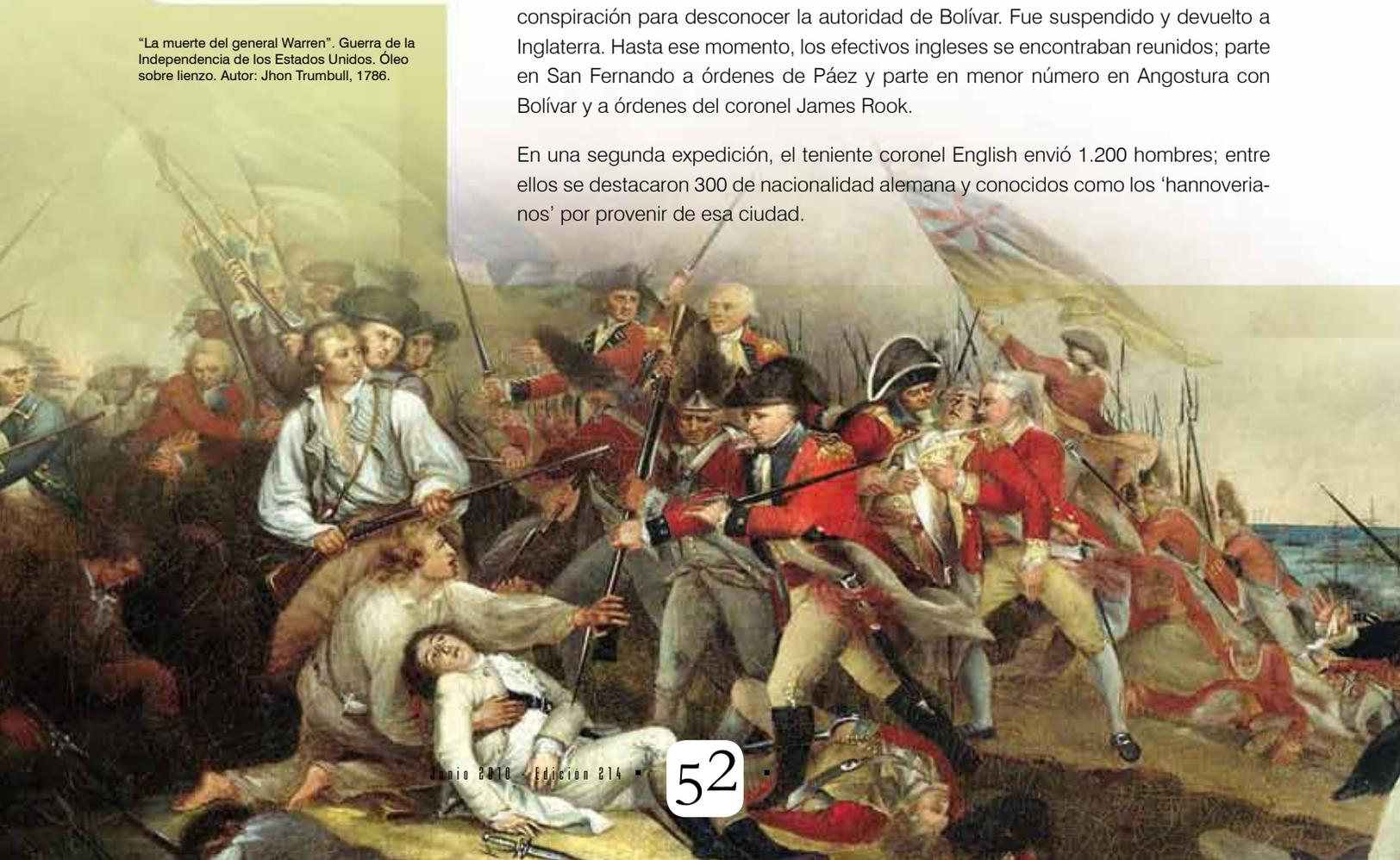
La primera de estas expediciones fue la organizada por el coronel Hippinesley, la cual zarpó de Londres el 1° de diciembre de 1817, trasportando un total de 720 hombres. Una fuerte tempestad hundió uno de sus buques y perecieron 220 enlistados. La travesía fue larga y penosa. Hubo una total falta de disciplina y abuso del licor. Llegados a las Antillas sin encontrar quien los recibiera, ni indicación alguna sobre su destino inmediato cundió la desorganización y hubo

deserciones. El personal restante fue enviado a Angostura, donde Bolívar los destinó al ejército del general Páez, con sede en San Fernando de Apure.

El coronel Wilson protagonizó un bochornoso incidente, propiciando un intento de conspiración para desconocer la autoridad de Bolívar. Fue suspendido y devuelto a Inglaterra. Hasta ese momento, los efectivos ingleses se encontraban reunidos; parte en San Fernando a órdenes de Páez y parte en menor número en Angostura con Bolívar y a órdenes del coronel James Rook.

En una segunda expedición, el teniente coronel English envió 1.200 hombres; entre ellos se destacaron 300 de nacionalidad alemana y conocidos como los 'hannoverianos' por provenir de esa ciudad.

"La muerte del general Warren". Guerra de la Independencia de los Estados Unidos. Óleo sobre lienzo. Autor: Jhon Trumbull, 1786.



El contratista, coronel George Elson, envió una tercera expedición vía Margarita, directamente con destino a Angostura, integrada por 700 hombres. Una vez allí son destinados por Bolívar a San Fernando, al ejército de occidente del general Páez. Atacado por las fiebres, el coronel Elson murió poco tiempo después.

El general escocés Gregorio Mac-Gregor trajo un contingente de 600 hombres. Efectuó una expedición hasta Portovelo con varios fracasos y la pérdida de muchos hombres. En una segunda expedición sobre Riohacha logró inicialmente su captura para luego ser desalojado por los españoles.

El general irlandés John D`Evereux, en varios envíos a partir de mayo de 1819, completó 2.100 hombres. Igualmente a su llegada se presentaron episodios de indisciplina y desorganización.

Si se hace un compendio, el número de efectivos integrantes de las diferentes expediciones se acerca a los 6.000 hombres.

Coronel Hippiesley	720
Teniente Coronel English	1.200
Coronel George Elson	700
General G. Mac-Gregor	200
Coronel Maceroni	300
General J. D`Everaux	2.100
Varios: Hannoverianos	300
Total	5.620

Las operaciones

Campaña sobre Cumaná

Con 1.200 efectivos reunidos en Isla Margarita, Bolívar dispuso que el general Urdaneta efectuara operaciones sobre el área Cumaná-Caracas. Con apoyo naval del almirante Brión capturaron inicialmente la ciudad de Barcelona y marcharon sobre Cumaná, para fracasar

después en el intento de poderosa carga sobre el fuerte de Santa Ana, donde perecieron en el intento 77 esforzados legionarios. Posteriormente, los restantes se integraron al ejército del general Páez.

Campaña de la Nueva Granada

Tomada la determinación de adelantar la campaña para la liberación de la Nueva Granada, Bolívar previó la organización del ejército para dicha empresa. Contó, bajo su control, con una primera división a órdenes del general Anzoátegui, a la cual le asignó la misión de retaguardia y con la cual, partiendo del caserío de Setenta sobre el río Apure, inició el desplazamiento para trasmontar el Arauca y alcanzar los llanos de Casanare, para reunirse con una segunda división a órdenes del general Santander, y a la que le asignó funciones de vanguardia; integrando así el ejército para esta campaña.

Incluido como una de las unidades del componente y formando parte de la división de retaguardia se encontraba el contingente inglés, que en número aproximado de 160 integrantes hizo parte de la expedición hacia la Nueva Granada, a órdenes del coronel James Rook y bajo la denominación de la Legión Británica. Integradas así mismo por ingleses, venezolanos y neogranadinos, se organizaron otras unidades, una de ellas el Batallón Rifles, a órdenes del coronel Arthur Sandes. Complementa el aporte de legionarios para esta campaña, el personal ubicado en los estados mayores de los generales Anzoátegui y Bolívar.

Las dificultades crecen en la travesía de la llanura desbordada por la época de lluvias. Se cruzan ríos, torrentes, caños profundos y todo tipo de obstáculos hasta llegar a la población de Tame, donde Bolívar se reúne con Santander y su división de vanguardia, consolidando así el Ejército Libertador. Allí se inició el ascenso de la Cordillera de los Andes, hazaña que requirió el máximo esfuerzo hasta vencer las inhóspitas cumbres heladas, trasmontando la Cordillera Oriental a la altura del páramo de Pisba.

Superadas las colosales cumbres y enfrentados los ejércitos en el pantano y las alturas de Vargas el día 25 de julio de 1819, el Ejército español en la Nueva Granada, constituido por la tercera división a órdenes del



general José María Barreiro, tomó posiciones en las alturas preeminentes, en tanto que las tropas republicanas al maniobrar quedaron ubicadas en posición desventajosa.

Las tropas avanzaban, retrocedían. La situación se tornaba desesperada. A la orden perentoria de Bolívar: "Coronel salve usted la patria", Rondón con sus 14 lanceros, cual huracán desenfrenado ascendieron la ladera, destrozaron y abrieron brecha en las huestes enemigas, a la vez que las unidades de la división de retaguardia patriota, con la Legión Británica en primera línea y en arremetida violenta, ascendieron por la colina escarpada para desalojar y derrotar definitivamente al enemigo.

Es de todos conocido el pasaje histórico, cuando gravemente herido el comandante de la legión, y al serle amputado su brazo izquierdo, lo levanta con la mano contraria para con él en alto exclamar "viva la patria". Ante la pregunta del cirujano que le dice en inglés: "¿cuál patria coronel?". Impertérrito responde: "La que me ha de dar sepultura". El coronel James Rook murió al día siguiente y su nombre inmortal bautiza ahora nuestra unidad de infantería No. 18 con sede en Ibagué.

Doce días después, el 7 de agosto de 1819, tras algunos movimientos de ubicación, el Puente de Boyacá fue el nuevo escenario de enfrentamiento de los dos ejércitos. Abiertas las hostilidades, las tropas republicanas con Santander y Anzoátegui al frente de sus divisiones de vanguardia y retaguardia, respectivamente, buscaron ganar ubicación. Desprendida la vanguardia de las tropas realistas de su grueso, gracias a la diligente maniobra de Santander, las tropas de Barreiro trataron afanosamente de mantener el contacto. Es entonces cuando en maniobra definida, la Legión Británica y el Batallón Rifles se interpusieron y frustraron el intento, dislocando el dispositivo realista y causando desorganización y desmoralización. El ímpetu del ataque patriota copó al enemigo y logró su rendición total.

Todo el ejército realista quedó en poder de los patriotas y fueron hechos prisioneros el general Barreiro y todo su estado mayor; así mismo, más de 1.600 soldados, armamento, pertrechos, caballería, artillería y equipo de combate. La Batalla del Puente de Boyacá fue la que selló la libertad de la Nueva Granada. El Batallón Rifles y la Legión Británica a órdenes de los coroneles Arthur Sandes y John Mackinstosh, respectivamente, entraron por la puerta grande en la historia de la liberación de la Nueva Granada.

De esta fecha en adelante, la Legión Británica comenzó a ser identificada más específicamente como Batallón Albión, tanto para los efectivos que operaban

Todo el ejército realista quedó en poder de los patriotas y fueron hechos prisioneros el general Barreiro y todo su estado mayor; así mismo, más de 1.600 soldados, armamento, pertrechos, caballería, artillería y equipo de combate. La Batalla del Puente de Boyacá fue la que selló la libertad de la Nueva Granada. El Batallón Rifles y la Legión Británica a órdenes de los coroneles Arthur Sandes y John Mackinstosh, respectivamente, entraron por la puerta grande en la historia de la liberación de la Nueva Granada.

en la Nueva Granada como para la parte principal de los mismos que militaban a órdenes y en el ejército del general Páez en Venezuela.

Campaña sobre la Costa Atlántica de la Nueva Granada

A finales de 1819, después de la Batalla del Puente de Boyacá, Bolívar ordenó operar sobre la Costa Atlántica de la Nueva Granada, con miras a lograr su liberación, e igualmente, buscar las condiciones propicias para la conducción de las operaciones sobre el litoral atlántico venezolano. Bajo este concepto, concibió una operación naval con base o con el empleo de los legionarios disponibles en la isla Margarita.

Comandando a los irlandeses por orden de Bolívar, el general Mariano Montilla, con apoyo del almirante Brion, el día 12 de marzo de 1820 ocupó la ciudad de Riohacha para marchar luego sobre Valledupar y regresar a Riohacha. Dadas las



"La Victoria Sueca en Narva. Gran Guerra del Norte en la cual el Ejército Sueco del rey Carlos XII venció al Ejército Ruso del zar Pedro el Grande en Narva". Óleo sobre tela. Autor: Gustaf Cederström, 1910.

múltiples e infructuosas penalidades, las tropas se insubordinaron, intimidaron, saquearon e incendiaron esta última ciudad, por lo que fueron separados del grupo los insurrectos, los cuales fueron enviados a Jamaica.

Con el resto del personal y en la flotilla de Brion, Montilla sitió a Cartagena y logró su rendición 14 meses después. Así mismo, los irlandeses a órdenes de O'Connor en reñidos combates tomaron a Ciénaga y Santa Marta. Participó también en esta campaña el Batallón Rifles, con mandos y efectivos británicos a órdenes del coronel Arthur Sandes, proveniente del interior, y después de su participación en las batallas del Pantano de Vargas y Puente de Boyacá. En esta forma se logró el control total del litoral atlántico neogranadino, con miras a la subsiguiente toma de Maracaibo.

En el mes de junio de 1820, llegó a la isla Margarita un último contingente de irlandeses, quienes fueron enviados al ejército de occidente del general Páez, donde se integraron a las operaciones que se estaban desarrollando.

La Campaña del Sur

El desastre consecuente de la derrota del ejército de Barreiro, aquel 7 de agosto de 1819 precipitó la caída del gobierno español en la Nueva Granada, provocando la huida inmediata y el abandono del poder por parte del virrey Juan Sámano, quien vía a Honda tomó el río Magdalena hacia la Costa Atlántica. Establecido el nuevo gobierno a cargo de Santander, parte de las tropas republicanas fueron enviadas a diferentes regiones con miras a la consolidación de la victoria y el despeje de los territorios neogranadinos bajo dominio español, en tanto que el grueso del ejército retornaba a continuar la campaña en Venezuela.

Abandonada Bogotá por el virrey y los efectivos realistas tras la derrota sufrida en el Puente de Boyacá, el coronel español Sebastián de la Calzada reunió algunos efectivos dispersos, residuos de las tropas de la tercera división y con 1.000 hombres tomó la vía a Popayán, con miras a hacerse fuerte en el occidente, buscar contacto, apoyo y ayuda con el gobierno español de Quito, a cargo del capitán general don Melchor de Aimerich, para rehacer las fuerzas españolas.

Para atender esta situación designó Bolívar al general Manuel Valdez, con una fuerza compuesta por los batallones Cauca, Neiva y Albión, además de 150 hombres de caballería guías de Apure.

El Batallón Albión estaba integrado en su totalidad por los ingleses, y los otros dos por granadinos con mandos ingleses. Logrado el contacto en la población de La Plata, las tropas del Batallón Albión atacaron y destrozaron la agrupación enemiga de 200 hombres y despejaron la vía, abriendo el paso de la Cordillera Central.

La remontaron por el páramo de Guanacas, yendo a desembocar por la región de Pitayo, donde eran esperados nuevamente por el grueso de las tropas del coronel Calzada. Sobreponiéndose al cansancio de la difícil travesía, el Batallón Albión, apoyado por los guías de Apure, comandados por el coronel Carvajal, efectuaron una sobrehumana carga a bayoneta, que destruyó las tropas realistas, contabilizándose cuatro oficiales y 130 soldados enemigos muertos, 153 prisioneros, y recuperados 349 fusiles con abundante munición.

Después de ocupada Popayán por el general Valdez y su división y tras operaciones varias en el área contra las fuerzas realistas y las guerrillas del Patía, Valdez

El desastre consecuente de la derrota del ejército de Barreiro, aquel 7 de agosto de 1819 precipitó la caída del gobierno español en la Nueva Granada, provocando la huida inmediata y el abandono del poder por parte del virrey Juan Sámano, quien vía a Honda tomó el río Magdalena hacia la Costa Atlántica. Establecido el nuevo gobierno a cargo de Santander, parte de las tropas republicanas fueron enviadas a diferentes regiones con miras a la consolidación de la victoria y el despeje de los territorios neogranadinos bajo dominio español, en tanto que el grueso del ejército retornaba a continuar la campaña en Venezuela.

Campañas Napoleónicas. Imagen tomada del Video Juego Napoleón: Total War Developer/Creative Assembly Publisher SEGA.



dirigió sus esfuerzos hacia el sur con miras a someter a Pasto. Su penoso avance por el macizo montañoso fue detenido, y sus tropas fueron bloqueadas en la quebrada de Jenoy, en cercanías del caserío del Trapiche, región del Juanambú y Guátara, donde el agreste terreno se convirtió en trampa insalvable. Sometida su tropa a fuegos cruzados, sin tener campo de maniobra ni forma de salida, recibió un castigo implacable, pereciendo en el combate cerca del 50 por ciento del Batallón Albión y buena parte de los guías de Apure; contabilizándose en esta acción más de 200 muertos, cerca de 100 prisioneros y gran cantidad de material de guerra perdido por parte de las fuerzas patriotas. Tras cuatro días de combate, el oportuno cese de hostilidades puesto en práctica gracias a la orden perentoria recibida, con base en el armisticio pactado en la ciudad de Trujillo entre Bolívar y Morillo, puso fin a aquella cruenta acción de armas, donde la suerte cobró su cuota a muchos de los vencedores del Pantano de Vargas y del Puente de Boyacá.

La Campaña de Venezuela y Carabobo

Liberada la Nueva Granada, el grueso del Ejército Libertador marchó a Venezuela para complementar el dispositivo del ejército patriota, frente al adoptado por las tropas realistas, a órdenes estas inicialmente del general Pablo Morillo y luego del mariscal de campo Miguel de Latorre. En permanentes maniobras, las tropas buscan su ubicación y logran al final su punto de confluencia en el campo de Carabobo, al suroeste de la ciudad de Valencia. Allí, como integrantes de las unidades patriotas que se desplazan, se encuentran los efectivos de la Legión Británica. Están en la división de Urdaneta, que avanza por el occidente desde Maracaibo hacia Coro, Barquisimeto y San Carlos, integrando los comandos y cuadros de diferentes unidades. Así

mismo, allí se encuentra el Batallón Rifles a órdenes del coronel Arthur Sandes, después de haber participado en las campañas de la Nueva Granada y de la Costa norte en Ciénaga y Santa Marta. Con el ejército de occidente del general Páez, desde Apure marcha el grueso de la Legión Británica operante en Venezuela, integrando el llamado Batallón de Cazadores Británico. Así mismo, los legionarios cubren múltiples cargos en los comandos y cuadros de otras unidades y en los estados mayores de las diferentes agrupaciones.

El encuentro tuvo lugar en la planicie de Carabobo. Para la batalla, Bolívar organizó sus tropas en tres divisiones. La primera a órdenes del general Páez, efectuó el ataque principal, con envolvimiento por el flanco izquierdo. A la cabeza el Bravos de Apure. Lo sigue el Cazadores Británico y la caballería.

Enfrentados los ejércitos, al llegar a la planicie recibe una lluvia de fuego que detiene y desorganiza al Bravos de Apure, debiendo refugiarse sin poder avanzar. Interviene el Batallón Cazadores Británico, que sin dar paso atrás, sostiene la posición mientras su comandante, el valeroso coronel Tomás Farriar ordena y repite insistente: "Firmes muchachos, firmes". Con su muerte, la consigna se ahoga en sus labios para ser repetida



por su segundo el mayor Davy, y a su vez por un tercero, el capitán Scot, un cuarto y otro más en la línea de mando, quienes al caer eran sucesivamente reemplazados. A órdenes del capitán Minchín, el Cazadores Británico, a la par con el ya reorganizado Bravos de Apure, y dos compañías de tiradores en apoyo, en poderosa carga a la bayoneta, trepan la colina y desalojan a su oponente los batallones 2° de Burgos, Hostalrich y el Infante, para resistir luego el contraataque, hasta recibir el apoyo de la guardia de honor de Páez.

Del Cazadores Británico, 17 oficiales muertos y cerca del 50 por ciento entre muertos y heridos del personal subalterno fue el precio del tributo al valor. También acá la Legión inmortalizó su nombre. Fue el sacrificio de héroes desconocidos, para apuntalar la libertad de una nueva patria. Quebrantada la línea enemiga, ceden las unidades cercanas, mientras las unidades

expedición integrada por cerca de 600 hombres, que partiendo del puerto de Buenaventura se desplazó vía marítima hasta la ciudad de Guayaquil, con miras a adelantar las operaciones para la liberación de estas provincias.

En el contingente y a órdenes de Sucre para las operaciones subsiguientes desde Guayaquil, militó el Batallón Albión, a órdenes de su comandante el coronel John Mackinstosh, siendo sus cuadros todos ingleses y su tropa reforzada por granadinos de las provincias del Socorro, Tunja, Bogotá y Cauca. Para conformar sus fuerzas, Sucre recibió el apoyo de una división peruana a órdenes del general Andrés de Santa Cruz y del Batallón Alto Magdalena, proveniente de Panamá, a órdenes de los coroneles Hermógenes Maza y José María Córdova. Sucre organizó el Ejército Unido, con base en una división colombiana y una peruana y abrió

La Legión Británica rubricó una página y grabó su nombre en la gesta emancipadora de la América hispana. Invaluables desde todo punto de vista, deben considerarse los grandes servicios prestados a la causa republicana en la lucha por la independencia. Su presencia como grupo integrante de las huestes patriotas, fue indudablemente factor de consolidación y de formación como fuerza militar para las agrupaciones criollas que aventajadamente recibieron las enseñanzas de las técnicas y doctrinas militares y la experiencia de avezados soldados, curtidos en las contiendas Napoleónicas.

patriotas redoblan sus esfuerzos, logrando al final la desbandada enemiga. Aquel 24 de junio de 1821 quedó sellada la libertad de Venezuela en la memorable Batalla de Carabobo.

La Campaña de Quito

En el año de 1821, Bolívar designó al general Sucre para dirigir las acciones en el sur, en reemplazo del general Valdez; simultáneamente, la ciudad de Guayaquil declaró su independencia y creó así una situación diferente para toda el área, abriendo un nuevo panorama para el enfoque de las operaciones, y constituyéndose en una base para impulsar la independencia de la provincia de Quito. Con este objetivo estratégico, Bolívar ordenó al general Sucre y éste llevó a cabo una

operaciones desde Guayaquil, en proyección Saraguro, Cuenca, Río-Bamba Ambato y Quito.

En sucesivos movimientos dilatorios y de repliegue estratégico, las tropas realistas comandadas por el coronel Tolrá y por el capitán general Melchor Aymenrich condujeron su maniobra hasta las faldas del Pichincha, en las goteras de Quito. Dispuestas las tropas para la batalla, es ahora la imponente cumbre del Pichincha el escenario grandioso que será testigo de la independencia de una nación. El Batallón Albión ubicado en la retaguardia del dispositivo patriota, presta protección a la unidad de parques y a la artillería, y suministra todo su apoyo para permitir el reabastecimiento de municiones de las unidades empeñadas en primera línea.

En el momento oportuno, enfrentando la maniobra de las compañías de avanzada del Batallón Aragón, el Albión apoyó con una poderosa carga logrando repeler, desorganizar y perseguir al enemigo, hasta regularizar el combate y dar campo a la infantería del Batallón Alto Magdalena para que a órdenes de Córdova, en embestida violenta, arrasara la línea principal del adversario.

Consolidada la victoria de Pichincha y aceptada la honrosa capitulación del capitán general Aymerich, se logró en esta forma la independencia total de la provincia de Quito. Sus consecuencias inmediatas repercutieron sobre la provincia de Pasto, donde el jefe realista, general Basilio García al conocer los resultados de las operaciones en el sur, se decidió por fin a aceptar igualmente deponer las armas y entregar aquel bastión irreductible a las fuerzas patriotas, aceptando en esta forma la generosa capitulación ofrecida por Bolívar. La marcha triunfal de Boyacá y Carabobo se extendió al Pichincha y con ella quedó consolidada la independencia de la Gran Colombia.

Batalla de Pichincha



El regreso

Destruídas las fuerzas españolas en la Batalla de Pichincha y liberada la provincia de Quito, la Legión Británica que bajo la denominación de Batallón Albión fue actor preponderante en el desarrollo de la Campaña del Sur, diezmados sus efectivos y cumplida hasta este punto su misión, pidió dar por terminada su militancia en la lucha por la independencia de las colonias españolas en América y el retorno de sus efectivos a sus lugares de origen. Aceptada la petición, el Batallón Albión embarcó e inició viaje de regreso desde el puerto de Guayaquil hacia Bogotá, donde le serían arreglados todos sus asuntos pendientes con el pago final de sus haberes. No ya como unidad, sino a título personal, se mantuvo la presencia en la subsiguiente campaña del Perú de algunos ex legionarios que decidieron continuar por cuenta propia.

Estos permanecieron ubicados en los estados mayores o en los cuadros de algunas unidades, donde pudieron escuchar las salvas de fusilería y los clarines de la victoria de Ayacucho, anunciando el fin del dominio español en las Américas.

Entre estos últimos que coronaron su militancia en Ayacucho podemos recordar entre los más reconocidos a los siguientes:

Personal extranjero que combatió en Ayacucho:

- Coronel Francis O'Connor: antiguo jefe de los 160 lanceros irlandeses. Acompañó a Montilla en Riohacha y en la campaña de la costa norte neogranadina. Fue jefe de estado mayor del general Sucre.
- Coronel Arthur Sandes: comandante del Batallón Rifles. Inició con Bolívar la campaña de la Nueva Granada con este cargo. Combatió en el Pantano de Vargas, el Puente de Boyacá, la campaña de la costa norte neogranadina, la campaña del sur en Pichincha, Junín, Matará, Ayacucho. Herido dos veces en el Pantano de Vargas, recostado en su caballo muerto no quiso abandonar el campo de combate.
- Coronel Daniel Florencio O'Leary: irlandés, combatió en la campaña de la Nueva Granada. Edecán del general Anzoátegui. Herido en el Pantano de Vargas. Edecán de Bolívar. Participó en la campaña del sur como comandante del Batallón Cedeño. Historiador.

- General Tomás Manby: combatió en la campaña de Nueva Granada y la campaña del sur.
- Teniente Coronel William Férgusson: combatió en el Batallón Rifles. Prisionero en el Apure. Como miembro de la legión irlandesa hace con Montilla la campaña de Riohacha–Santa Marta–Cartagena. Herido dos veces. Campaña de Pasto con Sucre. Combate en Bomboná, Junín y Ayacucho. Muere defendiendo a Bolívar en el atentado del 25 de septiembre de 1828.
- Capitán Milles Hallows, posteriormente general, combatió en el Pantano de Vargas, Puente de Boyacá, Carabobo, campaña del sur, Junín, Matará y Ayacucho.
- Coronel Juan Uslar: comandante del contingente integrado por 300 alemanes (hannoverianos). Comandante de los batallones Granaderos y Vencedor.
- Doctor Blair (cirujano del Batallón Rifles): Estos, entre otros, sin nombrar muchos más.

Apoyos extranjeros complementarios:

Sin pertenecer específicamente a la Legión Británica, pero sí por haber brindado su apoyo y participación en algunos aspectos a la gesta libertadora, debemos mencionar sus nombres y rendir un tributo, entre otros a los siguientes:

Batallas de la Independencia Americana.



- General Manuel Roergraz De Serriez: francés, veterano de los ejércitos de Francia, Inglaterra y Rusia. Ingresó al ejército patriota en Santa Marta; Participó en operaciones en el Valle, Popayán y en el ejército del general Nariño. Condujo los restos del ejército patriota a los Llanos orientales y con Santander consolidó la vanguardia del Ejército Libertador.
- Presidente Alejandro Petion De Haiti: suministró apoyo logístico a Bolívar para las campañas sobre Venezuela.
- Almirante Luis Brion: natural de Curazao, proporcionó transporte marítimo y recursos para operaciones navales, participó en movimientos y acciones de combate.
- Lord Thomas Alexander Cochrane: almirante inglés, apoyó operaciones a lo largo de la costa del Pacífico.

Además del apoyo material, fue también una contribución básica a la causa de la independencia, el poderoso huracán de las ideas revolucionarias que surgieron de la esencia misma de las corrientes filosóficas, fruto del pensamiento de los enciclopedistas, cuyo impulso quebró los dogmas, se manifestó de lleno en la Revolución Francesa y a su vez inspiró los ideales libertarios en las colonias de ultramar. Fueron también alicientes el ejemplo independentista de las colonias angloparlantes de Norteamérica, así como la inestable situación producto de la guerra en España contra el invasor francés.

Conclusiones

La Legión Británica rubricó una página y grabó su nombre en la gesta emancipadora de la América hispana. Invaluables desde todo punto de vista, deben considerarse los grandes servicios prestados a la causa republicana en la lucha por la independencia. Su presencia como grupo integrante de las huestes patriotas, fue indudablemente factor de consolidación y de formación como fuerza militar para las agrupaciones criollas que aventajadamente recibieron las enseñanzas de las técnicas y doctrinas militares y la experiencia de avezados soldados, curtidos en las contiendas Napoleónicas.

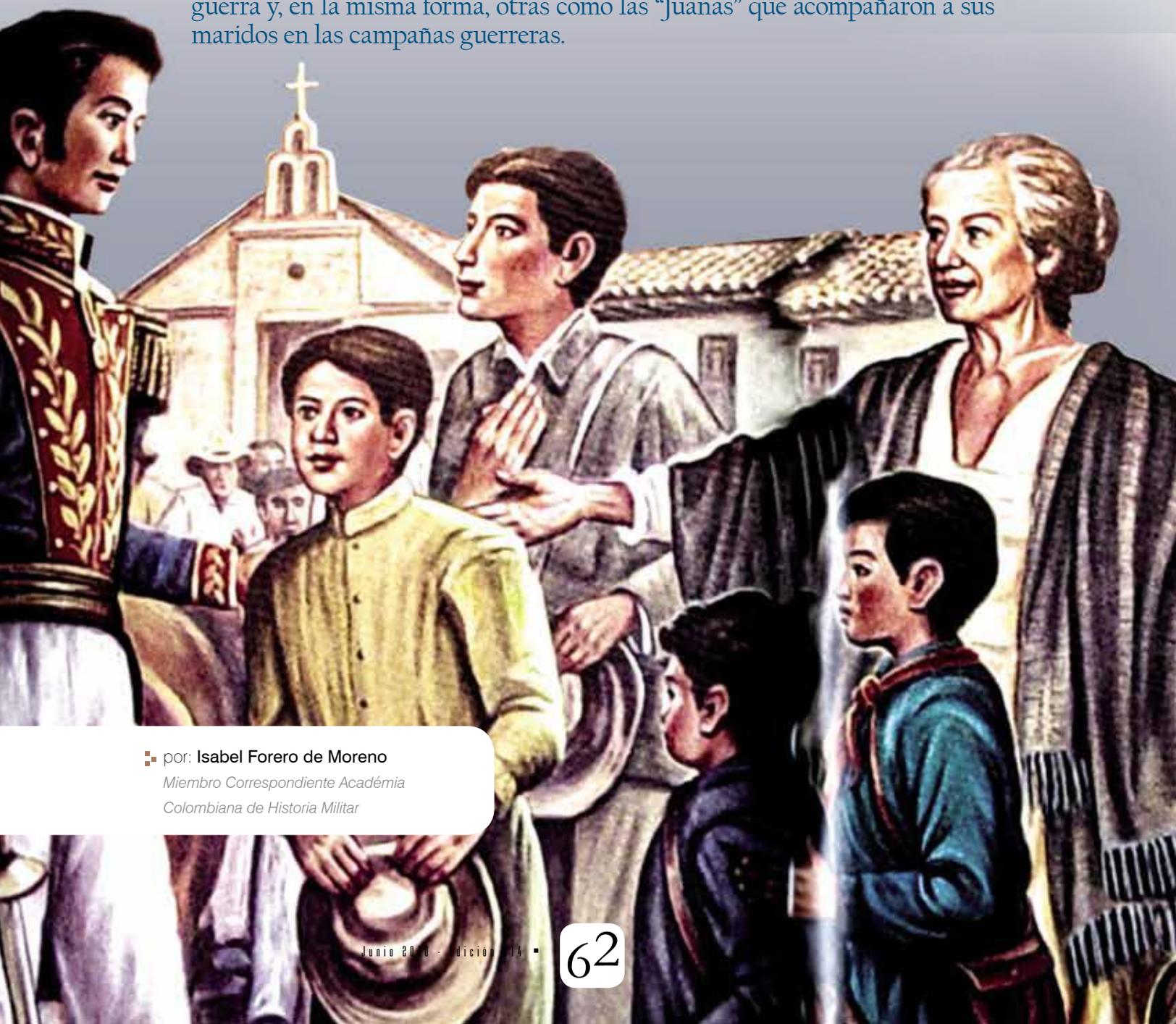
No fue sólo el esforzado trajinar de sus soldados, ni los incontables episodios de fatigas, angustias, desesperación o dolor, o la sangre generosa derramada en la contienda: fue también la convicción, el valor y la entrega con la que cientos de hombres sacrificaron sus vidas y dieron perfil al nuevo mundo. Por tanto, nunca podrá omitirse el reconocimiento de la contribución decidida que se recibió de la nación inglesa, y la memoria de los esfuerzos y el sacrificio de sus guerreros, perdurarán por siempre en los anales de nuestra historia.

Incluye esta afirmación, dentro del mismo concepto, al único contingente de 300 alemanes, que contratado al unísono, procedentes de la región de Hannover, embarcó en Bruselas a órdenes del coronel Juan Uslar.

No siempre fue afortunado el devenir de los acontecimientos que marcaron el paso de la legión en la gesta emancipadora, y múltiples tropiezos por las mismas circunstancias desconocidas del momento deslucieron la grandeza del empeño, pero adelantadas las operaciones, la entereza de sus hombres, el valor de sus proezas, y el sacrificio de sus héroes, coronaron de gloria sus acciones y marcaron imborrables las huellas de su paso. Llor y gloria perennes a la Legión Británica. 🇬🇧

Participación de la

Las mujeres tuvieron un papel muy importante durante la Independencia de Colombia. Ellas participaron en las tertulias literarias, intervinieron en la sedición contra el gobierno español, colaboraron con el Ejército Libertador como correo, espías y divulgadoras de las ideas; entregaron a sus hijos para la guerra y, en la misma forma, otras como las “Juanas” que acompañaron a sus maridos en las campañas guerreras.



✦ por: **Isabel Forero de Moreno**
*Miembro Correspondiente Academia
Colombiana de Historia Militar*

mujer en la guerra de Independencia

Circunscribiéndonos a la historia de la Independencia de Colombia, cronológicamente, “la partida de nacimiento del patriotismo en nuestra República data de 1780. Desde entonces, la atmósfera del país fue la atmósfera de la revolución”, por el estado de presión y de injusticias sociales por parte de los iberos que se hallaban en la Nueva Granada. La situación era de lucha entre el fuerte y el débil. Fue entonces, cuando vinieron los motines y alzamientos que hicieron estremecer al país. La primera chispa de alzamiento ocurrió en Mogotes, el 29 de octubre de 1780, y éste fue el punto de partida de la Revolución de los Comuneros. Luego, el 16 de marzo de 1781 con Berbeo y José Antonio Galán a la cabeza, en el Socorro; siguieron en Antioquia, Sopetrán, San Jerónimo, Guarne, la Mosca, Minas, las Petacas y otras provincias, todo lo cual preparó un ambiente revolucionario e hizo más viable la pavorosa guerra de la Independencia.

Cuando se leen los relatos sobre los acontecimientos ocurridos aquel viernes 20 de julio de 1810 en la capital del Nuevo Reino de Granada, generalmente se recuerda como protagonistas a los varones. Se dice que Antonio y Francisco Morales fueron a pedirle el florero a Llorente y prendieron la trifulca. Que José María Carbonell avivó los ánimos entre los santafereños; recorrió los barrios de la capital neogranadina en plan de convocatoria para que las gentes se sumaran al motín.

También se da cuenta del arriesgado acto de José Acevedo y Gómez, quien cuando anochecía, les gritó a los concurrentes, en el Cabildo Abierto: “Si perdéis estos momentos de efervescencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes: ved (mientras señalaba la cárcel) los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan”.



También, refiere el historiador Pedro María Ibáñez, los estudiantes de San Bartolomé abandonaron las aulas para unirse al tumulto popular: “Uno de ellos, Francisco de Paula Santander, escribió luego: ‘Presté el día 20 de julio y siguientes aquella cooperación que cabía en mi edad de diez y ocho años, y como estudiante’. Igualmente, casi todos los libros de historia que hacen referencia a este acontecimiento patrio notifican sobre los 53 patriotas que firmaron el Acta de Independencia en la madrugada del 21 de julio.

¿Y las mujeres qué papel tuvieron en este magno acontecimiento? Precisamente, el historiador citado hace esta relación: “Las señoras Eusebia Caicedo, Carmen Rodríguez, Josefa Lizalde, Andrea Ricaurte, María Acuña, Joaquina Olaya, Melchora Nieto, Juana Robledo, Gabriela Barriga, Josefa Baraya, Petronila Lozano, Josefa Ballén y Petronila Navas fueron los capitanes de la insurrección mujeril”.

Y asegura que en las variadas escenas del 20 de julio, “que tuvieron por teatro las plazas y calles de la ciudad, matronas y señoritas, despreciando prerrogativas de vanidad social, fomentaron el alzamiento contra el gobierno español”.

“El 20 de julio de 1810, dos voces de mujeres vitoreaban a la patria, en la plaza mayor de Bogotá, en altas horas de la noche, cuando la fatiga había rendido ya a los hombres, que se habían alejado momentáneamente de aquel lugar glorioso. Una de esas dos mujeres es la que hemos llevado hoy al sepulcro: la otra era la madre de Rafael Eliseo Santander. El esposo de la primera las encontró exhalando así su impetuoso amor patrio”.

De la misma manera, en un relato publicado en El Mosaico, el 16 de mayo de 1860, se relata lo siguiente: “El 20 de julio de 1810, dos voces de mujeres vitoreaban a la patria, en la plaza mayor de Bogotá, en altas horas de la noche, cuando la fatiga había rendido ya a los hombres, que se habían alejado momentáneamente de aquel lugar glorioso. Una de esas dos mujeres es la que hemos llevado hoy al sepulcro: la otra era la madre de Rafael Eliseo Santander. El esposo de la primera las encontró exhalando así su impetuoso amor patrio”.

En definitiva, la participación de la mujer durante el Grito de Independencia no fue menor. Referencias históricas dan cuenta que representantes de toda clase y condición, “viejas y jóvenes, amenazaban a los soldados aquel día”.

El testimonio de Ibáñez es evidente: “Las mujeres de la plebe, llamadas entre nosotros revendedoras, y en la Madre Patria, verduleras, fueron las que se manifestaron con más encarnizamiento contra los nativos de España”. Y en otro aparte agrega: “Las monjas, en el tranquilo retiro de sus monasterios, dejaron las celdas, y agrupadas y temblorosas, oyendo el rugido de los tumultos populares, dirigían sus miradas húmedas hacia el altar y todas, en sencillo pero imponente concierto, rogaban a la Divinidad porque sus padres y hermanos alcanzaran éxito feliz”¹.

Las mujeres tuvieron un papel muy importante durante la Independencia de Colombia. Ellas participaron en las tertulias literarias, intervinieron en la sedición contra el gobierno español, colaboraron con el Ejército Libertador como correo, espías y divulgadoras de las ideas; entregaron a sus hijos para la guerra en el Ejército Patriota y, en la misma forma, otras como las “Juanas” que acompañaron a sus maridos en las campañas guerreras.

Manuela Beltrán

Nació en el Socorro. El motín que dirigió el 16 de marzo de 1781 contra los impuestos dictados por el visitador regente Gutiérrez de Piñeres, dio origen a la Revolución de los Comuneros que antecedió a la lucha por la Independencia. Relata la historia que en la provincia del Socorro “una mujer fue la primera en tierra colombiana que se atrevió a romper aquel símbolo de la dominación española en América”.

Ella era Manuela Beltrán, quien frente a los amotinados, en la plaza principal de dicha provincia, hizo pedazos el arancel de contribuciones, animando el pueblo a la revolución con sus gritos de indignación: “Viva el rey y muera el mal gobierno”.

En el occidente de Antioquia, Dorotea de Lastra, quien en compañía de 800 amotinados en San Jerónimo y Sopetrán, hizo desistir al gobernador Lorenzana de sus intentos y órdenes para fundar estancos y gra-

var con impuestos el tabaco y el anís. Además, en el oriente de Antioquia, Juana García, en las minas de las Petacas, dio libertad a sus esclavos encabezados por Pedro García.

El Batallón de ASPC No. 10 en Tolemaida, lleva el nombre de Manuela Beltrán. La planta de carpintería del Batallón de Intendencia No.1 “Las Juanas” fue llamada Manuela Beltrán.

El 20 de julio de 1810, una mujer cuyo nombre ignoramos, reunió a muchas de su sexo, y con su presencia tomó la mano de su hijo, le dio la bendición y le dijo: “Ve a morir con los hombres; nosotras las mujeres (volviéndose a las que la rodeaban) marcharemos adelante; presentaremos nuestros pechos al cañón; que la metralla descargue sobre nosotras, y los hombres que nos sigan y a quienes hemos salvado de la primera descarga, pasen sobre nuestros cadáveres, se apoderen de la artillería y libren la Patria”.

Policarpa Salavarría.



Mercedes Ábrego.



Antonia Santos.



Manuela Beltrán.



Juzgado Parroquial.

En la alborada del siglo XIX, enardecía la guerra en Quito, Caracas y Nueva Granada, con la participación femenina, el ciclón envolvente de revolución atrapó a las mujeres de la Gran Colombia y fueron ellas “quienes a ejemplo de las espartanas, al pie del cañón estaban dispuestas a lanzar la horda mortal sobre los ejércitos enemigos”.

Más un río extenso y caudaloso de mujeres en compañía de sus esposos y soldados se desbordó desde Venezuela hasta la Nueva Granada. Todas vestidas de hombre, a hurtadillas, para tomar parte en los combates de la Campaña Libertadora, lucharon en Gámeza, Pantano de Vargas y Boyacá, odisea, que coronaron con gloria en la batalla emancipadora.

Antonia Santos

Nació el 10 de abril de 1782 en Pinchote, provincia del Socorro, Santander, región azotada por la pacificación de Pablo Morillo. Se formó en un ambiente de rebeldía y descontento por las arbitrariedades de la corona contra su pueblo. Además, su familia se vinculó fervorosamente a la lucha a favor de la emancipación del Nuevo Reino de Granada.

Por esa época se conformaron las guerrillas patriotas en la Nueva Granada para luchar contra los españoles realistas, las que combatieron el régimen del terror y

apoyaron al ejército de Bolívar en la Campaña Libertadora de 1819.

Antonia crea la guerrilla de Coromoro, sostenida con sus propios recursos económicos, el centro de operaciones era su hacienda “El hatillo” en Cincelada. Esta guerrilla fue conocida también como la de Santos, la primera que se organizó en la provincia del Socorro para luchar contra el invasor español; la más disciplinada y la más brava durante los tres años de la reconquista.

El Batallón de ASPC No. 7 en Villavicencio, lleva el nombre de Manuela Beltrán. La planta de zapatería del Batallón de Intendencia No.1 “Las Juanas” fue llamada Antonia Santos.

Mercedes Ábrego

Desde la iniciación de la guerra de Independencia, Mercedes Ábrego manifestó su entusiasmo y apoyo a los patriotas. Tuvo un fervoroso aprecio por el Libertador Simón Bolívar, a quien conoció en las campañas militares de Cúcuta, antecesoras de la Campaña Admirable de 1813 y 1814. Su simpatía por la causa patriótica la llevó a colaborar con los ejércitos republicanos que lucharon en el valle de Cúcuta y lugares vecinos contra las tropas españolas de Ramón Correa y Bartolomé Lizón. Cuando Bolívar se encontraba organizando los ejércitos para la llamada Campaña Ad-

Simona Duque de Aizate.



Magdalena Ortega y Mesa de Nariño



mirable de 1813, Mercedes Ábrego le obsequió una casaca bordada en oro y lentejuelas, hecha por ella misma, en señal de la simpatía y admiración que sentía por el Libertador.

Ella manifestó con decisión su apoyo a la causa patriótica, y con sus contactos secretos mantenía informadas a las tropas del general Francisco de Paula Santander sobre los movimientos del ejército realista. Precisamente, gracias a sus informes secretos, Santander obtuvo los triunfos militares de San Faustino y Capacho, contra las tropas de Matute y Cañas. Cuando el Ejército Patriota buscaba alcanzar el triunfo en el llano de Carrillo, contra los realistas comandados por el capitán Bartolomé Lizón, éste detuvo a una mujer espía que llevaba avisos e indicaciones para los patriotas combatientes y supo que esa mujer era enviada directamente por doña Mercedes Ábrego de Reyes. Las tropas de Santander fueron derrotadas en forma definitiva por los realistas en el llano de Carrillo, y cuando el capitán Bartolomé Lizón ocupó a Cúcuta, después de su triunfo, mandó buscar a Mercedes Ábrego, acusada de conspiradora y ayudante de las guerrillas patriotas. Ella fue aprehendida en una casa de campo y llevada a la cárcel para ser ajusticiada. Recibió los correspondientes oficios religiosos en la capilla, y dos de sus hijos presenciaron su muerte el 13 de octubre de 1813. Su sacrificio en defensa de los ideales repu-

blicanos influyó en muchas mujeres granadinas, heroínas que fueron decisivas para el triunfo de la libertad².

El Batallón de ASPC No. 5 en Bucaramanga, lleva el nombre de Mercedes Ábrego. La planta de carpintería del Batallón de Intendencia No.1 "Las Juanas" fue llamada Mercedes Ábrego.

Policarpa Salavarrieta

Esta egregia prócer de la Patria nació en la población de Guaduas (Cundinamarca), según unos, y en Mariquita, según otros. El cronista Caballero nos refiere que Policarpa Salavarrieta era muchacha muy desperdada, arrogante y de bellos procederes, y sobre todo muy patriota; buena moza, bien parecida y de buenas prendas.

El Consejo de Guerra fue reunido en casa de Carlos Tolrá, el 10. de noviembre. Ella se defendió valerosamente sin delatar a sus compañeros, dando con esto ejemplo de valor y de nobleza, porque si los hubiese delatado, esto le habría bastado para salvar su vida.

En medio de una escolta del Batallón Numancia que le hizo guardia a tan ilustre víctima. Al llegar se dirigió al pueblo en forma arrogante y dijo estas palabras: "¡Pueblo indolente! Cuán diversa sería vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más. ¡Y no olvidéis este ejemplo!"



Murió fusilada 'la Pola', como cariñosamente se le llamaba, a la edad de 22 años. Colombia admira las virtudes y el patriotismo de la hija de Guaduas; con su valeroso ejemplo estimuló muchas mujeres más, para que ellas entraran al augusto combate en defensa de la libertad. Mientras exista la justicia en la historia, mientras halla gratitud en los colombianos, será siempre Policarpa Salavarrieta una de las heroínas más sublimes en la magna y gigantesca obra emancipadora de la Nueva Granada.

Se dice, que fue la primera mujer en Colombia, en pertenecer al Cuerpo de Inteligencia.

El Batallón de ASPC No. 3 en Cali, lleva el nombre de Policarpa Salavarrieta.

El Batallón de ASPC No. 27 lleva el nombre de "Simona Duque de Alzate".

Magdalena Ortega y Mesa de Nariño

Santafereña. La esposa del Precursor Antonio Nariño, vivió en carne propia la pasión libertaria de Nariño y soportó los vejámenes a que los esbirros del rey sometieron a su marido.

Cuando Nariño salió para España a cumplir su primera prisión, doña Magdalena vendió los sillones de su casa para poder pagar los gastos de viaje del prócer. Para los gastos de la segunda, ella venderá unas botas inglesas que le habían sido dadas en consignación.

“¡Pueblo indolente! Cuán diversa sería vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más. ¡Y no olvidéis este ejemplo!”

Simona Duque de Alzate

Esta admirable mujer fue una heroína, una mujer ilustre, una mujer sencilla, fue, ¡una mujer prócer!

Nació en Marinilla, ciudad situada al oriente de Antioquia. La historia la consagra con el nombre apropiado de la Cornelia Colombiana: la Cornelia Oriental, porque se sacrificó por la salud de la Patria y le entregó el único tesoro que poseía; sus cinco hijos llenos de juventud y entusiasmo patriótico.

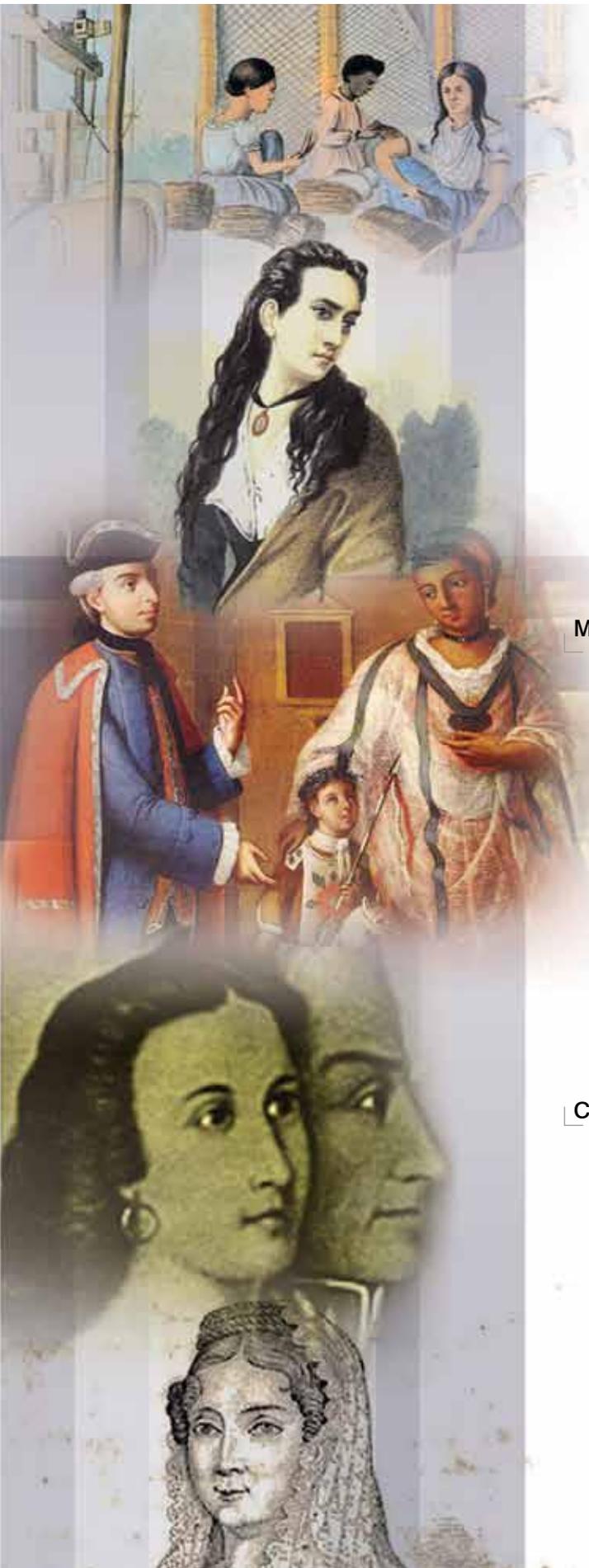
Este hecho ocurrió después de la Batalla de Boyacá, cuando el general José María Córdova llegó a la Provincia de Antioquia, enviado por el Libertador, para desalojar a los españoles que se encontraban apoderados de ella.

Sobre la historia de esta heroína, unida a la de su esposo, se pueden narrar conmovedoras escenas y las más brillantes páginas llenas de elogios alcanzados por su amor a la causa de la Independencia y su martirio.

Tema digno de prolongadas vigiliias, fecundo, de indescriptibles amarguras, que merecen una gratitud casi divina y que encarna trascendencias de eternidad. Además, como matrona y compañera del héroe fue doña Magdalena, un numen tutelar del precursor Antonio Nariño.

Manuelita Sáenz

Qué mejor que al apasionante recuerdo de la "Amable Loca" de Bolívar se pudiera rendir homenaje de sinceridad y de franqueza, por lo



que ella llegare a significarle como refugio a su corazón atormentado, cuando en las puertas del ocaso, sintiera el peso de la ingratitud y el desencanto que le exigía el precio de la gloria.

Parece que en la imponente sala de esa quinta inmediata del padre, donde palpita la grandeza del héroe, se escuchara de nuevo su lamentación desgarradora en vísperas de dejar Colombia: "¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ... ¿Por qué me la arrebatan?"

En esos jardines en donde aún se perciben sus aromas, Bolívar vivió con intensidad y con profunda amargura el último episodio de su vida de amante apasionado.

Por ello y por muchas otras razones más, aquí se pronuncia su nombre con admiración y gratitud y se exaltan en ella todas las amantes que por el amor a sus hombres, compartieron sus sacrificios y sus glorias, ¡para que la patria pudiera ver el sol de la libertad!

La planta de sastrería del Batallón de Intendencia No.1 "Las Juanas" fue llamada Manuelita Sáenz.

María Josefa Díaz de Girardot

Como detrás de la formación de cada prócer está una madre, se hará una breve semblanza de esta excelsa heroína antioqueña. Esposa de don Luis Girardot, egregio patriota asesinado poco después de haber sido también asesinado el general Serviez. Era el padre de Atanasio Girardot, héroe triunfador, sacrificado en el Bárbula. Discuten su cuna San Jerónimo, Titiribí y Medellín, en donde fue bautizado, el día 9 de mayo de 1791. Murió en la cumbre del Bárbula, en donde implantó el pabellón tricolor en las posiciones enemigas, al tiempo que una bala en la frente le quitó su preciosa vida el 30 de septiembre de 1813, penetrando así gloriosamente a la inmortalidad. El corazón de este héroe antioqueño, fulminado a los 22 años de edad, fue llevado en procesión por el ejército hasta Caracas.

Clemencia Lozano de Peralta de Ricaurte

Esta dama de alta distinción y miembro de la sociedad más rica en Santafé, en ese entonces, acostumbrada a la delicadeza y refinamientos de una vida tranquila, sin idea de sufrimientos, privaciones e incomodidades, tuvo que comprometer todos sus bienes en apoyo de su esposo, don Juan Esteban Ricaurte, para el afianzamiento de empleado de manejo y de rendimiento del Real Erario, lo que revela su carácter de abnegación y sacrificio, como honra de la familia colombiana. En la Villa de Leiva, que hoy pertenece al departamento de Boyacá, vivían los señores Juan Esteban Ricaurte y María Clemencia Lozano, cuando ésta dio a luz a su hijo Antonio Ricaurte y

Lozano. Nacido el día 13 de junio de 1786 y uno de los más gloriosos héroes sacrificados por la patria, conocido con el nombre de 'El héroe inmortal de San Mateo', sacrificado por Boves en el cuartel general de este nombre.

Y cómo dejar de mencionar entre estas a las "heroínas madres" a doña María Antonia Agudelo de Olaya, a quien la crueldad inaudita del déspota la hace presenciar la muerte de su hijo Julián, que prefiere sucumbir antes que delatar a su padre. Es allí en la plaza de La Mesa, sujeta a una barra de grillos, donde ve desplomarse el cuerpo de su hijo, sintiendo el desgarrar de su entraña.

Al igual que las madres, otras mujeres y niñas vivieron la amargura de mirar caer en el caldoso a sus hermanos y a sus padres o de saber que nunca regresaron de los campos de batalla. En Luisa, Andrea, Teresa y Manuela Torres, se rinde homenaje a las hermanas que, al igual que ellas, vivieron el martirio de quienes compartieran el seno de su madre y sus entrañas ante el suplicio de su hermano Camilo, paradigma egregio de los valores humanos y de los esfuerzos de libertad y cuyo verbo aún sigue resonando con su acento viril al increpar la actitud despótica de España.

El 20 de julio de 1810, una mujer cuyo nombre ignoramos, reunió a muchas de su sexo, y con su presencia tomó la mano de su hijo, le dio la bendición y le dijo: "Ve a morir con los hombres; nosotras las mujeres (volviéndose a las que la rodeaban) marcharemos adelante; presentaremos nuestros pechos al cañón; que la metralla descargue sobre nosotras, y los hombres que nos sigan y a quienes hemos salvado de la primera descarga, pasen sobre nuestros cadáveres, se apoderen de la artillería y libren la Patria".

Y como hijas, se debe enaltecer el recuerdo de Carlota, Ana María y Juliana, que a pesar de sus cortos años sintieron el vacío de su padre el coronel y sabio Francisco José de Caldas, cuando marchó hacia la gloria y hacia la eternidad, tras el umbral de su martirio, con su larga y negra partida.

Pascuala Muñoz y Castrillón de Córdova

Un verdadero emporio prócero fue el hogar de doña Pascuala: Salvador y José María, el futuro "Mártir de El Santuario", el "Héroe de Ayacucho", cuya obra guerrera fue literalmente valorada

como una eterna luminaria al servicio de la Patria. José María Córdova, nacido en Concepción (Antioquia), el día 8 de septiembre de 1799³, su familia se trasladó a Rionegro, en 1805, en busca de educación adecuada para sus hijos, años más tarde ingresó a la Academia de Ingenieros Militares, bajo la dirección de verdaderos próceres y sabios de la talla de Caldas, José Manuel Restrepo, Juan del Corral, Francisco Antonio Ulloa y Dionisio Tejada, los que encaminaron y modelaron al futuro héroe, quien más tarde fue gloria de América.

Doña Pascuala Muñoz y Castrillón de Córdova fue "quien supo poner en el corazón de los futuros héroes la semilla de un patriotismo que tan buena cosecha de laureles debía rendir a la Patria". Esta madre mártir se tornó tremendamente fuerte cuando surgieron en ella con todo vigor los ideales de la patria, y por ello pasó a la posteridad con el laurel de gloria de nuestras heroínas⁴.

Sobresalen, así mismo, los nombres de Mercedes Córdova de Jaramillo Díaz (hermana del Héroe de Ayacucho); Rosalía Suárez, María Cadavid de Botero. María Manuela Pastor de

Gómez, Gertrudis Pastor y Tabares de Ortiz Argota, Marcelina Echeverri y Escalante de Bravo y Bernal, Juliana Rojas de Berrío, Julia Obregón de Márquez, Enriqueta Vásquez de Ospina Rodríguez, María Luisa Uribe Uribe y Echeverri de Uribe, María Martínez de Nisser, la “dama soldado”, como se le conoció durante la Guerra de Los Supremos, quien se unió a la tropa que comandaba el mayor Braulio Henao, el cual buscaba mantener el gobierno legítimo. Ella misma se cose la camisa de soldado, se corta el pelo y toma un caballo para unirse a la tropa. Aunque la causa que ella arguye para justificar su decisión es el amor a su esposo, preso por los rebeldes, su diario revela a una mujer con ideas políticas propias y muy definidas, que luchaba más por causas patrióticas que amorosas.

Sin embargo, nada se sabe de aquellas combatientes que participaron en la Batalla de Boyacá. Los registros prueban el hecho que numerosas mujeres pelearon en la Batalla de Boyacá en 1819. Evangelista Tamayo, nativa de Tunja, luchó en Boyacá bajo el mando de Simón Bolívar y murió el 2 de julio de 1821, en San Luis de Coro. Tenía rango de capitán. Teresa Cornejo y Manuela Tinoco, ambas de San Carlos (Venezuela), junto con Rosa Canelones de Arauca, se vistieron de hombres y tomaron parte en las campañas de 1819 en Venezuela y la Nueva Granada.

Al lado de estas heroínas y madres meritísimas viene una legión casi completamente ignorada y las que solamente en estos tiempos los investigadores de historia, en los archivos, han podido salvar sus nombres del olvido.

“No es que estemos inventando próceres”, como lo expresó el erudito historiador don Oswaldo Díaz, sino que “hay próceres sepultados que esperan entre el polvo de los archivos a que alguien, siguiendo las enseñanzas del Taumaturgo Divino, los llame de la vida diciéndoles: “Sal fuera, levántate y anda”.

Finalmente, se quiere transcribir unas frases tomadas de la “Separata del Boletín de Historia y Antigüedades” Números, 645, 46 y 47 y presentadas en forma elocuente, por el historiador Carlos Arturo Díaz. La lista de mujeres desterradas, confinadas y prisioneras es interminable, pero al lado de estas, que formaban y pertenecían a la alta sociedad, están también aquellas modestas, humildes, desvalidas, pero heroicas, abnegadas y sufridas; fueron las mujeres del pueblo, las campesinas ignorantes, las que acompañaron los ejércitos libertadores desde las playas ardientes del Orinoco, sobre el espinazo de los Andes americanos, hasta las cimas heladas del Potosí: fueron las esposas, las amantes, las amigas, las compañías del soldado y del oficial, siempre activas, siempre diligentes, siempre tiernas, siempre cariñosas, las que endulzaron sus penas y participaron sus triunfos y alegrías las que, en una época en que no existían los servicios de la economía y mantenimiento del ejército, tomaron a su cargo esta difícil tarea, recorrieron con sus pies cerca de cien mil kilómetros de viaje, prepararon alimentos, fueron a los campos de batalla, en los ratos en que el duro bregar podía dar lugar a la elación amorosa de una de ellas: Manuelita Sánchez.



Poblanas de la Colombia Colonial.

Las Juanas

Lo que la historiografía ha consignado con respecto a estas mujeres, solamente se reduce bajo el popular calificativo de las juanas, las cholos, o las rabonas, que por múltiples razones marcharon junto con las fuerzas de operación. Ellas fueron parte esencial de la estructura logística. Los motivos que las indujeron a su participación directa son variados y aunque van desde el afán de lucro, hasta los caprichos del amor y el apego a la aventura, han sido estas dos últimas las razones más destacadas y las que mayor número de mujeres arrastraron a los campos de batalla.

Un extranjero relata así una visita a unas tropas: Sus mujeres, sin las que morían de hambre porque el gobierno no las mantiene, esperaban acurrucadas la hora de comer. No era la primera

vez que venía a esas desgraciadas siguiendo, de lejos, retaguardias de miseria, al batallón en marcha de sus maridos o de sus amantes⁵.

Estas mujeres seguían a las tropas, cargadas con ollas y unas pocas vituallas y en los campamentos organizaban el rancho para los soldados. Esto muestra en mayor profundidad el drama de las guerras, que no sólo desarraigan a los jóvenes llevándolos a la milicia, sino también a sus mujeres que los acompañan⁶.

Don Ricardo Palma nos dejó una página admirable al relatar cómo la víspera de la Batalla de Ayacucho, sobre el mismo campo, bajo el mismo cielo y resplandor de los luceros

Las Juanas. Lo que la historiografía ha consignado con respecto a estas mujeres, solamente se reduce bajo el popular calificativo de las juanas, las cholos, o las rabonas, que por múltiples razones marcharon junto con las fuerzas de operación. Ellas fueron parte esencial de la estructura logística.



que habían de ser testigos al día siguiente del aniquilamiento del poder español en América, dio a luz a otro héroe, como precursor de la nueva generación, que venía al mundo bajo los felices augurios de las dianas de victoria, con que las cornetas patriotas celebraron en la tarde de ese día la carga arrolladora de Córdoba en el cerro de Cunduncunca; fueron las Cholas, las Juanas, que acompañaron permanentemente a los ejércitos que proveyeron a su subsistencia, y que todavía a principios de este siglo XX, formaban parte indispensable y principalísima del funcionamiento de los cuarteles.

Es curioso observar la extraordinaria fecundidad de nuestra patria que ofreció en los años 1816, 1817, 1818 y 1819 en martirios, en sacrificios, años tan pródigos en actos de heroísmo y abnegación y que produjeron una legión de hombres y mujeres que derramaron su sangre sin economizarla, en aras de la libertad, extendiéndola y consolidándola con nobles riesgos, en el suelo de la patria. Esas mujeres formaron la cuna, la sacrificada generación que ayudó a fundar esta nacionalidad y este nombre glorioso de Colombia. Esas mujeres se reconcentraron bajo el espíritu de las ideas del siglo, esparcidas por la Revolución Francesa, previeron su triunfo en las leyes y aseguraron la salvación del porvenir; nacieron predestinadas con un signo en la frente, que a veces fue glorioso y otras, trágico. Esas mujeres admirables, salidas de los elevados pensamientos de un amor engrandecido hasta lo sublime, adivinaron, sufrieron, adoraron y murieron por una idea.

Lo que hay verdaderamente grande en ellas es la maravillosa persistencia de una obra infinitamente arriesgada y difícil, el intrépido sentimiento que dominó el peligro, el sobreponerse a los obstáculos y al dominio del tiempo; fue su abnegada pero trágica conducta. Todas se distinguieron con ardor notabilísimo por su desinterés, haciendo de la patria una dulce amiga y teniendo como amante a la justicia eterna; embriagaron su corazón con el perfume de esa misma patria, con la libertad, con la dicha de la especie humana y las virtudes de los tiempos romanos y vivirán siempre imperecederas en la imaginación y en el alma, al calor de delicada inspiración; enérgicas y apasionadas, hicieron con su conducta que la teoría y la palabra se

transformaran en hechos, no sólo aceptaron el sacrificio sino que lo amaron; las manos que se levantaron airadas contra ellas, las encontraron vigorosas, con la sonrisa en los labios, sin quejarse de la muerte; el destino las hirió en lo que les era más querido y las halló más grandes; se desprendieron de sus inutilidades elegantes, que son la poesía de la mujer, y al sufrir el martirio, la persecución y la muerte, se hicieron inmortales y acreedoras de nuestro agradecimiento⁷.

El peso de los prejuicios y de los convencionalismos, no podría en ningún momento arredrar para callar la voz de admiración por aquellas mujeres que en gesto apasionado identificaron el amor al hombre que seguían por los caminos tortuosos de la gesta, con la pasión que en su espíritu y su sangre encendiera el ideal de la causa. Porque si bien es cierto que como sociedad organizada, se rinde homenaje a la virtud y a las tradicionales concepciones que inspiradas en sentimientos religiosos, son garantía de respeto, de dignidad, de pulcritud para bien y seguridad del hogar y por tanto, para esa suma múltiple de hogares que al final es sólo el resultado mismo de la patria, no se podría caer en la pueril ingenuidad de pensar que el amor, para ser grande, intenso y fructífero requiere ante todo de esa legislación contractual que a veces corre el riesgo de perder su espontaneidad y fervor, para convertirse en obligación rutinaria. La sinceridad y la intensidad de un afecto, que a menudo condenan las leyes de los hombres pueden encontrar acogida, por lo menos comprensión ante los ojos de Dios y justificación plena ante la misma conciencia de quienes se sienten confundidos en este intenso ardor que funde sus espíritus, amalgama sus corazones y atiza la llamarada de sus besos.

El Ejército de Colombia, de esa Colombia grande que acariciara la mente del genio y que resultamos pequeños para merecerla, no sólo fue invencible, sino vencedor y con sus hitos de Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho, consolidó la libertad del hemisferio y afianzó para siempre los destinos de América. Pero las mujeres de Colombia no sólo fueron grandes por haber ofrecido a sus hijos, sus esposos, sus hermanos o sus amantes a la causa; ellas mismas, lucharon en los escenarios de la tragedia, tanto en las avanzadas como en la retaguardia en donde los servicios logísticos, el rancho,

el recalce de las balas, la atención de los heridos, el afilar la punta de las lanzas, requirieron de continuo la acuciosa laboriosidad de sus manos, de su fortaleza física y moral, que muchas veces las llevó también a vestir atuendos masculinos para sumarse a los soldados en las cartas, como aquella “amable loca” de Bolívar, que en Ayacucho, sintiera sobre sí el estruendo de la fusilería, el grito de los hombres y viera el brillo de las bayonetas coronando de gloria el Cundurcunca, en el momento estelar en que la América sentó su condición de continente soberano.

¡En esas heroínas ignotas, se rinde homenaje emocionado a la Patria! El solo nombre de Colombia tiene resonancia de mujer y al pronunciarlo se aviva en el espíritu la imagen de la patria... Si en ese tricolor que concibiera la mente romántica de aquel general aventurero que sobre los escenarios de Europa supo de intrigas cortesanas y que fuera el precursor innegable de la epopeya de América, se encarna en su símil

de mujer, el símbolo de la República, se puede afirmar aún con mayor razón de todas las propias satisfacciones y anhelos, no sólo de soldados sino de hombres, giran alrededor de la mente y en el corazón en torno a una figura de mujer que en su multiplicidad de versiones y apariencias combina las realidades tangibles de sus formas, con la silueta imaginaria de esa deidad que deambula en los sueños.

Es la efigie ambicionada de la gloria que quizá no se logre alcanzar jamás, pero es también el recuerdo tierno

de la madre que tiene el sabor de la caricia y la emoción de la plegaria, es el amor de la compañera que Dios designó para “ser menos dura la tarea de ser hombre”, para encontrar en ella la razón de la vida y lograr en el hijo prolongarla, en el deseo de cumplir en él los anhelos insatisfechos o las aspiraciones frustradas y es ante todo esta clara concepción de la patria, en donde tienen cita todos los contrastes porque en ella la ficción y las realidades se entrelazan, se concibe con suavidad de espiga, pero también con reciedumbre de montaña, con esa placidez de sus llanuras, pero firme y erguida como sus selvas y sus rocas...⁸. 🐦

¡En esas heroínas ignotas, se rinde homenaje emocionado a la Patria! El solo nombre de Colombia tiene resonancia de mujer y al pronunciarlo se aviva en el espíritu la imagen de la patria...

Notas

- 1 Mejía Vallejo, Pedro María. Departamento de Comunicación y Publicaciones. Bogotá, Universidad Central. [en línea] Disponible en http://www.bicentenarioindependencia.gov.co/Es/Contexto/Documentos/Paginas/doc008b_mujeresind.aspx
- 2 Ocampo López, Javier. Mercedes Ábrego. Edición en la biblioteca virtual: 2004-11-22.
- 3 En la Monografía de Antioquia, anotan que el Héroe de Ayacucho tuvo por cuna la ciudad de Rionegro y al efecto, copiamos textualmente la partida de bautismo: “Ministerio Parroquial de Concepción (A.). Los suscritos cura párroco y Vicario cooperado, Certifican: ‘En la Ilga de Nra Sra de la Concepn. En 13 de Sbbre del año 1799, Yo D. Francio Jph González cura párroco de este sitio baptisé solemne según dispone Nra. Sta. Madra la Igla a un niño q’nasio el día 8 de Septibre, hijo lexmo y de lexmo Matrimonio, de D.Chrisanto de Córdova, y doña Pasquala Muñoz Vez, os esta parroquia y a dho niño le fue uesto el nombre de JPH M.A. siendo padrino el Pvro. D.Jhp. Cosmo Echeverri, y pa.q.onste lo fimo PC.,Jran.coHhp.Gonzales”. Rubricado. Es fiel copia del original expedida el 25 de junio de 1971. El cura párroco, Alberto Henao Valencia, El Vicario Cooperador, Roberto Quintero Torres.
- 4 Gutiérrez Isaza, Elvia, Op. Cit., p. 285.
- 5 Pierre D’Espagnat.
- 6 Pardo Rueda, Rafael. Historia de las guerras. Bogotá, Vergara, 2004, pp. 373-374.
- 7 Díaz, Carlos Arturo. Academia Colombiana de Historia. Boletín de Historia y Antigüedades, Nos. 645, 646, y 647.
- 8 Ibid, p. 51.

FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA
ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA



Maestría

Seguridad y Defensa Nacionales

Código SNIES 29046351075110011100

INSCRIPCIONES ABIERTAS

Con el objetivo de formar investigadores y analistas en el área de la seguridad y asesores de alto nivel, capaces de desempeñarse con solvencia en la toma de decisiones e implementación de políticas públicas en seguridad y defensa, la Escuela Superior de Guerra abrió inscripciones para la Maestría en Seguridad y Defensa Nacionales.

Esta Maestría va dirigida a profesionales de diferentes áreas que se encuentren dedicados al tratamiento de los temas de la seguridad y la defensa o que estén interesados en conocer en profundidad esta problemática.

El programa combina el componente teórico con salidas y prácticas geoestratégicas. Los alumnos participan en seminarios internacionales y en las conferencias de la Cátedra Colombia, impartidas por altos funcionarios del Estado y representantes del sector privado. El 70 % de los profesores cuenta con Doctorado.

Duración:

Tres semestres académicos

Horario:

Lunes a Viernes de 7:00 a 8:30a.m.

Informes

Correo electrónico: maestria@esdegue.mil.co / Página Web: www.esdegue.mil.co

Escuela Superior de Guerra

Oficina Maestría en Seguridad y Defensa Nacionales
Carrera. 11 No. 102-50 • Of. 417- Bogotá, Colombia
Teléfonos.: 6206381 - 6204066 Ext. 4006

www.esdegue.mil.co

ESCUELA DE GUERRA

COLOMBIA



**FORJANDO FUTURO ESTRATÉGICO
DE LAS FUERZAS MILITARES**

UNIÓN, PROYECCIÓN, LIDERAZGO

FUNDADA EN 1909



WWW.ESDEGUE.MIL.CO

